

historia y sociedad 10



50 AÑOS DE LA REVOLUCION DE OCTUBRE

UNA CARTA DE N. K. KRUPSKAYA, A LOS OBREROS Y CAMPESINOS DE MEXICO

Suplemento:

7 Corridos / 1 Reportaje y 20 Cuentos de Graciela Amador

SUMARIO

- | | |
|---|--|
| 1 PRESENTACION | 68 Documentos sobre la insurrección. |
| 5 <i>La Revolución Rusa.</i>
José Carlos Mariátegui. | 91 Stanislas Petkovsky, primer embajador
de la URSS en México. |
| 14 <i>La Revolución de Febrero de 1917 en
Rusia.</i>
Irina Pushkariova. | 92 Carta de N. K. Krupskaya a los obreros
y campesinos de México. |
| 31 <i>Lenin y la Revolución de Octubre.</i>
D. S. Mirsky. | 95 Mauricio Swadesh. (1909-1967). |
| 41 <i>Condiciones objetivas y factor subjetivo
en la Revolución de Octubre.</i>
Grigori Glezermán. | 97 LA CRITICA.
• ¡Las Casas ha muerto! (por fortuna):
¡Viva las Casas!
• El agrarismo mexicano: realidad y
mito. |
| 53 <i>Las insurrecciones armadas de 1905 y
1917 en Rusia</i>
Alexander Grunt. | SUPLEMENTO: 7 <i>Corridos</i> , 1 <i>Reportaje</i> y
20 <i>Cuentos de Graciela Amador.</i> |

historia y sociedad

REVISTA CONTINENTAL DE HUMANISMO MODERNO
No. 10. III Año. Verano de 1967 / Cuatro números anuales
Dirección: Ediciones Historia y Sociedad
Alvaro Obregón 286, desp. 406
México 7, D. F.
Registro en trámite

COMITE DIRECTIVO: Enrique Semo,
director; Roger Bartra, *jefe de Redacción*;
Raúl González, *secretario*;
Raquel Tibol y Federico Wilkins,
asistentes.

REDACCION: Daniel Cazés, Alberto
Híjar, Cecilia Rabell, Boris Rosen,
Madalena Sancho.

COLABORADORES: Gilberto Argüello,
Iván García, Emma Ortiz, Dinah
Rodríguez.

DISTRIBUCION: Celia Franco.

CONSEJEROS:

Héctor P. Agosti (Argentina), Herbert Aptheker (USA), Federico Brito Figueroa (Venezuela), Nicolás Buenaventura (Colombia), Jorge Carrión (México), Enrique Gil-Gilbert (Ecuador), Eli de Gortari (México), N. M. Lavrov (URSS), César A. de León (Panamá), Eduardo Mora (Costa Rica), Ramón Ramírez (México), Wenceslao Roces (México), Emilio Sereni (Italia), Jean Suret-Canale (Francia), Volodia Teitelboim (Chile).

PRECIO: en el país, \$ 12.00 / en el extranjero, Dls. 1.50

SUSCRIPCION ANUAL: en el país, \$ 40.00 / en el extranjero, Dls. 5.00

NUMERO ATRASADO: en el país, \$ 20.00 / en el extranjero, Dls. 2.50

Presentación

En conmemoración del cincuentenario de la Revolución de Octubre —la más grande de todas las revoluciones—, *Historia y Sociedad* recoge en esta ocasión, una serie de artículos y documentos cuyo propósito es valorar algunas de las enseñanzas que la insurrección de octubre de 1917 en Rusia, puede suministrar al movimiento antimperialista y revolucionario de nuestros días. Los acontecimientos ocurridos hace cincuenta años en Petrogrado, significaron no sólo el desmoronamiento definitivo de la autocracia zarista primero y de la burguesía rusa después, sino sobre todo, el establecimiento de un nuevo tipo de poder que a partir de entonces ha jugado un papel determinante en la marcha de los acontecimientos mundiales.

La polémica que desató este gran acontecimiento de la historia universal no ha cesado desde entonces. Sus detractores y enemigos de todos los matices coinciden en sus esfuerzos por desvirtuar las diversas facetas de la Revolución de Octubre. Se falsea la verdad histórica del papel que jugaron el partido bolchevique y los jefes más destacados del movimiento socialdemócrata ruso; se niega que el curso de la revolución fuera el resultado necesario de las leyes que presiden la dialéctica de la historia; se pretende ignorar el análisis leninista de las condiciones que preparan, producen y aseguran el triunfo de las fuerzas de la revolución; se intenta, en fin, negar la influencia que ha tenido y que tiene el establecimiento del poder soviético en la marcha ascendente del movimiento socialista contemporáneo.

La Revolución de Octubre influyó de manera decisiva en nuestra América al acelerar la formación de los primeros círculos marxistas del continente y un poco más tarde, al influjo de su aliento liberador, permitir el nacimiento de los partidos comunistas, primeros destacamentos organizados de la clase obrera latinoamericana. Junto a este proceso y ayudando de manera especial a su desarrollo se iniciaba también la lenta conformación de una intelectualidad marxista-leninista latinoamericana. Hay que recordar con qué emoción saludaron a la Revolución de Octubre hombres como Luis

Emilio Recabarren en Chile; Julio Antonio Mella y Rubén Martínez Villena en Cuba, Victorio Codovilla, Rodolfo Ghioldi y Aníbal Ponce en Argentina; Astrojildo Pereira en Brasil; Manuel Díaz Ramírez y Hernán Laborde en México; José Carlos Mariátegui en el Perú, y muchos otros más. Precisamente como un testimonio del enorme entusiasmo que despertó entre la intelectualidad más avanzada del continente el triunfo del proletariado ruso, presentamos una de las conferencias que para señalar la importancia extraordinaria que tenía la naciente revolución proletaria pronunciara José Carlos Mariátegui, ante un público latinoamericano que, por las condiciones que imperaban en ese momento, desconocía en gran parte la profunda significación de este movimiento.

La revista considera que las fuerzas revolucionarias del mundo, tienen mucho que aprender de las experiencias que aporta al desarrollo de la teoría de la revolución, los trabajos que precedieron y prepararon la insurrección armada de obreros y campesinos de octubre de 1917. Fue Lenin quien comprendió claramente que, con el paso del capitalismo premonopolista a su etapa imperialista, se abría un período de agudas luchas políticas que no podían sino desembocar, como consecuencia del desarrollo desigual del imperialismo y de las diversas condiciones que privaban en cada lugar, en el triunfo de la revolución socialista primero en un solo país o en un grupo reducido de ellos, y posteriormente en varios estados. La lucha de clases que hasta la Revolución de Octubre estuvo circunscrita dentro de los marcos nacionales, se ha convertido hoy en un poderoso movimiento en el que las masas desposeídas se lanzan a lo que será el último y decisivo asalto contra las fuerzas atrincheradas del capital monopolista.

El análisis del imperialismo que hizo Lenin y las conclusiones políticas que de éste derivó, le hicieron comprender que en las nuevas condiciones jugaría un papel decisivo la acertada dirección que la organización de vanguardia supiera imprimirle al movimiento espontáneo de las masas y lo adecuado de su táctica y estrategia para conducirlos a las metas que en el momento histórico concreto constituyeran los objetivos del movimiento revolucionario. Especial importancia reviste el estudio de la experiencia que los revolucionarios rusos acumularon en los días de la revolución democrático-burguesa de febrero de 1917, preludeo de la revolución socialista. El triunfo de esta primera etapa de la revolución demostraría sólo unos meses más tarde, que las revoluciones democráticas y antimperialistas que se producen en la época de la crisis general del capitalismo pueden conducir, saltando rápidamente por las tareas de tipo burgués que se imponen a estos movimientos, al estallido de la revolución socialista siempre y cuando exista una vanguardia capaz de sortear los escollos que se presenten.

El comportamiento seguido por el Partido Bolchevique ante las diversas agrupaciones políticas que en aquel entonces actuaban en el movimiento ruso —socialrevolucionarios, mencheviques, anarquistas, etc.—, demuestra que no se desaprovecharon oportunidades para concertar alianzas con los

diversos partidos burgueses y pequeñoburgueses, aunque por las características peculiares del movimiento revolucionario en Rusia, sobre todo la extrema debilidad y vacilación de la burguesía, tales compromisos no pudieron llevar a resultados prácticos. Únicamente el análisis científico de la Revolución de Octubre es capaz de poner de relieve cuáles son las expresiones particulares de este movimiento y qué fenómenos representan una experiencia universal. Perteneció a Lenin el mérito de haber sintetizado la experiencia de las revoluciones anteriores y el de haber expuesto, basándose en los estudios anteriores de Marx y Engels, las condiciones en las que, históricamente, se produce la revolución. Por eso tienen una gran importancia el estudio de las condiciones objetivas que permitieron el triunfo de la revolución proletaria en Rusia y el del grado de madurez del factor subjetivo —la táctica y estrategia bolcheviques— que la hizo posible. Las diversas revoluciones socialistas que en los cincuenta años transcurridos desde entonces han tenido lugar, confirman plenamente esos postulados de la ciencia de la revolución.

Los días que transcurrieron desde la revolución democrático-burguesa victoriosa de febrero de 1917 hasta la toma del Palacio de Invierno y el derrocamiento del Gobierno provisional, son un ejemplo vivo de la diversidad de formas de lucha que el partido bolchevique puso en acción y que abarcaron desde la posibilidad de utilizar los caminos parlamentarios para lograr un tránsito pacífico mediante la utilización de los Soviets y de la situación favorable a consecuencia de la dualidad de poderes que se creó después de la Revolución de Febrero, hasta las más extremas de la lucha armada, poniendo siempre al proletariado a la ofensiva.

Por eso merecen una atención especial, el estudio de las formas y vías que se valieron los revolucionarios bolcheviques en su lucha por el poder. Este brillante capítulo de la historia del movimiento revolucionario, muestra los diversos caminos que conducen al asalto del poder y enseña como el no aplicar la forma de lucha más conveniente en un momento dado puede conducir a la derrota del movimiento. Por ejemplo, la insurrección armada de 1905 en Moscú, demostró que mientras la táctica defensiva de barricadas aplicada por los obreros moscovitas era el preludio de la derrota transitoria del movimiento, la táctica de pequeños grupos móviles de carácter guerrillero permitió por el contrario, sostenerse largo tiempo contra un enemigo superior en número y dotado de un armamento moderno. Por otra parte, la insurrección armada de Petrogrado en 1917 —modelo perfecto de la aplicación de las leyes de la ofensiva— demostró cómo en las condiciones actuales es posible el triunfo del proletariado urbano, a condición de que en el filo de una situación revolucionaria cuente con la acertada dirección de su partido, escoja el momento oportuno para descargar un golpe aplastante en el punto más débil del enemigo y que una vez comenzada la lucha se proceda sin vacilaciones hasta la victoria total.

Los documentos que ahora ofrecemos permiten seguir de cerca las dis-

cusiones que desencadenaron los "Diez días que conmovieron al mundo" según la expresión ya clásica de John Reed. Las actas de las históricas sesiones del comité central en las que se decidió el problema de la insurrección, permiten entender de manera más precisa cuál fue la mecánica interna de la Revolución de Octubre y apreciar, en forma elocuente, la gran clarividencia que caracterizaba a Lenin en el análisis de la situación revolucionaria, su firme intransigencia ante los enemigos del movimiento proletario y, sobre todo, su entrega absoluta a la causa más grande a la que puede aspirar consagrar todas sus energías el ser humano: la causa de la revolución.

Historia y Sociedad quiere contribuir, de esta manera, a celebrar el cincuenta aniversario de la más profunda de las revoluciones que registra la Historia. La revolución socialista que naciera hace cincuenta años en un solo país, surge hoy victoriosa en todo el planeta y se apresta a librar el último y decisivo combate que iniciará la definitiva liberación de la humanidad.

La Revolución Rusa*

José Carlos Mariátegui

Conforme al programa de este curso de Historia de la Crisis Mundial, el tema de la conferencia de esta noche es la Revolución Rusa. El programa del curso señala a la conferencia de esta noche el siguiente sumario: La Revolución Rusa. Kerensky. Lenin. La Paz de Brest Litovsk. Rusia y la Entente después de la Revolución. Proceso inicial de creación y consolidación de las instituciones rusas.

Antes de disertar sobre estos tópicos, considero oportuna una advertencia. Las cosas que yo voy a decir sobre la Revolución Rusa son cosas elementales. Mejor dicho, son cosas que a otros públicos les parecerían demasiado elementales, demasiado vulgarizadas, demasiado repetidas, porque esos públicos han sido abundantemente informados sobre la Revolución Rusa, sus hombres, sus episodios. La Revolución Rusa ha interesado y continúa interesando, en Europa, a la curiosidad unánime de las gentes. La Revolución Rusa ha sido, y continúa siendo, en Europa, un tema de estudio general. Sobre la Revolución Rusa se han publicado innumerables libros. La Revolución Rusa

ha ocupado puesto de primer orden en todos los diarios y revistas europeas. El estudio de este acontecimiento no ha estado sectariamente reservado a sus partidarios, a sus propagandistas: ha sido abordado por todos los hombres investigadores, por todos los hombres de alguna curiosidad intelectual.

Los principales órganos de la burguesía europea, los más grandes rotativos del capitalismo europeo, han enviado corresponsales a Rusia a fin de informar a su público sobre las instituciones rusas y sobre las figuras de la Revolución. Naturalmente, estos grandes diarios han atacado invariablemente a la Revolución Rusa, han hecho uso contra ella de múltiples armas polémicas, pero sus corresponsales, no todos naturalmente, pero sí muchos de ellos, han hablado con alguna objetividad acerca de los acontecimientos rusos. Se han comportado como simples cronistas de la situación de Rusia. Y esto ha sido evidentemente, no por razones

* Conferencia pronunciada el viernes 13 de julio de 1923 en el local de la Federación de Estudiantes, Palacio de la Exposición.

de benevolencia con la Revolución Rusa, sino porque esos grandes diarios informativos, en su concurrencia, en su competencia por disputarse a los lectores, por disputarse a la clientela, se han visto obligados a satisfacer la curiosidad del público con alguna seriedad y con alguna circunspección. El público les reclamaba informaciones más o menos serias y más o menos circunspectas sobre Rusia, y ellos, sin disminuir su aversión a la Revolución Rusa, tenían que darle al público esas informaciones más o menos serias y más o menos circunspectas.

A Rusia han ido corresponsales de la Prensa Asociada de Nueva York, corresponsales del *Corriere della Sera*,* del *Messaggero*** y otros grandes rotativos burgueses de Italia, corresponsales del *Berliner Tageblatt**** el gran diario demócrata de Teodoro Wolf, corresponsales de la prensa londinense. Han ido, además, muchos grandes escritores contemporáneos. Uno de ellos ha sido Wells. Lo cito al azar, lo cito porque la resonancia de la visita de Wells a Rusia y del libro que escribió Wells, de vuelta a Inglaterra, ha sido universal, ha sido extensísima y porque Wells no es, ni aun entre nosotros, sospechoso de Bolcheviquismo.

Urgidos por la demanda del público estudioso, las grandes casas editoriales de París, de Londres, de Roma, de Berlín,

* Correo de la tarde.

** Mensajero.

*** Hoja del Día Berlinesa, periódico del Partido Demócrata Alemán, dirigido por Walther Rathenau. Propiciaba un entendimiento con los socialistas moderados, sobre la base de impedir el cambio violento de la economía alemana.

han editado recopilaciones de las leyes rusas, ensayos sobre tal o cual aspecto de la Revolución Rusa. Estos libros y estos opúsculos, no eran obra de la propaganda bolchevique, eran únicamente un negocio editorial. Los grandes editores, los grandes libreros ganaban muy buenas sumas con esos libros y esos opúsculos. Y por eso los editaban y difundían. Se puede decir que la Revolución Rusa estaba de moda. Así como es de buen tono hablar del relativismo y de la teoría de Einstein, era de buen tono hablar de la Revolución Rusa y de sus jefes.

Esto en lo que toca al público burgués, al público amorfo. En lo que toca al proletariado, la curiosidad acerca de la Revolución Rusa ha sido naturalmente, mucho mayor. En todas las tribunas, en todos los periódicos, en todos los libros del proletariado se ha comentado, se ha estudiado y se ha discutido la Revolución Rusa. Así en el sector reformista y social-democrático como en el sector anarquista, en la derecha como en la izquierda y en el centro de las organizaciones proletarias, la Revolución Rusa ha sido incansablemente examinada y observada.

Por esta razones, otros públicos tienen un conocimiento muy vasto de la Revolución Bolchevique, de las instituciones soviéticas, de la Paz de Brest Litovsk, de todas las cosas de que yo voy a ocuparme esta noche, y para esos públicos mi conferencia sería demasiado elemental, demasiado rudimentaria. Pero yo debo tener en consideración la posición de nuestro público, mal informado acerca de este y de otros grandes acontecimientos europeos. Responsabilidad que no es

suya, sino de nuestros intelectuales y de nuestros hombres de estudio que, realmente, no son tales intelectuales, ni tales hombres de estudio, sino caricaturas de hombres de estudio, caricaturas de intelectuales. Hablaré, pues, esta noche, como periodista. Narraré, relataré, contaré escueta y elementalmente, sin erudición, sin literatura.

En la conferencia pasada, después de haber examinado rápidamente la intervención de Italia y la intervención de Estados Unidos en la Gran Guerra, llegamos a la caída del zarismo, a los preliminares de la Revolución Rusa. Examinemos ahora los meses del gobierno de Kerensky. Kerensky, miembro conspicuo del Partido Socialista-Revolucionario, a quien ya os he presentado, tal vez poco amablemente, fue el jefe del gobierno ruso durante los meses que precedieron a la Revolución de Octubre, esto es, a la Revolución Bolchevique. Kerensky presidía el gobierno de coalición de los Socialistas Revolucionarios y los Mencheviques con los Kadetes y los Liberales. Este gobierno de coalición representaba a los grupos medios de la opinión rusa. Faltaban en esta coalición, de un lado los monarquistas, los reaccionarios y, de otro lado, los Bolcheviques, los Revolucionarios Maximalistas, la extrema izquierda.

La ausencia de la extrema derecha era una cosa lógica, una cosa natural. La extrema derecha era el partido derrocado. Era el partido de la familia real. En cambio, la presencia en la coalición, y por tanto, en el ministerio presidido por Kerensky, de elementos burgueses, de ele-

mentos capitalistas, como los Liberales y los Kadetes, convertía la coalición y convertía al gobierno en una aleación, en una amalgama, en un conglomerado heterogéneo, anodino, incoloro.

Se concibe un gobierno de conciliación, un gobierno de coalición, dentro de una situación de otro orden. Pero no se concibe un gobierno de conciliación dentro de una situación revolucionaria. Un gobierno revolucionario tiene que ser, por fuerza, un gobierno de facción, un gobierno de partido, debe representar únicamente a los núcleos revolucionarios de la opinión pública; no debe comprender a los grupos intermedios, no debe comprender a los núcleos virtualmente, tácitamente conservadores. El gobierno de Kerensky adolecía, pues, de un grave defecto orgánico, de un grave defecto esencial. No encarnaba los ideales del proletariado, ni los ideales de la burguesía. Vivía de concesiones, de compromisos, con uno y otro bando. Un día cedía a la derecha; otro día cedía a la izquierda. Todo esto cabe, repito, dentro de una situación evolucionista. Pero no cabe dentro de una situación de guerra civil, de lucha armada, de revolución violenta. Los bolcheviques atacaron, desde un principio, al gobierno de coalición, y reclamaron la constitución de un gobierno proletario, de un gobierno obrero, de un gobierno revolucionario en suma. Ahora bien, las agrupaciones proletarias, obreras, eran en Rusia cuatro. Cuatro eran los núcleos de opinión revolucionaria.

Los mencheviques, o sea los minimalistas, encabezados por Martov y Chernov, gente de alguna tradición y colaboracio-

nista. Los Socialistas-revolucionarios, a cuyas filas pertenecía Kerensky, Zaretelli y otros, que se hallaba dividido en dos grupos, uno de derecha, favorable a la coalición con la burguesía, y el de la izquierda, inclinado a los Bolcheviques. Los Bolcheviques o los maximalistas, el partido de Lenin, de Zinoviev y de Trotsky. Y los anarquistas que, en la tierra de Kropotkin y de Bakunin, eran, naturalmente, numerosos. En las tres primeras agrupaciones, mencheviques, social-revolucionarios y bolcheviques, se fraccionaban los socialistas. Porque, como es natural, en la época de la lucha contra el zarismo todas estas fuerzas proletarias habían combatido juntas. Había habido discrepancias de programa; pero comunidad de fuerzas y sobre todo de esfuerzos contra la autocracia absoluta de los zares.

¿Cuál era la posición, cuál era la fisonomía, cuál era la fuerza de cada una de estas agrupaciones proletarias? Los mencheviques y los socialistas revolucionarios dominaban en el campo, entre los trabajadores de la tierra. Sus núcleos centrales estaban hechos, más que a base de obreros manuales, a base de elementos de la clase media, de hombres de profesiones liberales, abogados, médicos, ingenieros, etc. El ala izquierda de los socialistas revolucionarios reunía, en verdad, a muchos elementos netamente proletarios y netamente clasistas, que, por esto mismo, se sentían atraídos por la táctica y la tendencia bolcheviques, pero no se decidían a romper con el ala derecha de la agrupación.

Los hombres de la derecha y del centro, como Kerensky, eran los que representa-

ban a los socialistas revolucionarios. Ambos partidos Menchevique y Socialistas Revolucionarios, no eran, pues, verdaderos partidos revolucionarios. No representaban al sector más dinámico, más clasista, más homogéneo del socialismo: el proletariado industrial, el proletariado de la ciudad. Los maximalistas eran débiles en el campo; pero eran fuertes en la ciudad.

Sus filas estaban constituidas a base de elementos netamente proletarios. En el estado mayor maximalista prevalecía el elemento intelectual, pero la masa de los afiliados era obrera.

Los maximalistas actuaban en contacto vivo, intenso, constante, con los trabajadores de las fábricas y las usinas. Eran el partido del proletariado industrial de Petrogrado y Moscú. Los anarquistas eran también influyentes en el proletariado industrial; pero sus focos centrales eran focos intelectuales. Rusia era, tradicionalmente, el país de la intelectualidad anarquista, nihilista.

En los núcleos anarquistas predominaban intelectuales, estudiantes. Por supuesto, los anarquistas combatían tanto como los bolcheviques, y en algunos casos de acuerdo con éstos, a los mencheviques y a los socialistas revolucionarios de Kerensky.

Este era el panorama político del proletariado ruso bajo el gobierno de Kerensky. Conforme a esta síntesis de la situación, la mayoría era de los socialistas revolucionarios y de los mencheviques coaligados.

Las masas campesinas y la clase media estaban al lado de ellos. Y las ma-

Las campesinas significaban la mayoría en la nación agrícola, en una nación poco industrializada como Rusia. Pero en cambio, los bolcheviques contaban con los

Por otra parte, los mencheviques y los socialistas-revolucionarios no podían conservar su fuerza, su predominio en las masas campesinas si no satisfacían dos



Los bolcheviques orientaron su propaganda con un sentido sagazmente popular.

elementos más combativos, más organizados, más eficaces, con el proletariado industrial, con los obreros de la ciudad.

arraigados ideales, dos urgentes exigencias de esas masas: la paz inmediata y el reparto de tierras.

El gobierno de Kerensky carecía de libertad para una y otra cosa. Carecía de libertad para la paz inmediata porque las potencias aliadas, de las cuales era ahijado y protegido, no le consentían entenderse separadamente con Alemania. Y carecía de libertad para el reparto de tierras a los campesinos, porque su alianza con los kadetes y los liberales, sus compromisos con la burguesía, sus miramientos con los propietarios de las tierras lo cohibían, lo coactaban para esta audaz reforma revolucionaria.

Kerensky no hacía, pues, en el gobierno la política de las masas socialistas que representaba; hacía la política de la burguesía rusa y de las potencias aliadas. Esta política impacientaba a las masas. Las masas querían la paz. Y la paz no venía. Las masas querían el reparto de las tierras. Y el reparto de las tierras tampoco venía.

Pero esta impaciencia de las masas campesinas no habría bastado para traer abajo a Kerensky si hubiera sido, efectivamente, sólo impaciencia de las masas campesinas, en vez de ser, también, impaciencia del ejército. La guerra era impopular en Rusia. He explicado ya cómo el gobierno zarista condujo la guerra con mentalidad de guerra relativa, estos, con mentalidad de guerra de ejércitos y no de guerra de naciones; y cómo, por consiguiente, el gobierno zarista no había sabido captarse la adhesión del pueblo a su empresa militar.

El pueblo y el ejército esperaban que de la revolución saliese la paz. La incapacidad de Kerensky para llegar a la paz, soliviantaba, pues, en contra de su

gobierno al ejército, que no sentía, como los otros ejércitos aliados, el mito de la guerra de la Democracia contra la Autocracia, porque la guerra rusa había sido dirigida por la autocracia zarista. El ejército estaba cansado de la guerra, y reclamaba sordamente la paz.

Los bolcheviques orientaron su propaganda en un sentido sagazmente popular. Demandaron la paz inmediata y demandaron el reparto de las tierras. Y le dijeron al proletariado: "Ni una ni otra cosa podrá ser hecha por un gobierno de coalición con la burguesía. Hay que reemplazar este gobierno, con un gobierno proletario, con un gobierno obrero, con un gobierno de los partidos de la clase trabajadora. Este gobierno debe ser el gobierno de los Soviets." Y el grito de combate de los bolcheviques fue: "¡Todo el poder político a los Soviets!"

Los Soviets existieron desde la caída del zarismo. La palabra soviets quiere decir, en ruso, consejo. Victoriosa la Revolución, derrocado el zarismo, el proletariado ruso procedió a la organización de consejos de obreros, campesinos y soldados. Los soviets, los consejos de trabajadores de la tierra y de las fábricas, se agruparon en Soviets locales. Y los soviets locales crearon un organismo nacional: El Congreso Pan-Ruso de los soviets. Los soviets representaban, pues, íntegramente al proletariado. En los soviets había mencheviques, socialistas revolucionarios, bolcheviques, anarquistas y obreros sin partido.

Kerensky y los socialistas revolucionarios no habían querido que los soviets ejercitaran directa y exclusivamente el

poder. Educados en la escuela de la democracia, respetuosos del parlamentarismo, habían querido que ejercitara el poder un ministerio de coalición con los partidos burgueses, con partidos sin base en los soviets. Los órganos del proletariado no eran los órganos del gobierno. Había en Rusia una situación dual. El grito de los bolcheviques: "¡Todo el poder político a los Soviets!", no quería, por tanto, decir: "¡Todo el poder político al partido Maximalista!"

Quería decir simplemente: "¡Todo el poder político al proletariado organizado!". Los bolcheviques estaban en minoría en los soviets, en los cuales prevalecían los socialistas revolucionarios. Pero su actividad, su dinamismo y su programa les fueron captando cada día mayores afiliados en los soviets de obreros y soldados. Y pronto los bolcheviques llegaron a ser mayoría en los Soviets de la capital y de otros centros industriales.

Kerensky, por consiguiente, no era contrario al advenimiento exclusivo de los bolcheviques al gobierno. Era contrario a que el gobierno pasase a manos del proletariado, dentro de cuyos organismos contaban aún con la mayoría.

Kerensky y sus hombres procedían así porque tenían miedo de la revolución, porque los aterrorizaba la idea de que la revolución fuese llevada a sus extremas consecuencias, a su meta final, y porque comprendía que los bolcheviques, en parte por su valimiento personal, y en parte, por su programa que era el programa de las masas acabarían por conquistar la mayoría en el seno de los soviets.

Bajo la presión de los acontecimientos

políticos y las sugerencias de las potencias aliadas, el gobierno de Kerensky cometió una aventura fatal: la ofensiva del 18 de junio contra los austro-alemanes. La ofensiva militar era para Kerensky una carta arriesgada y peligrosa. Pero era, al menos, un diversivo transitorio de la opinión pública.

El gobierno de Kerensky quiso distraer hacia el frente la atención popular. Los bolcheviques impugnaron vigorosamente la ofensiva. Los bolcheviques, como ya he dicho, interpretaban los anhelos de paz de la opinión pública. Además, pensaban que la ofensiva militar entrañaba dos graves peligros para la revolución: si la ofensiva triunfaba, cosa improbable dadas las condiciones del ejército, uniría a la burguesía y a la pequeña burguesía, las fortalecería políticamente, y aislaría al proletariado revolucionario; si la ofensiva fracasaba, cosa casi segura, la ofensiva originaría una completa disolución del ejército, una retirada ruinosa, la pérdida de nuevos territorios y la desilusión del proletariado.

León Trotsky define así en su libro: *De la Revolución de Octubre a la Paz de Brest Litovsk*, la posición de los bolcheviques ante la ofensiva.

La ofensiva, como se había previsto, tuvo lamentables consecuencias. El ejército ruso sufrió un rudo golpe. El descontento de las masas contra Kerensky, el anhelo de paz inmediata, se acentuaron y extendieron. Los bolcheviques iniciaron una violenta campaña de agitación del proletariado.

El gobierno de Kerensky reprimió, sin miramientos, esta campaña de agitación.

Muchos bolcheviques fueron arrestados, otros tuvieron que huir y esconderse. Y dentro de esta situación, sobrevino la tentativa reaccionaria del general Kornilov. Empujado por la burguesía, que complotaba intensamente contra la Revolución, se rebeló contra Kerensky. Pero su intentona reaccionaria no tuvo eco en los soldados del frente, que deseaban la paz y miraban con hostilidad a los elementos reaccionarios, conocedores de su mentalidad chauvinista y nacionalista.

Y los obreros de Petrogrado insurgieron vigorosamente en defensa de la Revolución. La insurrección de Kornilov abortó completamente, pero sirvió para aumentar la vigilancia revolucionaria de las masas y para robustecer, consecuentemente, a los bolcheviques. Los bolcheviques redoblaron el grito: "¡Todo el poder gubernativo a los soviets!"

Los socialistas revolucionarios y los mencheviques recurrieron entonces, para calmar, para adormecer a las masas, a una maniobra artificiosa: reunieron una conferencia democrática, asamblea mixta de los soviets y de otros organismos autónomos, cuya composición aseguraba la mayoría a Kerensky. De la conferencia democrática salió un soviet democrático. Y este soviet democrático, completado con los representantes de los partidos burgueses aliados a Kerensky, se transformó en parlamento preliminar. Este parlamento preliminar debía preceder a la Asamblea Constituyente. A los bolcheviques les tocaron, en el Parlamento preliminar, cincuenta puestos, pero los bolcheviques abandonaron el parlamento preliminar. Invitaron a los socialistas-revolucionarios

de izquierda, a aquellos que condividían las opiniones de Kerensky, a abandonarlo también. Pero los socialistas revolucionarios de izquierda no se decidieron a romper con Kerensky y a unirse a los bolcheviques. La situación se hizo cada vez más agitada. La atmósfera cada vez más inflamable. Veamos cómo se encendió la chispa final.

El soviet de Petrogrado, en defensa de la Revolución, había constituido un Comité Militar Revolucionario, destinado a preservar al ejército de tentativas reaccionarias como las de Kornilov. Este Comité Militar Revolucionario, organismo fundamentalmente revolucionario y proletario, vivía en pugna con el Estado mayor de Kerensky. Kerensky conspiraba contra su existencia basándose en que no era posible que funcionasen en Petrogrado dos estados mayores.

El gobierno veía en el Comité Revolucionario el futuro foco de la revolución bolchevique. Resolvió entonces tomar una serie de medidas militares que le asegurasen el control militar de Petrogrado. Ordenó el alejamiento de Petrogrado de las tropas adictas al soviet y obedientes al Comité Militar Revolucionario, y la llamada del frente de tropas nuevas. Estas disposiciones desencadenaron la Revolución bolchevique.

El 22 de octubre el Estado mayor de Kerensky convidó a los cuerpos de la guarnición a enviar cada uno, dos delegados para acordar el alejamiento de las tropas revoltosas. Los cuerpos de la guarnición respondieron que no obedecerían sino una resolución del Soviet de Petro-

grado. Era la declaración explícita de la rebelión.

Algunas tropas, sin embargo, se mostraron aún vacilantes. Los bolcheviques realizaron con eficaz actividad, una rápida propaganda para captarlas a su causa. El gobierno de Kerensky llamó a tropas del frente, estas tropas se pusieron en comunicación con los bolcheviques quienes les ordenaron detener su avance. Y llegó la jornada final.

El 25 de octubre las tropas de Petrogrado rodearon el Palacio de Invierno, refugio del gobierno de Kerensky, y León Trotsky, a nombre del Comité Militar Revolucionario, avisó al Soviet de Petrogrado que el gobierno de Kerensky cesaba de existir y que los poderes políticos pasaban desde ese momento a manos del Comité Militar Revolucionario, en espera de la decisión del Congreso Pan-Ruso de los Soviets.

El 26 de octubre se reunió el Congreso de los Soviets. Lenin y Zinoviev, perseguidos bajo el gobierno de Kerensky, reaparecieron acogidos por grandes aplausos. Lenin presentó dos proposiciones: la paz y el reparto de las tierras a los campesinos. Las dos fueron instantáneamente aprobadas.

Los bolcheviques invitaron a los socialistas revolucionarios de izquierda a colaborar con ellos en la constitución del nuevo gobierno, pero, los socialistas-revolucionarios, vacilantes e irresolutos siempre, se excusaron de aceptar. Entonces el Partido Bolchevique asumió íntegramente la responsabilidad del gobierno. El Congreso de los Soviets encargó el

Poder a un Soviet de Comisarios del Pueblo.

La revolución bolchevique tuvo días de viva inquietud y constante amenaza. Los empleados y funcionarios públicos la sabotearon. Los alumnos de la escuela Militar se insurreccionaron. Las tropas bolcheviques reprimieron esta insurrección. Kerensky, que había logrado fugarse del Palacio de Invierno, al frente de los cosacos del General Crasnoff, amenazó a Petrogrado, pero los bolcheviques lo derrotaron en Zarskoyeselo. Y Kerensky fugó por segunda vez. Los bolcheviques enviaron mensajeros a todas las provincias comunicando la constitución del nuevo gobierno y la dación de los decretos de paz y del reparto de las tierras.

El telégrafo y los servicios de transporte boicoteaban e incomunicaban. Las tropas del frente permanecieron fieles a ellos porque eran el partido de la paz. Vino un período de negociaciones entre los Soviets y la Entente. Los Soviets propusieron a la Entente la negociación conjunta de la paz. Estas proposiciones no fueron tomadas en cuenta. Los bolcheviques se vieron obligados a dirigirse separadamente a los alemanes. Se iniciaron las negociaciones de Brest Litovsk. Antes y después de ellas hubo conversaciones entre los representantes diplomáticos de las potencias aliadas y Rusia. Pero fue imposible un acuerdo. Los aliados creían que los bolcheviques no durarían casi en el gobierno. La paz de Brest Litovsk fue inevitable. Esta es, rápidamente sintetizada, la historia de la Revolución Rusa.

La Revolución de Febrero de 1917 en Rusia

Irina Pushkariova*

El significado internacional de la Revolución de Febrero en Rusia

La revolución democrático-burguesa de febrero en Rusia fue una de las primeras revoluciones victoriosas del siglo XX.

El mundo burgués estaba ya por entonces objetivamente preparado para una revolución social, que fuera capaz de socializar los bienes de producción y circulación en las ramas determinantes de la economía. Eso se aplicaba también, en cierta medida, a Rusia, país atrasado pero capitalista. La revolución en Rusia debía, ante todo, resolver tareas que en algunos países de Europa Occidental habían sido ya liquidadas mucho tiempo antes en el transcurso de las revoluciones burguesas: derrocar el poder de la monarquía absolutista, erradicar los vestigios de la tenencia semifeudal de la tierra y democratizar el régimen político. La revolución que maduraba en Rusia revestía un carácter democrático-burgués. Pero se desarrollaba cuando las contradicciones del capitalismo (la fundamental de ellas, entre el capital y el trabajo) habían alcanzado ya un elevado nivel debido al paso del capitalismo a su fase superior: el imperialismo. Limitada por

sus intereses económicos en la exacerbada lucha de clase contra el proletariado, la burguesía no podía ser en Rusia la fuerza directriz consecuente de la revolución democrático-burguesa. Sus intereses de clase la impulsaban a la alianza con el zarismo, aspirando a compartir el poder político con éste mediante el compromiso.

El papel dirigente que ejerció la clase obrera en esta revolución, fue lo que modificó su carácter. El proletariado ruso se formaba como clase en los momentos en que la doctrina de Marx y Engels había cobrado ya una gran difusión. El movimiento obrero aparece en el escenario de la historia rusa bajo la guía del marxismo. El proletariado forja su partido antes que la burguesía. Y, dirigido por ese partido de nuevo tipo, marxista-leninista, despliega a comienzos de este siglo la lucha por el derrocamiento del zarismo, para abrirse camino hacia la abolición de todo tipo de explotación. A las tareas de la revolución democrático-burguesa sumábase la demanda fundamental de la clase obrera: la lucha por la jornada de trabajo

* Candidato a doctora en ciencias históricas, colaboradora del Instituto de Historia (Academia de Ciencias de la URSS).

de ocho horas. El papel rector del proletariado vinculaba indisolublemente la revolución democrático-burguesa con la socialista.

En la futura contienda revolucionaria, la clase obrera de Rusia contaba con el respaldo de las masas campesinas, que se alzaban contra el yugo de los terratenientes y la arbitrariedad policiaca. Como la supresión del latifundio era imposible sin eliminar su baluarte, el zarismo; los campesinos constituían un aliado poderoso y real del proletariado en la revolución democrática. La diferencia entre la revolución democrático-burguesa en Rusia y las revoluciones análogas, triunfantes con anterioridad en otros países, consistía también en que en ella intervenían las nacionalidades oprimidas, batallando por su autodeterminación e independencia nacional.

La Revolución de Febrero dio comienzo el 8 de marzo (23 de febrero según el calendario juliano)¹ de 1917. Ese día, las acciones espontáneas de las masas populares, dada la escasez de pan en las ciudades, dieron origen a potentes manifestaciones antizaristas y antibélicas (contra la participación de Rusia en la Primera Guerra Mundial), en las que tomaban parte inmediatamente miles de obreros, que se hallaban en huelga o sin trabajo a causa del cierre de empresas. Al día siguiente había parado ya más de la mitad de la clase obrera de Petrogrado; las manifestaciones iban de las barriadas obreras al centro de la capital, donde residían los organismos gubernamentales.

El 10 de marzo (25 de febrero), la huelga en Petrogrado era ya general: participaban en ella unos 400 mil obreros. La demanda de pan pasó a segundo plano. La lucha de los obreros desplegábase bajo otra consigna: el derrocamiento de la autocracia. Las autoridades zaristas tomaban medidas drásticas para ahogar la revolución,

¹ El calendario gregoriano fue implantado en Rusia el 1º de enero de 1918.

el zar había dado orden de ametrallar a los manifestantes. Pero las huelgas y manifestaciones cundían.

Los soldados de la guarnición de Petrogrado (180 mil en la ciudad), que se sumaron por decenas de miles con las armas en la mano al pueblo insurrecto, decidieron el desenlace de la lucha revolucionaria, al quinto día. Los obreros petrogradenses, por su parte, consiguieron armas apoderándose de los arsenales y depósitos de las unidades militares. La insurrección contra el zarismo tomó el carácter de lucha armada.

En el transcurso del movimiento, el 12 de marzo, surgió el Soviet: organización electiva del pueblo insurrecto. Los Soviets podían haber constituido un gobierno provisional revolucionario. Pero llevaban la dirección en estos organismos los líderes mencheviques y eseristas, a quienes colocó en el poder la fuerza de la espontaneidad pequeñoburguesa desatada por la revolución. Tanto unos como otros entendían que la heredera legítima de la autocracia, sólo podía ser la burguesía liberal.

Esta burguesía, contrarrevolucionaria por su propia esencia, temiendo que el poder se le escapara de las manos, se sumó a la revolución e instituyó el 12 de marzo el Comité provisional de la Duma del Estado.

La burguesía confiaba en que la revolución sería sofocada; por eso mantenía su alianza con el zarismo. Pero era imposible retroceder la rueda de la historia. El 15 (2) de marzo, Nicolás II, tras vanos intentos de aplastar la revolución con el concurso de una expedición punitiva enviada desde el frente, suscribió el manifiesto de abdicación. La dinastía de los Románov, imperante en Rusia desde hacía 304 años, fue arrojada al muladar de la historia.

Una semana después de estallar la insurrección en Petrogrado, la revolución había triunfado en la mayoría de las grandes ciu-

dades, donde los obreros consiguieron también ganarse a los soldados de las guarniciones de retaguardia. En el derrocamiento de la autocracia intervinieron asimismo combatientes del inmenso frente ruso. La revolución en la Rusia central dio nuevo impulso al movimiento nacional libertador de los pueblos, que demolían las instituciones zaristas en las periferias del Imperio.

Así triunfó la revolución democrático-burguesa en Rusia el año 1917. Mas, a diferencia de las primeras revoluciones burguesas, este movimiento, no se limitó a entronizar en el poder a la gran burguesía, que se apoltronó en él y formó el Gobierno provisional merced a la política conciliadora de eseristas y mencheviques. En el país se estableció un doble poder, un original entrelazamiento de dos dictaduras: la dictadura de la burguesía representada por el Gobierno provisional, y la dictadura democrático-burguesa del proletariado y los campesinos que asumía la forma de Soviets.

En los Soviets, obra del ingenio revolucionario de las masas, radicaba el profundo sentido histórico de la revolución de febrero. El Gobierno provisional burgué, confiando en el restablecimiento del régimen monárquico constitucional, hacía todo cuanto podía por contener el avance de la revolución e impedir el cumplimiento de las demandas democráticas de las masas populares. Los Soviets, aunque controlados en su mayor parte por elementos "defensistas" y conciliadores de entre los mencheviques y eseristas, debieron, bajo la presión del pueblo revolucionario, acometer la ejecución de transformaciones democráticas. Iniciaron una campaña por la implantación de la jornada de ocho horas y el mejoramiento de la situación socio-económica de los obreros; consiguieron que se proclamaran las libertades políticas; la detención de Nicolás II y la destitución de los odiosos sátrapas za-

ristas en las periferias; es decir, lo que se negaba a hacer la burguesía. Los Soviets condensaban el potencial político del desarrollo del movimiento revolucionario y la unidad interna entre el batallar por la democracia y el combate por el socialismo. Testimoniaban la endeblez del doble poder en Rusia, mostraban que febrero de 1917 no sería sino la primera etapa de un proceso revolucionario en marcha.

La revolución democrático-burguesa de febrero en Rusia se alinea con las revoluciones acaecidas durante las dos primeras décadas de este siglo en Asia y América Latina: La Irania, las de los Jóvenes Turcos, la Sinhay (China) y la Mexicana; las cuales descargaron golpes más o menos sensibles al sistema feudal y debilitaron las posiciones del imperialismo extranjero en países dependientes. El significado internacional de la revolución democrático-burguesa de febrero de 1917 en Rusia, reside no sólo en que dio al traste con uno de los bastiones de la reacción mundial, el zarismo, y, como otras revoluciones enriqueció el movimiento obrero mundial con la experiencia de la lucha heroica de las masas proletarias y democráticas por su emancipación, sino, sobre todo, porque febrero de 1917 fue, como previera V. Lenin,² la primera etapa victoriosa de un grandioso proceso revolucionario de alcance universal. Tras febrero de 1917 se desencadenó la Gran Revolución Socialista de Octubre.

Las interpretaciones burguesas de la Revolución de Febrero y la Verdad Histórica

La historiografía es siempre un importante eslabón en la comprensión de los nexos de

² V. I. Lenin. *Obras completas*, Buenos Aires, 1957, t. 23. p. 299.

la historia con la contemporaneidad. La importancia concreta de las investigaciones historiográficas consiste en que únicamente por esa vía, venciendo la descriptividad, puede la ciencia histórica elevarse hasta la generalización teórica. La historiografía marxista-leninista, al sintetizar la experiencia anterior, facilita la investigación de los problemas contemporáneos de la historia universal.

Una de las cuestiones polémicas relativas a la pugna entre la historiografía soviética y las diversas corrientes anticomunistas, se refiere al carácter, las fuerzas motrices y el alcance de la Revolución de Febrero de 1917 en Rusia.

Los más exacerbados opositores de los historiadores soviéticos en estos problemas, son los exponentes de la ciencia histórica burguesa anglo-norteamericana. Estos tratadistas niegan en la mayoría de los casos el papel decisivo que jugaron las masas populares que en febrero de 1917 derribaron la autocracia zarista. Sostienen que el "organizador" de la caída del absolutismo fue la burguesía liberal rusa, mientras que los obreros y campesinos (confundidos) no pasaron de ser una masa amorfa y pasiva incapaz de toda obra revolucionaria. La historiografía anticomunista reduce sus manifestaciones sobre la Revolución de Febrero a diversas tesis tendientes no sólo a tergiversar el carácter y significado de este movimiento, sino que sus objetivos van más lejos: negar el estrecho vínculo entre las dos revoluciones, la de febrero y la de octubre.

Arguyendo el carácter inesperado y fortuito de la Revolución de Febrero, afirman que el zarismo no fue derrocado por una revolución popular, sino que sucumbió a consecuencia de la degradación política y moral del gobierno de Nicolás II. De ahí su tesis acerca de la "incuruenta" Revolución

de Febrero, que oponen a la "sangrienta" de Octubre. Incapaz de negar el hecho mismo de las revoluciones democrático-burguesa y socialista en Rusia el año 1917. La historiografía reaccionaria opone la "unánime" (en el sentido de la unidad de las masas populares y la burguesía) Revolución de Febrero, a la Revolución Socialista de Octubre, "inspirada" por los bolcheviques.

Las fuentes de esa historiografía sobre la Revolución de Febrero son las publicaciones de los emigrados blancos, que en grandes tiradas aparecen en el extranjero. Algunos ex generales zaristas, políticos e historiadores, han falseado el papel de las clases en estos sucesos, y presentan a la burguesía liberal como "esforzado paladín" de los intereses de las masas populares, como la clase dirigente en la Revolución de Febrero, que denominan "gloriosa", "magna" y "su" revolución. En algunas obras lamentan su pretendida miopía en vísperas y durante la Revolución de Febrero, lo que llevó también "fortuitamente" a la Revolución de Octubre.

La historiografía soviética debe demostrar "de quién" fue la Revolución de Febrero y "quién" la llevó a efecto en realidad.

La lucha contra la historiografía extranjera contrarrevolucionaria se complicó en los años veinte debido a que por aquel entonces, dentro del país, los ideólogos pequeñoburgueses introdujeron sus confusas opiniones en la evaluación histórica de febrero de 1917, concepciones contrarias a las del marxismo-leninismo y, en algunos casos, afines a la historiografía burguesa liberal. La incomprensión del fondo de lo acontecido en febrero de 1917 por parte de estos historiadores les llevó lógicamente a combatir la concepción leninista de la historia de esta revolución. Defendían, por el contrario, sus opiniones sobre la potencia revolucionaria de la burguesía rusa, y la espontaneidad del movi-

miento, minimizando el papel dirigente del proletariado y reduciendo a la nada la actividad del partido bolchevique. El libro del historiador menchevique N. Sujánov, aparecido en primera edición a comienzos de los años veinte, consideraba el movimiento de las masas en febrero de 1917 como independiente de unos u otros partidos políticos y fundamentaba la "lógica" del afianzamiento en Rusia del poder de la burguesía, una vez reemplazado el zarismo.³ Es profundamente erróneo, asimismo, el enfoque de la Revolución de Febrero que aparece en los trabajos de L. Trotsky quien, "pasa por alto" los cambios en la correlación de las fuerzas de clases en la escena política desde 1905. En sus artículos, pone en duda la definición leninista de febrero como revolución democrático-burguesa, y sostiene que en Rusia la revolución podía ser burguesa o proletaria. Negaba el papel revolucionario del campesinado, considerándolo en general como "gran reserva de la contrarrevolución", como "una fuerza limitada en su horizonte por el aledaño" e "indiferente a todo".

La concepción leninista de la Revolución de Febrero y la Historiografía Soviética

Los progresos hechos en la elaboración de la historia de febrero —la superación de las reminiscencias del enfoque burgués y pequeñoburgués— van asociados a la asimilación de la concepción leninista de la Revolución de Febrero, la que precisa de una elaboración independiente. Nosotros nos limitaremos a señalar algunos aspectos fundamentales de esta concepción en orden a las cuestiones que nos interesan, para posteriormente seguir su huella en la historiografía

³ N. Sujánov. *Notas acerca de la revolución*. Lib. I. Berlín-Petrogrado, 1929, pág. 19

soviética. Lo principal es, sin embargo, conceptuar a la Revolución de Febrero como la primera etapa del proceso revolucionario iniciado en 1917, como el umbral históricamente inevitable de la revolución socialista en Rusia. Ya en 1905 V. Lenin previó que el triunfo de la revolución democrático-burguesa en Rusia sería "el comienzo de la lucha decisiva por la revolución socialista".⁴ Esa revolución, aun cuando considerada como la primera etapa, se concebía como acto necesario, y, en cierto sentido, terminado. "El paso del poder del Estado de manos de una clase a las de otra clase es el primer síntoma, el síntoma principal, el síntoma más importante de la *revolución* tanto en el sentido estrictamente científico de este concepto, como en sentido político práctico. Por tanto, la revolución burguesa o democrático-burguesa en Rusia *ha terminado*"⁵ —escribió un mes después de la insurrección de febrero en la capital.

Lenin centró su atención en el problema de las fuerzas motrices de la Revolución de Febrero: la hegemonía del proletariado y su alianza con el campesinado. A raíz de los sucesos de febrero, escribió en una octavilla a los prisioneros rusos en los campos de Alemania y Austria-Hungría: "Los obreros y campesinos con uniforme de soldado tendieron sus manos fraternas a obreros y campesinos sin uniforme." Y más adelante: "No fue la Duma —Duma de terratenientes y ricos—, sino los obreros y soldados insurrectos quienes derrocaron al zar."⁶

Lenin hizo una profunda caracterización social del campesinado, principal aliado de la clase obrera en la revolución democrático-burguesa: "amplia masa de los semiproletarios y, en parte, de los pequeños cam-

⁴ V. I. Lenin. *Obras completas*, Buenos Aires, 1959, t. 9, pág. 123.

⁵ *Ibidem*, t. 24, pág. 35.

⁶ *Ibidem*, t. 23, págs. 343-344.

pesinos de Rusia, masa que cuenta decenas de millones de hombres y constituye la inmensa mayoría de la población".⁷ Esta masa —escribió— necesita la paz, el pan, la libertad y la tierra. Pero acusa cierta influencia de la burguesía y puede vacilar "hacia la izquierda" y "hacia la derecha". Polemizando con Trotsky sobre el campesinado revolucionario, Lenin escribió: "si el proletariado arrastra a las masas no proletarias del campo... ¡eso será justamente la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y del campesinado!"⁸ Los trabajos de Lenin recalcan el papel organizativo y movilizador del destacamento avanzado del proletariado ruso —el partido bolchevique— en la tarea de unir las fuerzas proletarias y democráticas para el combate por el triunfo de la revolución.

Lenin subrayaba el significado que tuvo la revolución de 1905-1907 para el estallido de la de febrero de 1917: "Sin la revolución de 1905-1907, sin la contrarrevolución de 1907-1914, habría sido imposible una «autodefinición» tan precisa de todas las clases del pueblo ruso y de todos los pueblos que habitan en Rusia, la definición de la actitud de esas clases —de unas hacia otras y de cada una de ellas hacia la monarquía zarista— que se reveló durante los 8 días de la revolución de febrero-marzo de 1917."⁹ Lenin no sólo previó el advenimiento de la nueva revolución democrático-burguesa en Rusia, sino que señaló además su peculiaridad como revolución diferente de la de 1905, como revolución que estalla en el ambiente de la guerra imperialista. Mostró que la guerra había exacerbado todas las contradicciones del régimen terrateniente-burgués y ahondado las premisas para la nueva revolución. En vísperas del estallido de fe-

brero Lenin, investigando especialmente el problema de la "situación revolucionaria" que antecede a cada revolución, caracterizábala por los tres conocidos factores: 1) crisis de la política de la clase dominante; 2) agravación de las calamidades de las clases oprimidas; 3) impulso de la actividad de las masas.¹⁰

Lenin demostró que la situación revolucionaria de los años de la Primera Guerra Mundial en Rusia, discurría sobre la base de un nivel más elevado del desarrollo del capitalismo, de su transformación en capitalismo monopolista de Estado, lo que brindaba las premisas económicas para la revolución socialista.

Percibió el advenimiento de la crisis revolucionaria, cuyos primeros síntomas aparecieron ya en 1915, no sólo en el ascenso huelguístico y el fermento entre las vastas masas democráticas, sino también en la formación del bloque opositor en la Duma del Estado y en la "crisis de las alturas", consignando el papel político y la creciente organización de la burguesía liberal.

Enfocaba los acontecimientos rusos desde el ángulo de la lucha de los tres campos políticos, de las tres fuerzas políticas que actuaron a todo lo largo de la época de la revolución democrático-burguesa y que se revelaron con gran claridad desde el comienzo de los sucesos de febrero. Primera, la monarquía zarista, reducto de los latifundistas, altos dignatarios y el generalato; segunda, la Rusia terrateniente-burguesa (de los *octubristas* y *kadetes*) "con todos sus acólitos inconscientes" (los llamados representantes de los centros legales mencheviques y eseristas) y todos sus mentores conscientes, los embajadores y capitalistas anglo-franceses"; tercera, "un profundo movimiento proletario y de las masas populares

⁷ *Ibidem*, pág. 308.

⁸ *Ibidem*, t. 21, pág. 423.

⁹ *Ibidem*, t. 23, pág. 300.

¹⁰ *Ibidem*, t. 21, págs. 211-212.

(todos los sectores pobres de la población de la ciudad y del campo), un movimiento de carácter revolucionario por el *pan, la paz, y la verdadera libertad*".¹¹

Particular interés reviste la idea leninista acerca de que en el período de la Revolución de Febrero, "una situación histórica extremadamente original ha fundido de manera notablemente «armónica» corrientes absolutamente diferentes, intereses de clase absolutamente heterogéneos, aspiraciones políticas y sociales absolutamente opuestas".¹²

Lenin reiteraba que en la Revolución de Febrero, además de las "fuerzas motrices" —obreros y campesinos—, había también "participes", entre ellos la burguesía monárquica liberal. La razón de ello eran los intereses mezquinos de esta burguesía. "Dada la fuerte presión «de abajo» —observó Lenin— la burguesía «se avenía» con la república siempre y por doquier con tal de mantener su dominio económico".¹³ De lo "revolucionario" de la burguesía cabe hablar únicamente entre comillas. Su participación fue necesaria no ya para garantizar el éxito, sino "sólo para que la revolución pudiera triunfar en el plazo de ocho días".¹⁴ Lenin recalca que la burguesía no había conquistado el poder, sino simplemente "ha conseguido adueñarse" de él.¹⁵

Primeros aciertos y dificultades

La investigación por los historiadores soviéticos de febrero de 1917 confirmó el acierto y la profundidad de la concepción leninista.

Las primeras obras marxistas acerca de la Revolución de Febrero aparecieron a comienzos de los años veinte. Eran las me-

¹¹ *Ibidem*, t. 23, págs. 301-304.

¹² *Ibidem*, pág. 304.

¹³ *Ibidem*.

¹⁴ *Ibidem*, t. 24, pág. 134.

¹⁵ *Ibidem*, t. 23, págs. 343, 352.

morias documentales de A. Shliápnikov¹⁶: participante de la revolución, miembro y secretario del Buró del CC en Rusia durante la guerra y los acontecimientos revolucionarios. A él se debe la primera y en lo fundamental, feliz tentativa de exponer la historia científica de la revolución a base de sus propias observaciones y de documentos, bolcheviques principalmente. La debilidad del método de Shliápnikov era que, al hablar de la lucha de las fuerzas en la escena política, ponía en primer plano la pugna entre los líderes de los partidos, y no la esencia de los fenómenos, el análisis de la composición de los bandos contendientes.

Tampoco fue desdeñable para el enfoque de la historia de la Revolución de Febrero, el aporte del primer historiador marxista profesional: M. Pokrovski,¹⁷ aunque sus primeros trabajos, de carácter periodístico, contienen algunas definiciones incorrectas, por ejemplo, la de la Revolución de Febrero como puramente "obrera". Fundamentaba, por el contrario, en la concepción leninista su crítica de la teoría menchevique de la "transformación" de la autocracia en monarquía burguesa. A base de documentos publicados por primera vez, Pokrovski reveló el papel contrarrevolucionario de la burguesía, denunciándola como "makler" entre la revolución y el zarismo. Combatiendo a la historiografía reaccionaria, recalco no tanto la oposición de la burguesía rusa, cuanto su vínculo con la autocracia, su afán de encubrirse "incluso con los harapos de apollada púrpura monárquica".¹⁸ En un

¹⁶ A. Shliápnikov. *El año diecisiete*, t. 1-3. Moscú-Leningrado, 1923-1924.

¹⁷ M. Pokrovski. "La Revolución de Octubre." Col. de art. (Véase el "Prólogo de la Revolución de Octubre", "El 12 de marzo de 1917", "El sentido histórico de febrero", etc.)

¹⁸ M. Pokrovski. *El sentido histórico de febrero*. Revista "Revolución proletaria", 1927. Nº 2-3, pág. 16.

seminario científico, Pokrovski reclamó de los jóvenes historiadores de los años veinte la necesidad de una profunda investigación de febrero de 1917. Bajo su redacción vieron la luz las primeras colecciones de documentos, que echaron las bases de una verdadera investigación científica del tema.

Ya en los años veinte y principios de los treinta aparecieron acerca de la Revolución de Febrero obras científicas de carácter general (E. Guénkina y Ya. Yákovlev),¹⁹ así como sobre algunos problemas determinados por la lucha contra los criterios burgueses y pequeñoburgueses. La atención principal de los historiadores marxistas la ocupaba la contienda revolucionaria de las masas populares: el proletariado, los campesinos y los soldados participantes en la revolución.²⁰

Por entonces aparecieron también tratados que enfocaban distintos aspectos de la política del zarismo y la caracterizaban en sus postrimerías: libros de A. Blok, V. Se-

¹⁹ E. Guénkina. *La revolución de febrero*. En: "Ensayos sobre historia de la Revolución de octubre", bajo la redacción de M. Pokrovski, t. 2, Moscú-Leningrado, 1927, págs. 3-110; Ya. Yákovlev. *Los días de febrero de 1917*. Revista "Revolución proletaria", 1927, Nº 2-3, págs. 61-111.

²⁰ A. Shestakov. *Ensayos sobre agricultura y el movimiento campesino en los años de la guerra y vísperas de octubre de 1917*. Leningrado, 1927; K. Shelavin. *La clase obrera y el PC(b)R en la revolución de febrero*. Leningrado, 1927; B. Grave. *Contribución a la historia de la lucha de clases en Rusia durante la guerra imperialista*. Moscú-Leningrado, 1926; K. Sidorov, *El movimiento obrero en los años de la Primera Guerra Mundial (1914-febrero de 1917)*. En: *Ensayos sobre historia de la revolución de octubre*, t. 1, Moscú-Leningrado, 1927; O. Chaadáeva. *El ejército en vísperas de la revolución de febrero*. Moscú-Leningrado, 1935; S. Rabinóvich. *La lucha por el ejército en 1917*. Moscú-Leningrado, 1930; M. Ajun, V. Petrov. *El ejército zarista en los años de la guerra imperialista*. Moscú, 1929; Y. Krastin. *La lucha revolucionaria de los campesinos en Rusia durante la guerra imperialista (1914-1916)*. Moscú, 1932.

mennikov, E. Martínov; artículo de S. Petropávlovski.²¹ La obra de B. Grave investigaba minuciosamente para aquel tiempo, a la burguesía rusa en vísperas de la revolución.

A mediados de los años treinta, los avances en el estudio de la historia de febrero en la ciencia histórica soviética tenían su más cabal exponente en la conocida obra sintetizadora *Historia de la guerra civil en la URSS*. (t. 1, Moscú, 1936.)

La investigación de los acontecimientos de febrero quedó interrumpida durante los años cuarenta a causa de la Gran Guerra Patria. Entonces vieron la luz únicamente conferencias sobre historia de la revolución de carácter didáctico. Pero ya a comienzos de los años cincuenta un grupo de investigadores (P. Volobúiev, K. Tarnovski, I. Léiberov, A. Anfímov²² y otros) prosiguió la elaboración de algunos aspectos del tema. El pensamiento investigador dio sus frutos: manuales y textos didácticos, entre otros, el libro de E. Chermenski *La revolución democrático-burguesa de febrero de 1917 en Rusia*, aparecido en 1959. Los historiadores soviéticos celebran el cincuentenario de la caída

²¹ A. Blok. *Los últimos días del poder imperial*. Petrogrado, 1921; V. Semennikov. *La política de los Románov en vísperas de la revolución*. Moscú-Leningrado, 1926; De él mismo: *Los Románov y la influencia germana durante la guerra mundial*, Leningrado, 1929; E. Martínov. *El ejército zarista y la revolución de febrero*, Leningrado, 1927; S. Petropávlovski. *La nobleza, la burocracia y la monarquía ante la revolución de febrero*, Revista "Revolución proletaria", 1922, Nº 8.

²² V. Volobúiev. *La política económica del Gobierno provisional*. Moscú 1962; De él mismo. *El proletariado y la burguesía de Rusia en 1917*. Moscú, 1964; K. Tarnovski. *La formación del capitalismo monopolista de Estado en Rusia durante la Primera Guerra Mundial*. Moscú, 1958; I. Léiberov. *El movimiento obrero en Petrogrado durante la Primera Guerra Mundial*. Leningrado, 1954; A. Anfímov. *El campo ruso en los años de la Primera Guerra Mundial*. Moscú, 1962.

de la autocracia en Rusia con dos importantes monografías acerca de la Revolución de Febrero: de I. Mints y E. Burdzhálov,²³ una investigación sobre el papel del Partido bolchevique en la revolución (II tomo de la *Historia del PCUS*) y numerosos artículos dedicados a temas específicos (el papel del ejército, los Soviets, etc.).

Un rasgo distintivo de las investigaciones soviéticas es que descansan sobre el firme cimiento de fuentes fidedignas. Si los historiadores extranjeros extraen sus datos sobre la historia de febrero de un terreno tan inseguro y resbaladizo como son las memorias; los soviéticos utilizan, confrontándolos, distintos materiales. En primer lugar están los documentos y materiales de los archivos, que a partir de los años veinte se publican de una manera regular, tanto en revistas históricas como en colecciones documentales. Los consagrados a la Revolución de Febrero pasan de treinta.²⁴ En segundo término, está la publicación de memorias. Han visto la luz un número considerable de recuerdos de personalidades de la revolución: obreros, soldados, dirigentes del Partido bolchevique. Para pertrechar a los historiadores en la lucha contra las concepciones antimarxistas, el Gobierno soviético emprendió hace tiempo la edición de memorias de

²³ I. Mints. *Historia del Gran Octubre*, t. 1: "Derrocamiento de la autocracia." Moscú, 1966; E. Burdzhálov. *La segunda revolución rusa. La insurrección en Petrogrado*. Moscú, 1967.

²⁴ Algunos de ellos: "El Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado" (actas) Moscú-Leningrado. 1925; "Cartas de soldados. 1917". Moscú-Leningrado, 1927; "La caída del régimen zarista. Informes taquigráficos de interrogatorios y disposiciones (1917) en la Comisión extraordinaria de pesquisas del Gobierno provisional", ts. 1-7. Moscú-Leningrado. 1924-1927; "Correspondencia de Nicolás y Alejandro Románov", t. 3-5. Moscú-Leningrado. 1923-1927; "La revolución y el problema nacional", t. 3, Moscú, 1930; "Los bolcheviques durante la guerra imperialista. 1914-febrero 1917". Moscú. 1939, etc.

figuras de la emigración blanca, diplomáticos extranjeros y líderes de los partidos políticos pequeñoburgueses.²⁵ Y, por último, una importante fuente para los investigadores soviéticos es el material periodístico de la época, que ha sido reeditado parcialmente.²⁶ Se incorporan a estas fuentes, también, numerosas crónicas sobre la Revolución de Febrero que obran en su poder.

¿Cuáles son los logros de la ciencia histórica soviética en los cincuenta años de estudio de la Revolución de Febrero? Limitados por razones de espacio, en el presente artículo, nos detendremos solamente en una de las dos direcciones de la indagación trazada por Lenin: el análisis de las fuerzas históricas fundamentales y de las condiciones de la revolución; el descubrimiento de las causas en función de las cuales fue posible un "milagro" como el derrocamiento de la monarquía zarista en ocho días.

El desarrollo del capitalismo en Rusia y la crisis revolucionaria de 1915-17

La historiografía soviética ha hecho mucho para revelar los factores objetivos y subjetivos del triunfo lógico de la Revolución de Febrero. Los historiadores soviéticos han demostrado que la Primera Guerra Mundial, al cortar en 1914 la crisis revolucionaria emergente en Rusia, no hizo sino acelerar la revolución, objetivamente preparada por el desarrollo socio-económico y político anterior del país. Si en algunos de los prime-

²⁵ Véase "La revolución de febrero y la guerra civil en descripciones de guardias blancos". Moscú-Leningrado. 1926; M. Rodzianko. *El naufragio del Imperio, Leningrado*. 1929; M. Paleolog. *Rasputin*. Moscú. 1923; D. Buchanan. *Memorias de un diplomático*, Moscú, 1924; N. Sujánov. *Notas acerca de la revolución*. Moscú. 1929.

²⁶ Colección completa de artículos de "Pravda" y del "Socialdemócrata". Moscú, 1926.

ros trabajos de los historiadores soviéticos, metodológicamente débiles, las derrotas militares, el hambre y la ruina se indicaban casi como las causas primarias y determinantes de la revolución, las obras posteriores, consagradas en lo fundamental al estudio del capitalismo monopolista ruso, pusieron de relieve los motivos más hondos de la crisis nacional que originó la situación revolucionaria de 1915-1917. Así, el mérito de una reciente investigación (A. Anfimov) de las premisas socio-económicas y políticas de la Revolución de Febrero, es la deducción relativa a la erosión que, en los años de la guerra, experimentó la base socio-económica de la autocracia: el régimen de posesión campesina de la tierra, lo que debilitó esencialmente al zarismo. Anfimov muestra cómo entonces discurrió con mayor intensidad, que anteriormente, la proletarización del campesino. El filo de la lucha de los campesinos en los años de la guerra puso de manifiesto que la cuestión agraria seguía siendo lacerante en el período de maduración de la revolución democrático-burguesa en Rusia.

La guerra impulsó más aprisa a la economía rusa por los caminos del desarrollo burgués. Como otros países, Rusia dio un paso considerable hacia una mayor concentración del capital financiero y la transformación de éste en capitalismo monopolista de Estado. La importancia de este hecho en el triunfo de la revolución democrático-burguesa y sus consecuencias se analizan en la citada obra de I. Mints, el cual se apoya en investigaciones anteriores de historiadores y economistas. El capitalismo monopolista de Estado, en tanto que constituye la fase superior de la producción socializada, prepara objetivamente la industria capitalista para la producción socialista, y alienta, en consecuencia, la revolución socialista. La guerra creó —subraya I. Mints— “la base

gracias a la cual la revolución democrático-burguesa en Rusia pudo transformarse rápidamente en socialista”.²⁷

La desintegración del sistema autocrático es otro aspecto de estos mismos fenómenos. El zarismo no soportó el peso de la guerra, que exigía operatividad, precisión e innovaciones. La crisis económica, el hambre y la penuria de combustible, eran inminentes.

La participación de las masas en el derrocamiento de la autocracia

Proponiéndose como tarea principal determinar el grado de participación de las masas populares en la revolución, los historiadores soviéticos analizaron el contexto político general del país, el estado de las clases y de sus partidos. Las investigaciones concretas demostraron que era el proletariado la clase revolucionaria más consecuente en Rusia. A esa conclusión llegan no sólo quienes estudian especialmente la historia del proletariado en la Revolución de Febrero, sino también los investigadores del movimiento campesino. Ya desde las primeras obras dedicadas a la Revolución de Febrero de 1917 quedó probado que el espíritu revolucionario de los campesinos durante la guerra, dimanaba en gran parte de las relaciones de semiservidumbre reinantes en el campo y su lucha contra los terratenientes en primer término. Si bien los historiadores consignan la protesta campesina contra la naciente burguesía rural, esas acciones en su conjunto iban principalmente enderezadas contra el zarismo, contra la guerra. Únicamente la contienda del proletariado apuntaba hacia el futuro.

La tesis de “la huelga proletaria en las fuentes de la Revolución de Febrero” es un

²⁷ I. Mints. *Obra citada*, pág. 162.

axioma en la ciencia histórica soviética desde los años veinte. Su principal objetivo consistía en investigar con la máxima profundidad posible los problemas esenciales del movimiento proletario en vísperas y durante la revolución, fundamentando así las leyes objetivas de la explosión revolucionaria de febrero.

Con un profuso material estadístico, los historiadores soviéticos revelaron el ascenso revolucionario del proletariado en esa época. La dinámica del movimiento huelguístico en el país, encaminado hacia el estallido re-

volucionario y la dirección política, cada vez más marcada de las huelgas, a pesar de que éstas se iniciaron por la situación especial del régimen bélico, del hambre, de los bajos salarios, es decir, sobre una base económica en la mayoría de los casos. Las publicaciones soviéticas precisaron el papel de vanguardia que jugó el movimiento huelguístico de los metalúrgicos y las zonas de paros más tenaces y persistentes, y entre las principales: Petrogrado.²⁸

²⁸ K. Sidorov. *Obra citada*, págs. 166-331.



Una manifestación en los primeros días de la revolución democrático-burguesa de febrero en la Plaza del Teatro, en Moscú. La foto data del año de 1917.

A diferencia de numerosas obras extranjeras, la historiografía soviética, además de poner de relieve el ascenso de la nueva oleada huelguística que acercara la revolución; fija el 8 de marzo (23 de febrero) como el comienzo del movimiento, y no el 12 de marzo (27 de febrero). Subraya el vínculo indisoluble de la revolución con los auges precedentes de la lucha huelguística y, en particular, con las huelgas de enero-febrero. Prueba de esto, fueron las manifestaciones políticas del 9 de enero, los paros en las fábricas de Izhorsk, Putilov y otras empresas de la capital.²⁹

El proletariado urbano, iniciador de la revolución, atrae la atención de las investigaciones históricas. El historiador I. Léiberov, ha estudiado por espacio de quince años el movimiento obrero en Petrogrado durante la Primera Guerra Mundial. Así, profundizó las deducciones que investigadores precedentes habían hecho acerca de que la marejada de grandes paros políticos de finales de 1916 y comienzos de 1917, llevó a la huelga general política y a la insurrección armada de febrero de 1917. Analizando críticamente los datos de la policía secreta sobre la extensión de las huelgas en los días de febrero, Léiberov prueba que los documentos policíacos registraron en general bien el auge del movimiento, pero disminuyendo el número de huelguistas. La ciencia histórica soviética acepta las estimaciones sobre el número de huelguistas en Petrogrado aportados por Léiberov; el 23 de febrero, 129 mil; el 24, 214 mil; el 25 de febrero, son 304 mil; y el 26 llegan ya a 306 mil.³⁰ Es

²⁹ Véase E. Burdzhalov. *Obra citada*, págs. 81-118.

³⁰ I. Léiberov. *El proletariado de Petrogrado en la huelga política-general del 25 de febrero de 1917*. En la recopilación. "Con motivo del 70 cumpleaños del académico I. Mints." Moscú, 1965, pág. 34.

decir, el 25 de febrero la huelga era ya general.

Un mérito indiscutible de la historiografía soviética es que a base de material factual, ilustró la idea leninista sobre el carácter democrático general del movimiento revolucionario ascendente y la formación del frente democrático revolucionario único, en el curso de la Revolución de Febrero.

Esto tuvo su expresión concreta, ante todo, en el estudio de la causa determinante del desenlace de la revolución: la adhesión de los soldados a la misma. En los años de la guerra, el ejército ruso estaba formado por unos 7 millones de hombres, la mayoría de los cuales eran campesinos. Del ánimo de estos campesinos uniformados dependía el temple revolucionario del ejército. Su radicalización progresaba tanto en la retaguardia como en el frente y era el cimiento más sólido de su alianza con los obreros y campesinos. Los historiadores soviéticos han acopiado muchos hechos vivos y elocuentes sobre las acciones de los campesinos y soldados y de su espíritu revolucionario en vísperas de la revolución; enfocaron los cambios operados en la composición social del ejército con miras a descubrir la naturaleza de las acciones campesinas.

A. Anfimov, en su prólogo a la colección *El movimiento campesino en Rusia en 1914-1917* y en el correspondiente capítulo de la monografía de I. Mints, han hecho valiosas síntesis y observaciones. Ellos han mostrado como la guerra mundial sorprendió al agro ruso en momentos en que la miseria y el hambre azotaban a millones de campesinos, cobrando inusitada violencia los antagonismos sociales. Durante la guerra arraigó entre las masas rurales el convencimiento de que la autocracia zarista, defensora de los intereses de los latifundistas, jamás accedería a confiscar las tierras de éstos en beneficio de los campesinos. Sobre la base de una

agravación de la penuria en el campo y la creciente carga de la guerra, la contradicción fundamental que determinaba el carácter democrático burgués de la revolución en ciernes se exacerbaba. Es por eso que el soldado campesino uniformado, se volvió contra la monarquía. Las acciones campesinas, pese al tiempo de guerra, se intensificaron especialmente en 1916,³¹ cuando llegaron a 294, lo cual es una fehaciente constatación del temple revolucionario del campo ruso.

El movimiento campesino alentaba también la contienda nacional liberadora de los pueblos de las periferias nacionales de Rusia, de lo que da fe la insurrección de los dejkan (campesinos uzbekos) en Asia Central el año 1916, hecho que la historiografía soviética conceptúa como uno de los elementos de la situación revolucionaria.

El malestar de los campesinos convirtió el ejército, de principal baluarte del zarismo, en una fuerza revolucionaria potencial. Los investigadores y la primera de ellos, O. Chaadáeva, revelaron cómo los soldados pasaron de la deserción y entrega voluntaria como prisioneros, a la confraternización, convencidos de que el culpable de la guerra era el zarismo. Las cartas de los soldados escritas en 1916 rezumaban odio a la monarquía. Esos mismos ánimos eran característicos también para los marineros del Báltico.³² La indignación, que cundía espontáneamente entre las masas de soldados-campesinos contra la autocracia, era fértil terreno para la agitación bolchevique.

Otra importante deducción de la historiografía soviética, es su investigación del grado de madurez de la conciencia de las masas de soldados (campesinos). Hay que señalar que

³¹ I. Mints. *Obra citada*, pág. 395.

³² I. Soloviov y T. Flódorova. *Contribución a la historia del surgimiento de las organizaciones bolcheviques en la flota del Báltico*. "Revista histórico-militar." 1966 N° 12.

los historiadores soviéticos han dado pasos muy considerables en esta cuestión desde los años veinte, cuando la masa de soldados se conceptuaba como "un todo", o como un "factor espontáneo en la revolución".³³ De un lado, testimoniando los éxitos de la labor de los bolcheviques en el ejército (S. Rabinóvich dedicó un libro a este asunto), los historiadores soviéticos distinguen cierto sector de entre los soldados y marinos alineados en la vanguardia del movimiento revolucionario en el frente y en la flota. Claro está que por su composición social esta capa se integraba con muchos obreros de avanzada y deportados políticos, movilizados en los años de la guerra. De otra parte, ellos solos, sin la masa campesina "ilustrada", no hubiesen podido decidir el rumbo principal del ejército en el pronunciado viraje histórico que suponía la revolución. La politización de vastos sectores de soldados bajo la influencia bolchevique aparece claramente en el reciente trabajo de V. Miller. La elevada conciencia de estos sectores se manifestó en la difusión de la Orden número uno: modelo de iniciativa revolucionaria de las masas de soldados, así como en la formación de numerosos comités en las unidades militares después de desplomada la autocracia.³⁴

La Revolución de Febrero y el papel del Partido Bolchevique

Uno de los problemas más interesantes para la teoría y la práctica de la lucha revolucionaria planteado ante la historiografía soviética era la relación entre la "espon-

³³ E. Martínov. *Obra citada*, pág. 42; Ya. Yákovlev. *Obra citada*, pág. 47.

³⁴ V. Miller. *El Cuartel General y los comités de soldados en marzo de 1917*. En: "Octubre y la guerra civil en la URSS", págs. 62-80; de él mismo. *De la historia de la Orden N° 1*. "Revista histórico-militar." 1966, N° 5, págs. 109-114.

taneidad" y la "conciencia" de las masas en la Revolución de Febrero, la dirección de éstas por el partido bolchevique. Cuando las fuentes disponibles no permitían aún revelar en toda su extensión la labor organizativa de los bolcheviques entre las masas, los historiadores marxistas de los años veinte recalcaban que la "espontaneidad" del movimiento huelguístico en vísperas y durante la Revolución de Febrero era, en rigor, acción de las masas populares explotadas aptas para la lucha organizada. Ya. Yákovlev y E. Guénkina pusieron de relieve el gran trabajo de esclarecimiento realizado por los bolcheviques para educar políticamente a las masas. Yákovlev hizo una característica brillante y, a nuestro entender, próxima a la realidad, de la correlación entre el factor consciente y el espontáneo en el curso de la revolución, cuando escribió: "La dirección del partido bolchevique se expresaba no en que el camarada Shliápnikov (entonces secretario del Buró Ruso del CC) impartía una u otras consignas, sino en algo muy distinto: centenares y millares de obreros, que habían aprendido en la «Pravda» bolchevique (1912-1914) y cursado la escuela de 1905, conocedores de la postura irreconciliable de los bolcheviques ante la guerra y educados en las consignas de la revolución contra el régimen podrido de la autocracia, fundiéndose con la multitud y llevándola a menudo en pos de sí, formaban espontáneamente el también espontáneo movimiento de las muchedumbres, lanzando consignas auténticamente revolucionarias, enarbolando banderas rojas, conduciendo a las masas contra los polizontes y oficiales. Tal era el tipo de dirección bolchevique en los días de febrero."³⁵ Aunque Ya. Yákovlev abusa aquí del término "espontaneidad", la cita que reproducimos testimonia que el autor acentúa

³⁵ Ya. Yákovlev. *Obra citada*, págs. 97-99.

el significado de la lucha organizada, y no de la espontánea, tiende a demostrar la índole de la dirección bolchevique; en palabras de Lenin, afirma que no se trata de una insurrección "de las masas embrutecidas", sino de una insurrección de la masa consciente, capaz de una lucha organizada.³⁶

Cinco años después, M. Pokrovski, refiriéndose a la hegemonía del proletariado y al papel del partido bolchevique en la movilización de las fuerzas para la victoria de la Revolución en Febrero de 1917, escribió: "Es absurdo minimizar esta influencia y presentar la revolución como un proceso espontáneo; aunque sin el entusiasmo de las masas, sin el auge de las masas es imposible en general cualquier paso adelante. Y la fuerza de nuestro partido consiste en que sabe fomentar este entusiasmo, organizarlo y preverlo... canalizar este entusiasmo por el cauce que debe seguir; impedir que esta oleada se estrelle inútilmente contra la orilla."³⁷

Con particular fuerza de convicción evidencia la *Historia del PCUS* en su II tomo el papel dirigente del partido bolchevique en febrero de 1917. Ahí se pone de relieve que la Revolución de Febrero fue el punto culminante de la lucha huelguística en ascenso, que, a comienzos de 1917, empezó a conjugarse con potentes acciones políticas y manifestaciones. Los sucesos de febrero en Petrogrado fueron uno de esos estallidos espontáneos que, según palabras de Lenin, "son inevitables cuando la revolución madura".³⁸ Pero con el impetuoso desarrollo de la revolución, como escriben los autores del II tomo de la *Historia del PCUS*, se

³⁶ V. I. Lenin. *Obras completas*, Buenos Aires, 1959, t. 8. pág. 369.

³⁷ M. Pokrovski. *La historia rusa en el más suscito ensayo*. Moscú, 1932.

³⁸ V. I. Lenin. *Obras completas*, Buenos Aires, 1960, t. 26, pág. 389.

probó la fuerza “no sólo de la espontaneidad desatada, sino también de los elementos indeclinablemente acrecidos de la conciencia y organización. Tenían su apoyo en la riquísima experiencia revolucionaria de las capas avanzadas del proletariado, en toda la labor precedente del partido, que había preparado a las masas para captar las consignas revolucionarias, en la actividad enérgica y abnegada de los bolcheviques en estos días tormentosos”. En el II tomo de la *Historia del PCUS*, la actitud del partido aparece íntimamente trabada con la historia civil, que no es el fondo, sino el cañamazo orgánico de la historia del partido. Ahí se puntualiza una serie de circunstancias en la labor orgánica de los bolcheviques y se exteriorizan nuevos aspectos de ese trabajo: el contacto de los bolcheviques que se hallaban en Rusia con Lenin, el vínculo de la organización bolchevique de Petrogrado con la provincia, la actividad literaria y de partido del Buró del CC. El libro ilustra la agitación de los bolcheviques entre los soldados de la guarnición de Petrogrado y muestra cómo canalizaban el movimiento revolucionario espontáneo en ascenso.

La actividad y significación del partido bolchevique aparecen en toda su magnitud cuando se le compara con el papel real de los partidos y grupos pequeñoburgueses (mencheviques, eseristas, “trudoviki”, etc.), que aspiraban al rango de dirigentes de las masas populares en febrero de 1917 y que se incrustaron en la dirección del Soviet de Petrogrado durante los días de la insurrección, gracias a la inexperiencia política de las masas alzadas. Las recientes publicaciones soviéticas ofrecen una apreciación objetiva de estos partidos.³⁹ Testimonian que

³⁹ E. Burdzhálov. *Obra citada*; V. Komin. *Los partidos políticos burgueses y pequeñoburgueses de Rusia en el periodo de preparación y realización de la Revolución de Octubre*. Kalinin, 1966.

algunos grupos izquierdistas de esos partidos —los “mezhraiontsi”, parte del Grupo de iniciativa de los mencheviques de izquierda, los eseristas de izquierda— simpatizaban con la organización de los bolcheviques. Hubo tentativas de estructurar un frente único entre tales organizaciones y los bolcheviques. Pero los contactos entre estas fuerzas, debido a las vacilaciones de los grupos pequeñoburgueses, eran poco sólidos y los vínculos temporales se rompieron pronto. La unidad de acción en la lucha contra la autocracia se imponía por abajo, entre las masas populares. Los obreros, independientemente de su signo político, participaban unánimemente en la lucha revolucionaria.

Los grupos derechistas de los partidos pequeñoburgueses (centros legales: la Duma del Estado, Grupo operativo del Comité Central militar e industrial, etc.), se inclinaban a la colaboración con la gran burguesía y, conforme a sus teorías, le entregaron el poder después de la revolución. Entendían que al zarismo podía reemplazarlo únicamente el poder de la gran burguesía.⁴⁰

Los historiadores soviéticos distinguen claramente entre el espíritu revolucionario de las masas populares y la oposición de la burguesía liberal contrarrevolucionaria en la Revolución de Febrero. La situación en el campo de la burguesía y los terratenientes liberales, sus relaciones con el zarismo, la formación de un bloque progresista de oposición a la monarquía en 1915 integrado por miembros de la Duma y del Consejo de Estado, las causas de esta oposición, el afán de poseer el poder político: todo ello fue investigado ya los años 20 en la obra de B. Grave. La fuerza dirigente en el campo de la burguesía y los terratenientes eran los “kadetes”, sector no menos contrarrevolucionario que los “octubristas”. La burgue-

⁴⁰ E. Burdzhálov. *Obra citada*, págs. 207-323.

sía, asustada por el movimiento revolucionario, se ponía al amparo de la autocracia, en tanto que el sistema político policial, deseaba solamente una monarquía constitucional y confiaba en establecerla reemplazando, en último término, a Nicolás II por otro monarca. Pero su extrema postura contrarrevolucionaria impidió a la burguesía incluso tramitar esa revolución de palacio.

Ultimamente, en los trabajos de los historiadores soviéticos vemos profundas investigaciones relativas a la conducta de los círculos burgueses de la Duma del Estado durante los sucesos de febrero. Esas obras precisan la historia de la formación del Comité provisional de la Duma y del Gobierno provisional. D. Oznobishin evoca la estimativa leninista del Comité provisional de la Duma como primer Gobierno provisional. En este sentido, el autor señala con razón el surgimiento del doble poder el día que se forman el Soviet de Petrogrado y el Comité de la Duma.⁴¹

P. Volobúiev, por su parte, toca una cuestión interesante y poco estudiada: el papel de la gran burguesía monopolista en la formación del Gobierno provisional a principios de marzo. A su entender, además de los líderes "kadetés", desempeñaron un papel activo en la creación del poder burgués los círculos bancarios y monopolistas de Rusia. Investiga también la incapacidad de la burguesía imperialista rusa para la actuación histórica independiente y, por tanto, para la hegemonía en la revolución. Conceptúa la quiebra de la política económica del Gobierno provisional como testimonio de pleno agotamiento en la burguesía rusa de la aptitud para gobernar la producción material moderna para su tiempo.⁴²

⁴¹ D. Oznobishin. *El comité provisional de la Duma del Estado y el Gobierno provisional*. En: "Notas históricas", t. 75, págs. 273-294.

⁴² P. Volobúiev. *La política económica del Gobierno provisional*. Moscú, 1962.

Los investigadores soviéticos aprovechan en sus obras los datos concernientes a la corrupción de las cúspides gobernantes de la autocracia, muy profusos en las memorias de los emigrados blancos, para evidenciar la crisis de las "alturas", uno de los índices característicos de la situación revolucionaria. El contenido objetivo de esa crisis en vísperas de los sucesos de febrero era la pérdida por el zarismo de su capacidad para acomodarse a los requerimientos del desarrollo burgués. A diferencia de los autores de la emigración blanca y de sus congéneres extranjeros, los historiadores soviéticos subrayan que no es la miopía política del trono y su cohorte de nulidades lo que provocó la crisis mortal del poder zarista. Esta fue engendrada por la agravación ineluctable, acentuada por la guerra, de los antagonismos entre el pueblo revolucionario (con el proletariado al frente) y los dos campos de los explotadores, unidos por su odio a la revolución. La impotencia de la camarilla y el gobierno para poner en juego los recursos de la economía nacional, para hacer frente a las necesidades de la guerra, la agravación de las contradicciones dentro de la propia élite palaciega, escándalos semejantes al de Rasputín, el embrollo ministerial, la incapacidad de las "alturas" para trazar el plan de su propia salvación frente a la ola revolucionaria: todo ello no era sino la manifestación objetiva de la crisis de las "alturas", y no las causas que engendraron la revolución. A ese punto de vista se atienen los investigadores soviéticos, desde sus primeros trabajos acerca de la Revolución de Febrero. Por cuanto les interesan las fuerzas motrices del proceso histórico, a la descomposición del zarismo se le otorga únicamente el espacio que le corresponde.

Resumiendo lo dicho, observamos que la ciencia histórica soviética tiende, también

en el estudio de la Revolución de Febrero de 1917, a descubrir la esencia de estos fenómenos, trazando un cuadro objetivo de la evolución de los acontecimientos y revelando la perspectiva de la revolución. Eso lo vemos en el ejemplo de los últimos trabajos sintetizadores acerca de la misma. Ahondando la característica de las fuerzas de clases, su original entrelazamiento, estas obras ponen de relieve el embate único contra la autocracia y el hundimiento de ésta. La historia de la segunda revolución democrático-burguesa aparece en toda su amplitud y diversidad. La ciencia histórica soviética

acentúa el carácter popular de la revolución, presentando al pueblo no como una masa sin personalidad, sino como una potente organización de combatientes revolucionarios.

Las obras compendiadas sobre la Revolución de Febrero aparecidas en el 50 año jubilar, acreditan con todo su contenido que la Revolución de Febrero, fue el comienzo de un proceso revolucionario único y conciben el estudio de la historia de febrero como la solución de parte de otro cometido importante: el descubrimiento de las leyes objetivas del triunfo de la Revolución de Octubre de 1917.

Lenin y la Revolución de Octubre

D. S. Mirsky

El aliento renovador que trajo consigo la Revolución de Octubre puede apreciarse con singular fuerza en el ensayo biográfico de Lenin que en 1930 escribiera D. S. Mirsky. Nos ha parecido que un testimonio de esta naturaleza, procedente de una persona que pertenecía a una de las clases que habían sido virtualmente destruidas por la revolución, representa un aporte para un conocimiento más variado de la revolución socialista en Rusia. El autor, hijo del General Príncipe Mirsky, quien fuera ministro del interior en vísperas de la Revolución Rusa de 1905 y más tarde activo participante en el ejército blanco de Denikin, formaba parte de la emigración rusa que a principios de los años veinte, esperaba, en las principales capitales europeas el resurgimiento del Zarismo. Mirsky residió en Londres, donde ocupaba la cátedra de Literatura rusa en el King's College. Sin embargo, D. S. Mirsky perteneció al considerable grupo de emigrados a quienes su honestidad intelectual les llevó a comprender el significado internacional de la revolución. En este caso, fue el encargo de escribir una biografía de Lenin, lo que facilitó a Mirsky la comprensión de las concepciones leninistas y lo que lo condujo a comprender el lugar que ocupa en la Historia Universal la Revolución de Octubre.

LA Revolución de Octubre es el hecho capital en la vida de Lenin y el que hizo que ocupe un señalado lugar en la Historia. Esta Revolución no fue tan sólo la primera Revolución proletaria triunfante, sino, además, la primera Revolución que

reveló una perfecta coordinación entre las aspiraciones, vagamente expresadas y oscuramente sentidas, de las masas y la inteligente dirección de los revolucionarios científicos. La única Revolución del pasado, la única Revolución burguesa que

puede, en ese sentido, compararse a ésta, es la Revolución de agosto de 1792. Pero si la dirección, en aquellas jornadas de agosto, fue de veras inteligente (quizá aún superior, en el aspecto táctico —que distinguimos del estratégico— a la dirección de la Revolución de Octubre), la preparación fue enteramente distinta. La Revolución de agosto de 1792 estalló bruscamente, sin preparación alguna y no obedeciendo sino a los impulsos del momento. Basta comparar a Dantón con Lenin, para distinguir la diferencia entre aquella formidable proeza de los revolucionarios burgueses y la primera Revolución triunfante de los socialistas revolucionarios. Dantón fue, como dijo Marx, el más grande, por su táctica, de todos los caudillos revolucionarios que hayan existido jamás, pero perteneció a una época pre-científica. Dantón no había previsto en su vida el movimiento del 10 de agosto, y era incapaz de expresar, en una forma universalmente inteligible, sus particulares intuiciones. Su magnífica frase. "*De l'audace, de l'audace et encore de l'audace*" es un típico apotegma empírico que puede ser tomado por una insensatez. Muy otra es la situación de los revolucionarios proletarios. Ellos encuentran en los estudios de Marx y Engels un instrumento admirable para el conocimiento de la Historia presente, un método de conocimiento histórico que al explicar el pasado y el presente presta una ayuda positiva a aquellos que se preocupan de forjar el futuro. La posesión del método marxista —el primer método científico dentro de la Historia— presta a los socialistas revolucionarios una inmensa ventaja sobre los revolucionarios pre-científicos de la era de la Revolución burguesa, y, también, sobre los políticos no marxistas de nuestros días.

Pero el método marxista no es una arma de fácil manejo. Es como el poderoso ar-

co de Ulises, que no resistiría débiles manos. Su peligro es doble, y esencialmente análogo al peligro al que se expone el soldado al aplicar a la guerra las reglas de la ciencia militar que ha aprendido en el período de paz. El primer peligro es la falta de fe en el conocimiento teórico. Una proposición teóricamente aceptada puede que deje de aplicarse al llegar el momento de hacerlo, debido a que la fe revolucionaria que le han inculcado los libros no basta a incitarle a una acción difícil y arriesgada. (Tal fue, por ejemplo, el error de los comunistas húngaros que sabían que no debían establecer ningún pacto con los socialistas no —revolucionarios, excepto en caso de extrema necesidad.) El segundo peligro es de naturaleza opuesta, y consiste en erigir en dogma y en una colección de reglas de conducta lo que es, ante todo, un método dialéctico. El marxista, para quien la visión dialéctica no constituya su verdadera razón de ser, utilizará el método marxista a sus propias expensas. Debe siempre recordar aguda y plenamente que una ley es una abstracción de hechos concretos, una fórmula algebraica a la que se da un valor numérico únicamente ante una situación concreta determinada.

La frase "hombre de acción" aplicada a Lenin ha de resultar forzosamente inadecuada. La actuación de Lenin no se basaba en los procesos mentales puramente intuitivos característicos del individuo que procede impulsivamente, y que no pueden ser reconstruidos por el pensador. En Lenin la idea precedía y acompañaba a la acción, haciéndola "transparente" —tan "transparente" como habían de serlo bajo el Socialismo las relaciones económicas. Su pensamiento se desarrollaba en la esfera de la conciencia y era por tanto plenamente analizable. Esto nos conduce al hecho, que puede parecer increíble a los polí-

ticos e historiadores burgueses, de que las obras de Lenin, que constituyen una parte manifiesta de su actuación, ofrezcan al mismo tiempo todas las características de un estudio histórico altamente objetivo, las cartas que dirigió al Comité Central antes de la gesta más importante de su vida, pueden ser presentadas como la descripción histórica más objetiva y exacta que se conoce de la situación de los partidos políticos de Rusia en la víspera de la Revolución de Octubre.

Tan pronto como se vio claramente que la crisis de Kornilov, en vez de conducir a una pacífica transmisión de los poderes a los soviets, iba a terminar en una nueva e innoble coalición, Lenin envió una carta al Comité Central de su partido, aconsejándole que se abstuviera de tomar parte alguna en la Conferencia Democrática no oficial que los partidos llamados *Socialistas* estaban organizando a la sazón, ni en el *Consejo Provisional de la República* (una especie de Asamblea de notables con la que Kerensky intentaba dar al Estado una "Constitución" hecha a su medida).* Lenin añadía en su carta que era preciso preparar a toda costa una nueva Revolución. El Comité Central desoyó sus consejos y los bolcheviques concurren a la *Conferencia Democrática*. Pero la situación se agravaba de día en día. Los campesinos, impacientes por verse en posesión de las

* Mirsky alude a la *Conferencia Democrática* convocada por el Gobierno provisional con el objeto de ampliar su base social después del golpe de Kornilov. Sus sesiones duraron desde el 27 (14) de septiembre hasta el 5 de octubre (22 de septiembre) de 1917. En la Conferencia, en la que predominaban los representantes de los terratenientes, generales, y la burguesía, y se coartaba la representatividad de los Soviets, se aprobó la creación de un Consejo provisional de la República, el llamado "Preparlamento". (N. de la Red.)

tierras de los grandes hacendados, conforme lo prometiera el Gobierno, comenzaban a levantarse por todas las provincias del antiguo Imperio. Desde el frente comenzaron a llegar a Petrogrado delegados del ejército —algunos de ellos no pertenecientes al Partido Socialista— para anunciar a los Soviets que los soldados no querían continuar la guerra por más tiempo; que estaban dispuestos a abandonar inmediatamente las trincheras; y que no se darían por satisfechos con la confiscación de los latifundios, ni con un régimen de libertad, sino únicamente con la paz y la desmovilización. La máquina del Estado se descomponía a pasos de gigante, los ferrocarriles iban paralizándose por momentos y sobre la metrópoli se cernía inminente la amenaza del hambre. Los capitalistas e industriales comenzaron a cerrar sus fábricas y a paralizar sus negocios, dejando así en la calle a millares de obreros. Las posiciones de Riga y de Moonsund, la llave del Golfo de Finlandia, estaban en manos de los alemanes, y había graves motivos para creer que el alto mando del ejército había abandonado aquellas posiciones al enemigo, a fin de aterrorizar al pueblo ruso y reducirle a la obediencia.

Al mismo tiempo, el sentir democrático del país, evolucionaba rápidamente hacia la extrema izquierda. A finales de septiembre, los Soviets de Petrogrado, de Moscú y de las principales ciudades de Rusia, contaban con una mayoría bolchevique, y el soviét de Petrogrado había elegido a Trotsky como presidente. Las elecciones municipales empezaron a ser favorables a los bolcheviques; en ciertas localidades, como Moscú, obtuvieron el 51% de la votación. En cuanto a los Soviets de los campesinos, aun sin pertenecer al Partido bolchevique, adoptaban sus consignas de no pactar para nada con la burguesía. En el seno de los partidos



...el sentir democrático del país evolucionaba rápidamente hacia la extrema izquierda. En la foto: manifestación del 18 de junio de 1917 en Petrogrado.

gubernamentales se notaba una franca inclinación hacia la extrema izquierda, y aun los mismos "mencheviques internacionalistas", dirigidos por Martov, y la "Izquierda de los Social-revolucionarios", simpatizaban infinitamente más con Lenin que con Kerensky. Por si todo esto fuera poco, los primeros motines serios de la flota alemana (en septiembre) hicieron concebir nuevas y serias esperanzas de que la Revolución se propagara a otros países.

En una serie de cartas dirigidas al Comité Central, Lenin exponía la necesidad de precipitar la Revolución. Afirmaba que ésta no sólo era popular entre las masas, sino también necesaria desde el punto de vista

de la administración pública, ya que la continuación del presente régimen no contribuiría sino a acentuar la desorganización y la anarquía. Las oportunidades no siempre se presentan. Y citaba la famosa frase de Pedro el Grande, según la cual "Una pérdida de tiempo es como una muerte irreparable". Si el proletariado no se apresuraba a establecer la Dictadura, la burguesía se anticiparía, substituyendo el impotente régimen actual por un severo gobierno militar. Esto no era todavía posible, pero los acontecimientos avanzaban rápidamente. Petrogrado podía flaquear el mejor día, en cuyo caso la burguesía dominante no vacilaría en sacrificar la ciudad a los alema-

nes. Esto favorecería sin duda la causa de la reacción, pues al comprometer irremisiblemente al Gobierno casi democrático de Kerensky y el sistema de *diarquía*, pondría las dos únicas fuerzas revolucionarias organizadas —la flota del Báltico y los obreros de Petrogrado— a merced del imperialismo extranjero.

Sin embargo, hubo que esperar hasta el 18 de octubre (día 5), para que el Partido bolchevique se decidiera, al fin, a escuchar la voz del sentido común y a cumplir con su deber revolucionario: su retirada del Consejo de la República implicaba ya la decisión de lanzarse a la lucha. El día 23 (10), esa decisión fue formalmente tomada, y el 29 (16) empezaron a prepararse para la batalla. Toda esta demora, que pudo ser evitada, y que podía haber terminado trágicamente, se debió a Trotsky y a la "*intelligentsia* del partido". Los prohombres encargados de la "organización del Partido" —Sverdlov y Stalin— prestaron su completo apoyo a Lenin; por su parte, los soldados de fila del Partido, los marinos y los obreros, estaban prontos a lanzarse a la lucha en cualquier momento. La dilación por parte de Trotsky, se debía a su nuevo cargo de Presidente del Soviet de Petrogrado y a su natural deseo de no salirse de la legalidad; Trotsky opinaba que la Revolución debía aplazarse hasta el día de la apertura del Segundo Congreso de los Soviets, fijada para el 7 de noviembre (25 de octubre), en cuyo momento se demostraría que los bolcheviques contaban no tan sólo con los obreros de Petrogrado, sino también con los del resto del país. Lenin rechazó este escrúpulo legal, pero a fin de cuentas se desarrolló todo conforme Trotsky deseaba, debido principalmente a la demora causada por la "*intelligentsia* del Partido", representada por Kamenev y Zinoviev. Estos últimos se asustaban de una Revolución arma-

da, porque atribuían al Gobierno una fuerza que realmente no tenía y, sobre todo, porque temían que su Partido se quedase aislado, debido al boicot de los partidos afines, los mencheviques, los internacionalistas y los social-revolucionarios. Cuando, al fin, se decidió ir a la Revolución, sus organizadores (el Comité Militar Revolucionario) emprendieron una vasta e innecesaria campaña de propaganda en los cuarteles y en las fábricas, que absorbió una buena parte de las energías del Partido. Lenin sabía perfectamente que la única fuerza con la cual podían contar los bolcheviques era la flota del Báltico. Los marinos no estaban políticamente tan preparados como los obreros de Petrogrado. Figuraban entre ellos no pocos social-revolucionarios y anarquistas; pero se mostraban todos ferozmente dispuestos a lanzarse a la lucha, y eran muy aguerridos. Los trabajadores de Petrogrado constituían una masa políticamente más adicta que los marinos, pero no se habían batido nunca y su combatividad era problemática. En cuanto al resto de la guarnición, cabía contar que se mantuviera en una actitud expectante, de simpatía pasiva, pero que no secundase el movimiento. El problema estaba en saber si el Gobierno podría reunir un número de cosacos y cadetes capaz de contrarrestar la fuerza de los marinos. De ahí las preocupaciones tácticas —quizá desmesuradas— del Comité Militar Revolucionario.

Lenin no tomó parte directa en la preparación de la insurrección. Pero en esa táctica —intervención de los centros vitales de la ciudad, telégrafos, teléfonos, estaciones de ferrocarriles, bancos, etc.—, se pusieron en práctica las conclusiones a que hubo de llegar a raíz de los acontecimientos de 1905. En cuanto a la dirección política y estratégica, corrió enteramente a cargo de Lenin. Sin Lenin, la segunda Revolución hubiera

ciertamente estallado, pues al punto que habían llegado las cosas era inevitable, pero se hubiera convertido en un levantamiento caótico. Fue él quien, haciendo lo que ningún otro jefe hubiera hecho —comprendiendo y haciendo suyas las aspiraciones de las masas— encauzó la Revolución hacia derroteros políticos bien definidos, los cuales permitieron la formación de un gobierno positivamente revolucionario que hablaba el lenguaje de las masas y trataba a sus enemigos, según la frase de Marx, en una forma plebeya.

La derecha socialista y los demócratas han hecho a la Revolución de Octubre dos cargos principales: el que fuese antidemocrática y demagógica. Antidemocrática, porque había sido llevada a cabo por una minoría, sin consideración alguna al sentir de la mayoría; demagógica, porque mientras Lenin había prometido a las masas tierra, pan y paz, sólo se les dio, como resultado de la Revolución, la tierra. El primero de estos cargos es fácil de rebatir. Si por "democracia" se entiende el parlamentarismo y el liberalismo, es obvio que la acusación es fundada. Pero nunca ningún socialista revolucionario tuvo ninguna estima por los derechos y libertades abstractas, sino ante la posibilidad concreta de aprovecharse de ellos. Que la Revolución de Octubre brindó a las masas una libertad más concreta que la de que gozaban incluso cuando, bajo la "diarquía", Rusia era "el país más libre del mundo", nunca seriamente ha podido desmentirse. Para un marxista, la libertad de las masas no significa el derecho legalmente reconocido de votar y opinar, sino el hecho de que las cosas se hagan según su voluntad. Y si tomamos la palabra Democracia en su verdadera, clásica y etimológica acepción, en el significado que tenía para los griegos, para Rousseau y para los Jacobinos, en el sentido de "Gobierno ejercido por el

pueblo", no puede caber la menor duda acerca del carácter democrático de la Revolución de Octubre. Que Lenin actuaba de acuerdo con la inexpresada e informada, aunque plenamente inteligible, voluntad del pueblo es tan evidente que no necesita demostración. La facilidad con que el poder soviético se extendió por todo el país, sin encontrar otra oposición que la de las clases privilegiadas, fue justa e inmediatamente considerado por Lenin como algo mejor que un simple mandato formal.

La otra acusación es, en apariencia, más convincente. Hay que reconocer que la promesa de pan y paz desempeñó un papel importante en la propaganda de Lenin en la víspera de la Revolución, y que el triunfo de ésta hizo que escaseara más el pan y condujo a los tres años de guerra civil y a la Paz de Brest, que no fue ciertamente la paz que Lenin había prometido. Pero, ¿cuál hubiese sido la alternativa de Lenin si hubiese obrado como Martov y Kamenev reclamaban de él? La paz hubiera tenido que pedirse en igual forma y las condiciones impuestas por Alemania hubieran sido tan crueles como las que impuso en Brest, y en cambio Rusia no hubiera contado con un gobierno bolchevique capaz de restablecer la situación. La guerra civil hubiera sido desencadenada igualmente por los Kornilovistas, pero no habría habido ninguna dictadura para hacer frente a ella. Ni el más democrático de los gobiernos integrado por social-revolucionarios y mencheviques, libértado de Kerensky, y apoyado por la Asamblea Constituyente, hubiera podido cortar el nudo gordiano que unía a Rusia con los imperialistas aliados. El país hubiera sido un teatro de bélicas luchas entre Alemania y la Entente, pero no habría habido en Moscú ningún gobierno capaz de librarla de una fatal ruina. Sólo la dictadura del proletariado, apoyada en la voluntad de las

masas mejor organizadas, y genuinamente independiente de ambos grupos beligerantes, era capaz de salvar al país. Hacía veintiocho años que Plejánov afirmó que, si la Revolución rusa había de triunfar, el triunfo se debería únicamente a la clase obrera. Su profecía se cumplió. Pero en septiembre de 1917 púsose claramente de manifiesto que si Rusia habría de sobrevivir de veras, no sería sino convirtiéndose en República de Trabajadores y en foco del internacionalismo revolucionario. En la Revolución de Octubre dióse la gran paradoja de que los bolcheviques internacionalistas fueron la única fuerza que luchó por la independencia de la nación, no de la nación burguesa, naturalmente, sino la de los trabajadores y campesinos. Los patriotas (se dieran o no cuenta de ello) luchaban por convertir a Rusia en una semicolonias de los Aliados. La Revolución de Octubre hizo que en Rusia la palabra patriota fuera sinónimo de traidor. Todos estos argumentos (desarrollados más tarde por Lenin en una serie de artículos escritos hacia fines de 1918, época en que los social-revolucionarios empezaron a darse cuenta de su trágico papel), no son, desde luego, el motivo principal que justifique la segunda Revolución del año de 1917, pues su justificación última ha de hallarse únicamente en el triunfo del socialismo internacional. Con todo, esos artículos bastaron a refutar enteramente cuanto, contra la Revolución dirigida por Lenin, pudieran insinuar los demócratas patriotas.

La revolución tuvo efecto el 7 de noviembre (25 de octubre),* y el nuevo régimen fue oficialmente proclamado en las últimas horas del mismo día, a la apertura del Congreso de los Soviets. En el Congreso predo-

* De ahí el nombre tradicional de Revolución de Octubre. El calendario Gregoriano no fue introducido en Rusia hasta el 1º de febrero de 1918, por orden del Gobierno de los Soviets.

minaban sobremanera los bolcheviques, siendo formada la minoría principalmente de miembros de la izquierda del partido social-revolucionario que, aunque no había tomado parte en la insurrección, se había puesto definitivamente a su lado. En aquellos momentos la capital estaba en poder del Comité Militar Revolucionario, excepción hecha del Palacio de Invierno, donde el Gobierno provisional (exceptuando Kerensky, que había escapado en un automóvil facilitado por la embajada de los Estados Unidos) estaba reunido. Una hora más tarde, el Gobierno resignó sus poderes. El anuncio de la victoria fue hecho por Lenin, que volvía ahora a aparecer en público por primera vez desde las "jornadas de julio" y fue acogido con indescriptible entusiasmo. El nuevo Gobierno se formó al día siguiente, bajo la Presidencia de Lenin y con Trostky en el ministerio de Negocios Extranjeros. Este Gobierno tomó el nombre de "Consejo de Comisarios del Pueblo" (*Soviet Narodnykh Kommissarov*, o, para abreviar, *Sovnarkom*), a fin de evitar la palabra "ministro" que había vuelto odiosa el Gobierno provisional. Este primer Sovnarkom estuvo formado exclusivamente por bolcheviques. Los mencheviques internacionalistas y la izquierda de los social-revolucionarios, que se habían opuesto al gobierno de Kerensky y a la coalición, ofrecieron inmediatamente su adhesión al nuevo Gobierno, para formar "un frente único democrático". Esta adhesión tuvo verdadera importancia política, por el apoyo que aportaba con la Unión de ferroviarios ("Vikzhel"). La actitud de los "Vikzhel", que durante el gobierno de Kerensky se habían declarado neutrales, suscitando así serias dificultades a aquel gobierno, produjo una enorme impresión sobre la "intelligentsia" del partido bolchevique. La flor y nata de la intelectualidad bolchevique, incluyendo a Kamenev, Zinoviev, Rykov, Lu-

nacharsky, Ryazanov, rehusaban apoyar a Lenin, a menos que aceptara una coalición con los otros partidos socialistas. Pero eso, como Lenin pudo ver, era simplemente un movimiento de "intelectuales aislados". El Partido en masa lo apoyaba. Lenin no rechazaba una colaboración con aquéllos partidos, ya que con ella había de captarse el apoyo de nuevos sectores de la democracia, especialmente de los campesinos que no estuvieron representados en el Segundo Congreso. Pero sabiendo que él representaba la voluntad del proletariado y del ejército, dijo que sólo cabría la colaboración con aquellos partidos que aceptasen su programa, esto es, el reconocimiento de la autoridad suprema de los Soviets, las negociaciones inmediatas para la cesación de las hostilidades, reconocimiento inmediato de la libre voluntad de las nacionalidades comprendidas en el territorio de Rusia, inmediata nacionalización de la tierra, intervención de la industria y reclutamiento de la burguesía para los trabajos manuales. Martov rechazó estas condiciones. La izquierda social-revolucionaria estaba dispuesta a aceptarlas, pero quiso aguardar el acuerdo del Congreso de los Soviets de Campesinos, que debía celebrarse dentro de pocos días.

Una de las primeras medidas propuestas por Lenin en el Segundo Congreso, fue la de atraerse a los campesinos a la política del Gobierno Soviético, por medio del "Decreto sobre la tierra", aprobado por el Congreso en la segunda sesión celebrada el día 8 de noviembre (26 de octubre). Ese decreto fue la culminación de la política sobre la tierra iniciada por Lenin en 1905, y que partía de la idea de que en esta materia, de tan vital interés para los campesinos, el proletariado debía ajustarse estrictamente a la voluntad de aquéllos. El Decreto, claro y breve, estatuyó la confiscación de todos los fundos no pertenecientes a los campesinos, con sus

ganados y utillaje, para ser puestos en manos de los Comités agrarios locales elegidos por los campesinos. Esto respondía a sus aspiraciones. Pero Lenin se disponía a ir todavía más lejos y, con la elaboración de una minuciosa ley sobre la tierra, a someterse enteramente a la voluntad de los representantes campesinos. El Congreso de los Soviets campesinos empezó mostrándose algo hostil, pero Lenin supo atraérselo con su programa de Paz y Tierra, y el resultado de todo ello fue que la izquierda-social-revolucionaria, como representante de los campesinos, ocupase tres puestos en el Sovnarkom, incluyendo el de Comisario de Agricultura.

El programa bolchevique fue honradamente llevado a cabo por el Sovnarkom. La nacionalización de los Bancos, el control de la industria, el reclutamiento de la burguesía, fueron llevados a cabo en el término de unas cuantas semanas. Sin embargo, por espacio de algún tiempo, el nuevo Gobierno estuvo imperfectamente organizado y se mostró débil y vacilante en sus medidas y acuerdos. La burguesía, aunque herida por las medidas del nuevo Gobierno, se mostró resignada. Esto no impedía que se negase de plano a reconocer o a cooperar con el nuevo Gobierno. El boicot a las autoridades soviéticas llegó a constituir como una marca de distinción, y ciertos empleados que se pagaban de su mayor o menor elegancia —tales como los empleados de banca y las "señoritas telefonistas"— se sumaban al boicot con el mayor entusiasmo. Pero la burguesía rusa, como expuso, el manifiesto del Primer Congreso Socialdemócrata, era cobarde, y cobarde no sólo frente al Zarismo, sino ante sus nuevas clases enemigas. Desde el primer momento su inquina fue bastante para que se lanzasen a una guerra civil, pero carecían de coraje. Sólo una pequeña minoría de oficiales del ejército, prin-

principalmente del Estado mayor, y algunos cadetes y generales, eran capaces de resistir al nuevo Gobierno. Aparte de eso, la Revolución se iba adueñando, sin obstáculos, de todo el país. Así, el estado de espíritu de la burguesía y de los políticos "demócratas" por todo el país era tal, que los bolcheviques no se sentían rodeados sino del pueblo el cual no se lanzaba a la acción sino por la gran cobardía de aquéllos. Esto, junto con el creciente desarrollo del comercio clandestino, condujo al establecimiento de un Comité Especial para combatir la Contrarrevolución y a los especuladores —la famosa Cheka— que, sin embargo, se mostró benigna y bastante pasiva hasta los comienzos de la verdadera Guerra Civil.

Subsistía el problema de la Asamblea Constituyente. Las elecciones tuvieron efecto una semana después de la Revolución de Octubre, a base de los candidatos proclamados varias semanas antes. Estas elecciones dieron la mayoría a los social-revolucionarios, obteniendo los bolcheviques cerca del 25% de los votos emitidos. La Asamblea Constituyente se reunió el 18 (día 5) de enero de 1918, negándose no sólo a reconocer la legalidad del Gobierno soviético, sino a discutir siquiera ninguna de sus proposiciones, por lo que fue disuelta aquella misma noche. El buen criterio de apelar a la acción está hoy plenamente justificado. Las razones que para ello tuvo Lenin fueron expuestas en sus *Tesis sobre la Asamblea Constituyente*, publicadas en la Pravda del día 8 de enero (26 de diciembre). Esas tesis pueden resumirse como sigue.

El proyecto de una Asamblea Constituyente había figurado en el programa bolchevique, como la expresión más cabal de los principios de la democracia burguesa. Pero constantemente, a partir del mes de marzo de 1917, el Partido hubo de subrayar la superioridad de la democracia soviética

sobre la democracia parlamentaria. La democracia de los Soviets era la única forma de gobierno capaz de asegurar la transición relativamente insensible del régimen actual al régimen socialista. El sistema de los Soviets era más democrático que el parlamentarismo burgués, porque establecía un lazo más íntimo y concreto entre el elector y el elegido; particularmente porque implicaba el derecho de los electores a destituir y substituir a sus representantes en cualquier momento.

Precisamente, según el modelo formal de la democracia parlamentaria, la Asamblea Constituyente no podía ser considerada como legítima, ya que los miembros social-revolucionarios, que obtuvieron mayoría, habían sido elegidos a base de las candidaturas confeccionadas con anterioridad a la escisión en ala derecha y ala izquierda. Las masas se habían sentido atraídas por los nombres de los representantes izquierdistas, a pesar de lo cual éstos no salieron triunfantes, por figurar al final de la candidatura.* Pero mucho más importante que este formalismo, fueron los acontecimientos que se desarrollaron a partir de las elecciones y que demostraron que las masas estaban al lado del Gobierno soviético, así como del de los soviets de trabajadores y soldados. En el presente estado de cosas, cuando se preparaba la guerra civil, y el problema de la paz exigía una solución inmediata, la cuestión de la Asamblea Constituyente no podía solucionarse, sino desde el punto de vista de los verdaderos intereses de la clase

* He aquí un buen ejemplo. En la ciudad de Moscú la candidatura de los social-revolucionarios estaba encabezada por dos nombres del ala derecha e iba seguida de una larga lista de nombres de representantes del ala izquierda. Como los votos alcanzados por esta candidatura no bastaban a otorgarles más que dos puestos, todos los candidatos de izquierda dejaron de ser elegidos.

trabajadora, no desde el punto de vista de un abstracto principio constitucional. La más pacífica de las soluciones hubiera sido el reconocimiento incondicional de la Revolución Soviética y la aceptación del principio de reelección a voluntad. Fallando esto, el problema solamente podía resolverse por un procedimiento revolucionario. Y así fue hecho.

La disolución de la Asamblea Constituyente dejó prever que Rusia al fin iba a constituirse en una República Soviética, sin embargo, la constitución de la nueva República no fue definitivamente adoptada hasta varios meses después, o sea, en julio de 1918, al celebrarse el Quinto Congreso de los Soviets. A éste había precedido el Sexto Congreso del Partido, en el cual fue aprobada la proposición de Lenin para que el nombre del Partido socialdemócrata se cambiara por el de Partido Comunista. Como la palabra comunista ha dado pie a muy estúpidos comentarios y como su origen es habitualmente mal interpretado, juzgamos oportuno subrayar aquí, primero, que la palabra comunista fue el nombre del partido

fundado por Carlos Marx a comienzos del año 1848 y perpetuado en el título del *Manifiesto Comunista*; y, segundo, que la significación que atribuía a ella Lenin era doble. Por un lado se refería al *comunismo*, esto es, a la manifestación más elevada del Socialismo, bajo el cual el principio de "a cada quien según su necesidad y a cada quien según su capacidad" llegaría a una plena realización; por otro, subrayaba la tradición de la *Commune* de París, que fue la primera tentativa para la instauración de un orden político que había de ser el punto de partida del socialismo, en cuanto al nombre social-demócrata significó en su origen la adopción por parte de los socialistas alemanes, de métodos políticos "democráticos" y, por tanto, el repudio del Anarquismo. Marx y Engels aceptaron la nueva denominación aunque nunca les satisfizo, considerando siempre preferible la de Comunista. Al adoptar Lenin esta última, obedeció principalmente a la necesidad de establecer una clara línea divisoria entre sus partidarios y los socialistas oportunistas de la Segunda Internacional.

Condiciones objetivas y factor subjetivo en la Revolución de Octubre

Grigori Glezermán*

CUANTO más nos aleja el impetuoso torrente del tiempo de los días de Octubre de 1917, con mayor brillo se perfila el significado de este gran jalón en la historia de la humanidad. La revolución, iniciada hace medio siglo en un solo país, en Rusia, se alza hoy palpable, como un viraje profundísimo que sentó el comienzo de una nueva época en la historia universal: el tránsito del capitalismo al socialismo y el comunismo en escala mundial.

En el curso de la revolución, la teoría marxista-leninista del proceso histórico fue probada en la práctica y, al mismo tiempo, enriquecida con una nueva experiencia. En base a la misma, como a la experiencia de las revoluciones precedentes, Lenin descubrió la ley fundamental, según la cual la revolución no es posible sin una crisis nacional que afecte

a los explotadores y a los explotados. Lenin enfocaba la revolución como el resultado de la aglutinación de determinadas condiciones objetivas y el factor subjetivo.

Tal planteamiento de la cuestión permite comprender asimismo la necesidad objetiva de la Revolución de Octubre y el papel que jugó el partido comunista (su estrategia y táctica) en la realización de la revolución.

Lenin, Marx y la teoría de la revolución

Una de las "muletillas" del anticomunismo actual consiste en negar que la Revolución de Octubre estuvo sujeta, en su desarrollo, a una ley, para presentarla únicamente como cierto "caso" de la historia, como resultado de un entrelazamiento de casualidades. Para fundamentar esta tesis falsa, con frecuencia se contraponen el leninismo al marxismo.

* Doctor en Filosofía, Emérito de las Ciencias de la RSFSR, jefe de la cátedra de Filosofía de la Academia de Ciencias Sociales.

Como es sabido, pertenece a Marx la demostración de que es inevitable la revolución socialista y la extinción del capitalismo. Marx demostró que la revolución socialista es el resultado objetivo y la única vía para solucionar las contradicciones internas del capitalismo, que este último crea por sí mismo tanto las premisas materiales de la revolución como a su enterrador: el proletariado. De ahí que la revolución socialista esté lógicamente condicionada por el desarrollo de las contradicciones del capitalismo.

Lenin, continúa y desarrolla la fundamentación teórica de las condiciones objetivas de la revolución dadas por Marx, aplicándola a la nueva época. Lenin mostró que el imperialismo es la víspera de la revolución socialista, que en esta época la revolución proletaria es prácticamente inevitable. Le pertenece a él el análisis del capitalismo monopolista de Estado, al que consideraba como la plena preparación material del socialismo.

Por lo tanto, las posiciones de Marx y Lenin son equivalentes.

Los actuales "críticos" del marxismo intentan contraponer Lenin a Marx. Muchos sociólogos como, por ejemplo, el profesor canadiense H. Mayo, el conferencista de la Universidad de Oxford, J. Plamenatz y otros, declaran que la revolución no tuvo lugar donde debía haberse hecho, según la teoría marxista. Marx la esperaba en los países más desarrollados del capitalismo, pero la revolución triunfó primero en un país relativamente atrasado: en Rusia. Por eso, a juicio de ellos, la Revolución de

Octubre, lejos de confirmar, refuta el marxismo.

Sin embargo, se presenta ante semejantes autores la siguiente incógnita: ¿Por qué, no obstante, la revolución se hizo en Rusia? Responden que ello se debe a la voluntad de Lenin y su partido, a que Lenin, al organizar la revolución en Rusia, desmintió el determinismo de la teoría marxista. Afirman que Marx habría puesto el acento en la evolución económica, en tanto que Lenin, en la voluntad y en la conciencia. Así, por ejemplo, Carew Hunt, uno de los críticos del marxismo, enuncia que Lenin habría comunicado presuntamente a la doctrina marxista una orientación voluntarista.

Sustenta la misma posición el conocido sociólogo anticomunista norteamericano Sidney Hook, quien asevera que la revolución habría sido hecha en Rusia por la fuerza de decretos políticos, independientemente de "determinismos históricos" de índole alguna, e inclusive pese a ellos.¹

Por supuesto que todos estos errores descansan en la tergiversación del marxismo-leninismo. Tanto en Marx como en Lenin encontramos una posición, idéntica, de principio, ante el problema cardinal acerca de la correlación de las condiciones objetivas y el factor subjetivo. Según los conceptos de ambos, el papel determinante en la historia lo desempeñan las condiciones objetivas, de las cuales en última instancia depende también el desarrollo del factor subjetivo. Al pro-

¹ S. Hook. "Historical determinism and political fiat in soviet communism." *Proceedings of American Philosophical Society*, vol. 99. N. 1, 1955.

pio tiempo, el factor subjetivo posee una independencia relativa, y en determinadas condiciones históricas, a saber: al existir todas las premisas objetivas, puede adquirir un papel decisivo, en la conquista de la victoria de la revolución.

Lenin siguió desarrollando estas tesis generales vinculándolas con la nueva época histórica, teniendo en cuenta también los nuevos adversarios contra quienes había de luchar.

En la época de Marx y Engels no habían madurado aún las premisas objetivas para la revolución socialista. Lo testimoniaba, en particular, la derrota de la Comuna de París, debida no sólo a los errores cometidos por los comuneros, sino también a ciertas causas objetivas, y en especial, a la insuficiente madurez de desarrollo del capitalismo.

En la época del imperialismo, como demostró Lenin, el sistema capitalista mundial ha madurado ya suficientemente en su totalidad para la revolución socialista del proletariado. A raíz de ello la culminación de la revolución comenzó a depender, en mayor medida que antes, del grado de madurez del factor subjetivo. Si se dan las premisas objetivas para la revolución, el papel del factor subjetivo aumenta conforme a la ley. Por eso precisamente Lenin asignaba una enorme atención al estudio del problema del papel del factor subjetivo en la revolución.

Hubo otro aspecto que determinó que Lenin centrara la atención en este problema: el relacionado con la posición de los adversarios que se vio obligado a criticar. Marx y Engels luchaban esen-

cialmente contra las formas premarxistas de socialismo y la concepción idealista del mundo que herederan de ellas los anarquistas, blanquistas y otras corrientes. Sólo en la postrimería de estos dos grandes hombres apareció en la arena un nuevo enemigo: el reformismo, el oportunismo de derecha, cuya base teórica era el materialismo económico vulgar.

En la época en que vivió y actuó Lenin la situación había cambiado. Entre los "economistas" mencheviques, bernsteinianos y kautskianos rusos, cuya ideología se convirtió en orientación predominante en la II Internacional, se divulgó la teoría de la espontaneidad. Y aunque Lenin hubo de combatir contra los eseristas, los anarquistas y los ultraizquierdistas, los adversarios principales en ese período seguían siendo los predicadores de la teoría de la espontaneidad, quienes tergiversaban el marxismo en el espíritu del materialismo vulgar. La necesidad de criticar a estos enemigos también requería un ulterior estudio del problema acerca del papel del factor subjetivo en la historia.

Se sobreentiende que el reconocimiento del creciente papel del factor subjetivo no puede identificarse con el subjetivismo, como tratan de presentarlo los adversarios del marxismo. Existe una diferencia de principio entre el reconocimiento del creciente papel del factor subjetivo y su absolutización, propia del voluntarismo.

El leninismo reconoce el creciente papel del factor subjetivo en relación con la madurez de las condiciones objetivas para la revolución. Los subjetivistas, en cambio, atribuyen al factor subjetivo el papel

determinante, cualesquiera sean las condiciones, lo cual los lleva a subestimar las leyes objetivas.

Semejante posición fue criticada por Lenin en repetidas oportunidades. Baste recordar su informe en la Conferencia de abril de 1917, en el que dijo: "Para un partido proletario no hay un error más funesto que basar su táctica en deseos subjetivos."² Es notorio que Lenin recalcó en múltiples ocasiones la necesidad de tomar estrictamente en cuenta las condiciones objetivas en su integridad. Consideraba que ello era una condición imprescindible de madurez y de feliz actividad del factor subjetivo.

Condiciones objetivas y premisas materiales

El análisis de las condiciones objetivas que se dieron en Rusia y el grado de madurez del factor subjetivo permiten dar una respuesta científica al interrogante: ¿Por qué la revolución socialista triunfó primero en este país?

En el artículo *La Tercera Internacional y su lugar en la historia*, correspondiente a 1919, Lenin indicaba que la historia había puesto de manifiesto la contradicción entre el atraso de Rusia y su "salto" a la forma superior de democratismo: a la democracia socialista. Como resultado de ese salto, nuestro país resultó por su régimen político-social, delante de otros países y pasó a la vanguardia del progreso histórico.

¿Cómo pudo ocurrir —se preguntaba

² V. I. Lenin. *Obras completas*, Buenos Aires, 1957, t. 24, pág. 231.

Lenin— que el primer país que llevó a efecto la dictadura del proletariado haya sido uno de los países europeos más atrasados?

"Cualquier marxista, e incluso cualquier persona que conozca la ciencia moderna en general, a quien preguntásemos: «¿Es verosímil que los diversos países capitalistas pasen a la dictadura del proletariado de un modo uniforme o armónicamente proporcional?», nos contestaría, sin duda alguna, que no. En el mundo capitalista no han existido nunca, ni pueden existir jamás, la uniformidad, la armonía ni la proporcionalidad. Cada país ha ido desarrollando con especial relieve, ya uno u otro aspecto o rasgo, o un grupo de cualidades del capitalismo y del movimiento obrero. El proceso de desarrollo siguió un curso desigual."³

Una manifestación de esa desigualdad de desarrollo histórico fue el desplazamiento, a principios del siglo **XX**, del centro del movimiento revolucionario mundial a Rusia. En 1877 Marx escribía: "Esta vez la revolución comenzará en Oriente, ciudadela intacta hasta ahora y ejército de reserva de la contrarrevolución."⁴ Esa revolución, enfilada contra el zarismo y las secuelas del régimen de servidumbre, según suposición de los fundadores del marxismo debía servir de señal para la revolución proletaria en Occidente. En el prólogo a la edición rusa del *Manifiesto del Partido Comunista* (1882) Marx y Engels dijeron directamente que Rusia era el destacamento de

³ V. I. Lenin. *Obras completas*, Buenos Aires, 1960, t. 29, pág. 302.

⁴ C. Marx y F. Engels. *Cartas escogidas*, Moscú, 1953, pág. 311 (ed. rusa).

vanguardia del movimiento revolucionario en Europa.

Por aquellos tiempos, el movimiento revolucionario revestía aún en Rusia, en lo fundamental, un carácter democrático. Mas a fines del siglo XIX, comenzó a avanzar al proscenio de la lucha revolucionaria la clase obrera. El movimiento obrero ruso hubo de pasar por dificultades de tal envergadura que, en comparación con ellas, el período de doce años de vigencia de la ley de excepción contra los socialistas en Alemania parece una prueba relativamente fácil. Mas en esas dificultades se forjaba y vigorizaba el proletariado ruso, adquiría las cualidades indispensables el destacamento que se ponía a la vanguardia del proletariado internacional. En Rusia se constituyó por primera vez un partido de nuevo tipo: el partido combativo y revolucionario de los bolcheviques, cardinalmente opuesto a los partidos de la II Internacional. En 1902, en la obra que lleva el título programático *¿Qué hacer?*, Lenin declaraba que la historia había planteado ante el proletariado ruso la tarea más revolucionaria de todas las tareas inmediatas del proletariado de cualquier país. El cumplimiento de la misma debía convertir a la clase obrera de Rusia en la vanguardia de la clase obrera revolucionaria internacional.⁵

En Rusia, donde la opresión capitalista se entrelazaba con la opresión de los terratenientes, las contradicciones sociales resultaron ser más agudas y profundas, lo cual contribuía a revolucionar a las masas. Ello permitió al partido proletario

lograr la fusión —en una sola fuerza revolucionaria— de la lucha socialista del proletariado con la lucha democrática campesina por la tierra, con el movimiento de liberación nacional, etc. El proletariado de Rusia, al unir en torno de sí a las amplias masas del pueblo, barrió en febrero de 1917 el bastión de la reacción: el zarismo, y al cabo de unos meses terminó para siempre con el dominio del capitalismo en nuestro país.

En relación con ello, surge un importante problema: hacer una justa apreciación de la Rusia atrasada y su influencia en el desarrollo del proceso revolucionario. La posición de los mencheviques y de los líderes de la II Internacional al respecto, era muy simple. Según ellos, el atraso de un país es un obstáculo insalvable para la revolución. Y si estallara la revolución en Rusia, ésta deberá perecer necesariamente en virtud de que no han madurado aún para ella las condiciones objetivas.

En esencia, esa era la misma posición que sustentaban los trotskistas, así como los comunistas “de izquierda”, con la única diferencia de que ellos, al conformarse con que la revolución perecería inevitablemente debido al atraso de Rusia, buscaban la solución en encender el fuego de la revolución mundial con acciones aventureras de cualquier índole. Veían en la revolución mundial la única salvación del socialismo en Rusia.

Paralelamente a esta posición, se manifestaba otro punto de vista, según el cual el atraso era el motor de la revolución. Esta afirmación es tan ajena al leninismo como la posición de los men-

⁵ Véase V. I. Lenin, *Obras completas*, Buenos Aires, 1959, t. 5, pág. 380.

cheviques. Cuando Bujarin afirmaba en su libro *Economía del período de transición* que el proceso revolucionario mundial comienza por sistemas de economía nacional inferiores por su nivel, y que la velocidad de la ofensiva de la revolución es inversamente proporcional a la madurez de las relaciones capitalistas, Lenin se pronunció resueltamente contra semejante punto de vista. Subrayó las mencionadas palabras del libro de Bujarin, y escribió en los márgenes que, en lugar de "por sistemas inferiores", habría que decir "no por los superiores" y en lugar de "inversamente proporcional", "no en modo preciso directamente proporcional".⁶

Algunos adversarios contemporáneos del leninismo lo consideran una doctrina basada en la "dialéctica del atraso". El anticomunista norteamericano A. Meyer atribuye a Lenin la idea de que "el atraso es el factor causal decisivo de los cambios". Este concepto contradice la verdadera posición del leninismo.

El leninismo no considera, en modo alguno, que el atraso de un país sea una condición para la revolución socialista. Esta revolución sólo es posible si existe una clase obrera constituida y suficientemente fuerte que se constituya en fuerza motriz principal y hegemónica del viraje revolucionario. Por eso no pudo realizarse primeramente en los países más atrasados, donde el proletariado no se había constituido aún. En cuanto a Rusia, Lenin decía con precisión que "sin un determinado nivel del capitalismo, no nos hubiera resultado nada".⁷

⁶ *Recopilación leninista*, Moscú, 1931, t. XI, pág. 398 (ed. rusa).

⁷ *Recopilación leninista*, Moscú, 1931, t. XI, pág. 397 (ed. rusa).

¿Qué elementos forman parte de las condiciones objetivas de la revolución socialista?

En primer término, las premisas materiales, es decir, una determinada madurez económica del capitalismo. La obra leninista *La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla* y varios otros trabajos están dedicados al análisis de las premisas económicas de la Revolución de Octubre en Rusia. Lenin mostró que en aquel entonces el capitalismo monopolista de Estado ya había alcanzado en Rusia un desarrollo relativamente alto y que ello creaba las condiciones objetivas para el tránsito al socialismo.

En segundo lugar, para la revolución socialista es preciso que se den las premisas de clase y, ante todo, que exista una clase obrera suficientemente vigorosa y sus aliados.

Durante medio siglo de desarrollo capitalista en Rusia, el proletariado fabril creció numéricamente en 3,9 veces. Además, a pesar del atraso económico general del país, más de la mitad de los obreros (en 1915, el 56,5%) estaban concentrados en grandes empresas, donde se distinguían por su mayor actividad revolucionaria y espíritu de organización.

En tercer lugar, una condición objetiva de la revolución es la agudización de las contradicciones, tanto internas como externas, del régimen caduco. Para ello, debe tenerse en cuenta, ante todo, la intensidad de las contradicciones en el país dado, en comparación con los otros países, lo cual se expresa con el concepto del eslabón más débil en la cadena del imperialismo. Bajo el imperialismo, cuan-

do el desarrollo económico y político desigual de los países capitalistas se intensifica hasta el máximo, se da la posibilidad de abrir una brecha en los eslabones más débiles del frente del imperialismo. Uno de esos eslabones resultó ser precisamente Rusia, país que se había convertido en el nudo de contradicciones del imperialismo mundial. Mas ello no significa que en un país así sea posible hacer la revolución en cualquier momento.

Se debe tomar en consideración asimismo la exacerbación de las contradicciones en el momento concreto, en la etapa concreta, lo que se expresa con el concepto de situación revolucionaria. Existen factores más o menos permanentes que ejercen su influencia en el desarrollo del proceso revolucionario durante un prolongado período, que comunican una agudeza especial a las contradicciones en el país dado, y existen circunstancias, por así decirlo, fluctuantes, vinculadas con determinadas condiciones concretas. Estas últimas circunstancias son las que Lenin definió con el concepto de *situación revolucionaria*.

De ello se deduce que las premisas materiales y las objetivas de la revolución no son la misma cosa. Entre las primeras figuras, en primer término, la madurez económica del país, su preparación económica para las transformaciones socialistas. Pero las premisas objetivas de la revolución son una concepción más amplia, que lleva implícita también la correlación de las fuerzas de clase.

Si comparamos desde este punto de vista a Rusia y a los países capitalistas de Europa occidental, podremos advertir que

la maduración de las condiciones para la revolución se producía de un modo en extremo desigual. En Occidente había mayores premisas técnico-materiales para el socialismo, pero las premisas de clase resultaron ser más definidas en Rusia, donde además existía una elevada madurez del factor subjetivo.

Entre los elementos de la situación revolucionaria ocupan un importante lugar los cambios en la vida política del país: una crisis de poder, el hecho de que las clases dominantes ya no pueden gobernar al modo antiguo, y una crisis de las capas bajas, que se expresa en que las masas ya no quieren vivir como antes.

La situación revolucionaria forma parte de las condiciones objetivas de la revolución. Ocurre que la crisis política y otros elementos de la situación revolucionaria son dados como condiciones objetivas de la revolución que el partido debe tener presente. Lenin subrayaba que el comienzo de la situación revolucionaria no depende de la voluntad, no ya de grupos o partidos aislados, sino tampoco de clases aisladas.

La situación revolucionaria puede producirse por las causas más variadas y no únicamente por el agravamiento de la miseria y las desgracias de las masas, sino inclusive, por ejemplo, por un conflicto racial u otros motivos o por acciones de las fuerzas reaccionarias. Mas la agudización de las contradicciones de clase es siempre un elemento imprescindible de la situación revolucionaria. Ello se refiere también a los casos en que la revolución se desarrolle de un modo relativamente pacífico.

Sería incorrecto pensar que durante el desarrollo pacífico de la revolución su incremento puede producirse en forma de evolución. Obligatoriamente se darán circunstancias en que irá en ascenso la resistencia de las fuerzas reaccionarias, en que se produzcan determinadas crisis, pero la revolución seguirá avanzando a través de esas crisis. El desarrollo de la revolución no es un proceso uniforme. Por lo demás, la revolución puede culminar victoriosa sólo cuando a las condiciones objetivas se sume un correspondiente desarrollo del factor subjetivo, es decir, del espíritu de organización y de conciencia de las masas, dirigidas por un partido experto y templado en las batallas.

La clase, el partido y el sujeto de la revolución

Los críticos burgueses del marxismo-leninismo plantean a veces esta cuestión: ¿Quién es el sujeto de la revolución: la clase o el partido? Algunos de ellos afirman que para Marx la clase aparecía como sujeto de la revolución, y para Lenin, el partido. Hay quien formula esta idea en los términos siguientes: "el leninismo es «partidismo», el marxismo no lo es". Otros aseveran que el leninismo transfirió al partido la tarea que Marx consideraba misión de la clase obrera.

Por supuesto que estas afirmaciones no pasan de ser conjeturas de estos críticos. Tampoco en este problema existe una divergencia entre Marx y Lenin, por lo contrario, la posición de ambos es idéntica.

El sujeto de la revolución, es decir, la

fuerza de clase que se pronuncia como creadora de la revolución, es la clase obrera. El concepto de sujeto de la revolución responde a la pregunta: ¿Quién es el portador de las transformaciones revolucionarias, quién es capaz, por su posición, de hacer la revolución? En la revolución socialista ese papel lo desempeña la clase de los proletarios junto con sus aliados que conduce detrás de sí.

El concepto del factor subjetivo es algo más restringido. Se entiende por factor subjetivo la actividad consciente de los individuos, clases, partidos que luchan por determinados objetivos, en cumplimiento de sus ideales. Esta lucha consciente se hace posible gracias a que existe un partido que ayuda a la masa de la clase a tomar conciencia de sus tareas históricas, de su misión histórica y la organiza para luchar por su realización. Por eso no existe terreno alguno que permita enfrenar el partido a la clase. El marxismo-leninismo reconoce que es imposible sustituir las acciones de clase por las acciones del partido, y mucho menos por las de su núcleo dirigente. Tales tentativas redundan en una posición sectaria, en el aventurerismo. Pero, al mismo tiempo, es imposible sustituir el partido y su actividad organizadora por las acciones de clase. Si se intentara hacerlo, ello derivaría en la teoría y la práctica de la espontaneidad, en una negación —fatal para la revolución— del papel dirigente y organizador del partido.

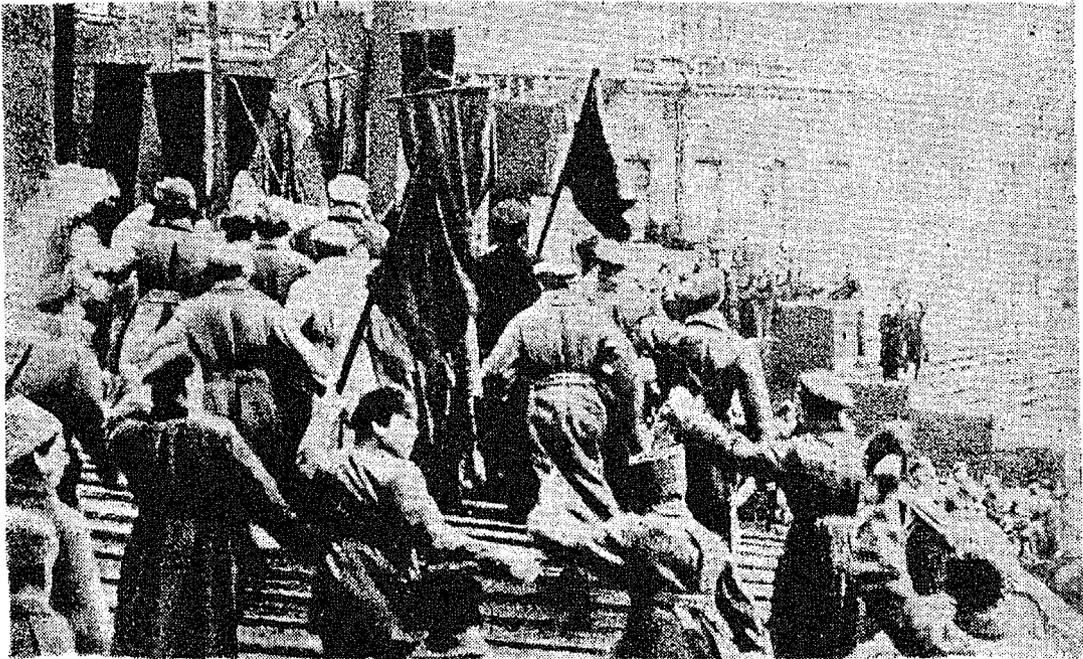
Así, en el proceso de maduración de la revolución deben combinarse las condiciones objetivas con el factor subjetivo, los procesos espontáneos de incremento

de la crisis revolucionaria y la preparación consciente de las acciones decisivas.

Sidney Hook, uno de los anticomunistas ya citados, asevera que los comunistas no son comadronas de la revolución social que esperan su nacimiento, sino ingenieros o especialistas profesionales de la revolución en cualquier momento, en cualquier lugar. Estas son, por supuesto, otras tantas conjeturas como las reflexiones ya mencionadas de S. Hook.

Lenin subrayó más de una vez que no se puede fijar la fecha de la revolución, se puede si fijar la fecha de la insurrección armada, cuando ya maduraron las condiciones para ello, pero no se puede hacer lo mismo con la revolución, porque ésta se basa en la maduración de ciertos

procesos espontáneos que llevan a una modificación de la correlación de las fuerzas de clases. La estrategia y táctica leninistas de preparación para la Revolución de Octubre es un ejemplo clásico de cómo debe saber el partido apoyarse en el auge espontáneo, realizar el pronunciamiento decidido en el momento preciso, para asestar un golpe al enemigo en el lugar más débil y con fuerzas aplastantes. Puede decirse que la Revolución de Octubre no hubiera podido triunfar de no haber existido esa exactitud de pronóstico leninista, que señaló correctamente el momento decisivo del pronunciamiento, de no haber existido toda la actividad organizadora del partido para la preparación del asalto del gobierno burgués.



... asestar un golpe al enemigo en el lugar más débil y con fuerzas aplastantes ...

La fusión de las condiciones objetivas favorables con las acciones justas del factor subjetivo aseguraron la victoria de Octubre. El papel del factor subjetivo no sólo es inmenso en la conquista del triunfo político, sino también en la solución de todas las demás tareas de la revolución. La revolución socialista lleva implícito un viraje político, económico y cultural. Todas estas transformaciones pueden interpretarse como un proceso de profundización de la revolución. La revolución política puede realizarse en un plazo breve, pero las transformaciones económicas y culturales son cambios más profundos del régimen social, que requieren un período más prolongado. En el País soviético duró, por lo menos, dos decenios. En relación con el ahondamiento de la revolución, crecen también la proporción de las masas que se convierten en activas creadoras de los cambios, se incrementa el papel de la conciencia de las masas, su actividad, iniciativa, y, al propio tiempo, crece la importancia de la dirección de las masas, o sea, el papel del Partido Comunista. Por eso, todo el proceso de desarrollo de la revolución, desde su triunfo en los históricos días de Octubre de 1917, es un proceso en el que iba en aumento el papel del partido, el papel de la lucha organizada de las masas y, en consecuencia, alzó en toda su magnitud el papel histórico del factor subjetivo.

Haciendo un análisis de la Gran Revolución Socialista de Octubre, Lenin subrayaba que en Rusia en 1917, en virtud de toda una serie de condiciones objetivas y de premisas subjetivas, era más fácil

iniciar la revolución que en Occidente. Entre esas condiciones, Lenin mencionaba la circunstancia de que el atraso político de la monarquía zarista, poco común para Europa del siglo xx, provocaba una fuerza extraordinaria del impulso revolucionario de las masas y el hecho de que la revolución proletaria contra la burguesía se había fusionado con la guerra campesina contra los terratenientes. La escuela de lucha cursada en el año 1905 por las masas revolucionarias fue "un ensayo general" de la revolución de 1917. La alianza de la clase obrera con las masas campesinas y su influencia sobre las capas semiproletarias del campesinado facilitaron el tránsito de la revolución democrático-burguesa a la socialista.

También desempeñó un ingente papel el hecho de que, por iniciativa revolucionaria de las masas, fueran constituidos los Soviets, como forma nueva de organización revolucionaria, convertida más tarde en la base del poder político. Lenin señalaba asimismo la importancia de factores tales como la relativa debilidad de la burguesía rusa, la ausencia en ella de una experiencia tan grande de gobierno como tenían la burguesía de Inglaterra y Francia. Un determinado papel desempeñaron las condiciones favorables geográficas de Rusia, que le permitieron mantenerse más tiempo que a otros países contra la supremacía militar de los países capitalistas desarrollados.

En virtud de todas estas causas, como señalara Lenin, en Rusia fue más fácil comenzar la revolución que en Occidente, pero más difícil continuarla y llevarla hasta el triunfo definitivo, en el sentido

de una plena organización de la sociedad socialista. Esta dificultad se debía, en primer término, a la circunstancia de que las premisas técnico-materiales para el socialismo estaban menos maduras que en Occidente. En 1920, cuando nuestro país, por su régimen político, había dejado muy atrás a todos los demás Estados, pero seguía siendo aún en extremo atrasado en el aspecto económico, Lenin no consideraba excluida la probabilidad de que, en caso de que triunfara la revolución socialista aunque sólo fuera en uno de los países económicamente desarrollados, "Rusia se convertiría poco después de ello, no en un país modelo, sino de nuevo en un país atrasado (en el sentido «soviético» y socialista)".⁸ Lenin incluso suponía que la Rusia soviética sólo había resultado por un breve plazo delante de los otros Estados. Mas la revolución en los países capitalistas avanzados se retrasó. Al mismo tiempo, Rusia Soviética, siguiendo por el camino trazado por Lenin, tuvo tiempo de utilizar el poder político conquistado en los días de Octubre para realizar transformaciones económicas, para superar el atraso económico, llevar a efecto la industrialización de toda la economía nacional y la colectivización del campo, así como hacer la revolución cultural. Esto es lo que hizo del País soviético, pese a todas las dificultades y los defectos, un "ejemplo" de edificación socialista para los demás países, en el sentido al que se refiriera Lenin.

En su tiempo, Lenin indicaba que al proletariado ruso le había tocado en suer-

te el gran honor de "comenzar". Ahora puede añadirse a ello que a la clase obrera y a los trabajadores del País soviético les ha tocado en suerte no sólo el honor de comenzar el tránsito del capitalismo al socialismo, sino por primera vez en la historia, construir la sociedad socialista en una sexta parte de la Tierra. Como dice el Programa del PCUS "gracias al trabajo abnegado del pueblo soviético y a la labor teórica y práctica del Partido Comunista de la Unión Soviética, *el género humano cuenta con una sociedad socialista existente en la realidad y con una ciencia de la construcción del socialismo comprobada en la práctica. La vía magna que lleva al socialismo está trazada.* Por ella avanzan ya muchos pueblos y, tarde o temprano, todos habrán de seguirla".

Los pueblos de la Unión Soviética fueron los primeros en resolver el problema más fácil, pero también otro más arduo: el problema de superar el atraso y reestructurar todo el país sobre la base socialista. Es ésta una verdadera proeza del pueblo soviético y de su partido, que ejerció enorme influencia en toda la marcha de la historia mundial. El hecho de que cuando el fascismo se afianzó en el centro de Europa, el socialismo ya había ganado una victoria decisiva, tuvo inmensa importancia para los destinos de toda la humanidad, porque la Unión Soviética pudo resistir a la ola fascista que había inundado gran parte de Europa. El resultado de la derrota de las hordas hitlerianas por el Ejército Soviético durante la Segunda Guerra Mundial significó, en última instancia, un cambio radical en la

⁸ V. I. Lenin. *Obras completas*, Buenos Aires, 1960, t. 31, pág. 15.

correlación de las fuerzas del socialismo y el capitalismo en el mundo entero. Hoy, junto con la Unión Soviética, construyen la nueva sociedad otros países de la comunidad socialista mundial.

La Revolución de Octubre se convirtió en punto de viraje en la historia de la humanidad. En el Campo de Marte de Leningrado —ciudad cuna de la revolución— en las lápidas de granito al pie del monumento a los combatientes revolucionarios, está cincelada esta inscripción: "Contra la riqueza, el poder y el saber para un puñado, librásteis la guerra y con honor caísteis, para que la riqueza,

el poder y el conocimiento se convirtieran en suerte de todos." La Revolución de Octubre abrió al pueblo, por primera vez en la historia, las puertas de la riqueza, del poder y del saber, y los hizo patrimonio de los trabajadores. Esta es la razón de que el cincuentenario de esta revolución lo celebren no sólo los pueblos del País soviético. Es una fiesta de las fuerzas revolucionarias del mundo entero, cuyas esperanzas y anhelos se vieron encarnados en la Gran Revolución Socialista de Octubre y en su conquista principal: la sociedad socialista, creada con tenaz trabajo y lucha.

Las insurrecciones armadas de 1905 y 1917 en Rusia

Alexander Grunt*

Las barricadas, forma caduca de la insurrección armada

Históricamente los acontecimientos han venido sucediéndose de tal manera que las insurrecciones armadas de los obreros y las clases bajas urbanas contra el poder de los explotadores, se han vinculado a la lucha de barricadas. La barricada se convirtió en símbolo de heroísmo e intrepidez del pueblo, y ello no es casual. Si echamos una ojeada, aunque sea rápida, a la historia de la lucha armada de las masas proletarias en los años de 1830, 1848 y 1871 en Francia y Alemania; a las insurrecciones armadas urbanas de 1905 en Rusia, y a otros muchos casos, nos convenceremos de que la barricada casi

* Candidato a doctor en Ciencias Históricas, colaborador del Instituto de Historia de la Academia de Ciencias de la URSS. Especialista en historia de Rusia del período del imperialismo y en historia de la Revolución de Octubre. Es autor de la monografía *La victoria de la Revolución de Octubre en Moscú*, así como de varios artículos sobre el tema.

siempre fue un elemento indispensable en esa lucha.

En numerosas obras se encuentran expresiones como: "Los obreros lucharon heroicamente en las barricadas", "toda la ciudad se cubrió de barricadas", y otras semejantes. Pero estas imágenes se utilizan con frecuencia de manera mecánica, por hábito, sin ningún intento de reconocer el hecho evidente de que la barricada no sólo es un símbolo de valor y heroísmo, un simple "atributo" forzoso de la lucha armada del proletariado, sino una táctica formada, desarrollada y caduca ya de la insurrección armada, esa manifestación suprema de la lucha de clases. Por eso, Lenin sin rodeos dijo: "El marxismo exige que el problema de las formas de lucha se enfoque *históricamente*. Plantear este problema al margen de la situación histórica concreta es tanto como no comprender los rudimentos del materialismo dialéctico... Querer contestar simplemente que sí o que no a un determinado medio de lucha, sin entrar

a considerar en detalle la situación concreta del movimiento de que se trata, en una fase dada de su desarrollo, equivale a salirse totalmente del terreno del marxismo.”¹



... que en las condiciones actuales el pueblo no podría vencer por medio de las armas a un ejército regular técnicamente equipado.

La experiencia de las insurrecciones armadas fue objeto de estudio por todos los partidos socialistas. Los oportunistas de la II Internacional, escudándose en las derrotas sufridas por el proletariado en la lucha armada, afirmaban que este tipo de lucha, como vía probable de la revolución, había caducado; que en las condiciones actuales el pueblo no podría vencer por medio de las armas a un ejército regular, técnicamente equipado. Esto,

¹ V. I. Lenin, *Obras completas*, Buenos Aires, 1960, t. 11, pág. 208.

dicho a finales del siglo XIX y principios del XX, cuando la insurrección armada constituía para el proletariado europeo uno de los medios posibles para tomar el poder, y en Rusia era el único viable para derribar al régimen monárquico, equivalía a una capitulación abierta; convertía la lucha de las masas proletarias y no proletarias en una lucha sin perspectiva, condenándola a degenerar en un sindicalismo corriente.

El presente artículo no se propone elucidar todos los aspectos políticos y tácticos de la lucha armada del proletariado. Se plantea sólo una tarea: seguir el nacimiento de la “nueva táctica de barricadas” en 1905, analizar el contenido de este término y esclarecer la actitud de los marxistas-leninistas hacia la lucha de barricadas, basándonos en la experiencia de las insurrecciones armadas de diciembre de 1905 y de octubre de 1917 en Rusia.

Como es sabido, poco después del aplastamiento de la insurrección de diciembre de 1905 en Moscú, Kautsky, que a la sazón aún no se había manchado con la apostasía, publicó en el periódico *Vorwärts* un artículo titulado *Die Aussichten der russischen Revolution*,² en el que exhortaba a revisar las concepciones de Engels respecto a la lucha de barricadas. Para valorar, en esencia, la exhortación de Kautsky tendremos no sólo que citar el pasaje correspondiente de su artículo, sino también analizar los puntos de vista de Engels sobre el particular. Tanto la batalla de París de junio (se refiere a la de 1848— *Nota del autor*), como la de diciembre de Moscú —decía Kautsky— fueron combates de barricada. Pero la primera fue la catástrofe, fue el fin de la vieja táctica de barricada. La segunda

² *Vorwärts*, Núms. 23, 28 (15), I, 1906.

fue el comienzo de una nueva táctica de barricada. Y, por lo tanto, debemos revisar el punto de vista expuesto por Engels en su prólogo a *La lucha de clases* de Marx, o sea, su opinión de que la época de los combates de barricada ha quedado definitivamente atrás. En realidad, lo que ha quedado atrás es solamente la época de la *vieja* táctica de barricada. Esto es lo que ha mostrado la batalla de Moscú, en la que un puñado de insurrectos, en el transcurso de dos semanas, logró mantenerse frente a las fuerzas combativas superiores, equipadas con todas las armas de la artillería moderna.³ Kautsky no intentaba enterrar la insurrección moscovita, como lo hizo Plejanov con su frase tristemente célebre: "No se debieron haber tomado las armas." Aunque disponía de pocos datos sobre los acontecimientos moscovitas (lo que, como veremos a continuación, le llevó a conclusiones erróneas en cuanto a la táctica de la insurrección), Kautsky advirtió detrás de la derrota la clave del futuro éxito de la lucha proletaria contra el zarismo. Lenin, en una serie de artículos, valoró altamente esas manifestaciones de Kautsky en defensa de la revolución rusa y de su punto culminante: la insurrección armada de diciembre de 1905.

Las concepciones de Engels sobre la insurrección y la táctica de barricadas

¿Qué se proponía revisar Kautsky en las concepciones de Engels sobre la lucha de barricadas, y en qué consisten esos puntos de vista de Engels? En 1851-1852, el periódico norteamericano *New York Daily Tribune* insertó, suscrito por Marx,

³ V. I. Lenin, *Obras completas*, Buenos Aires, 1960, t. 10, págs. 137-138.

en forma de artículos en serie, el trabajo *Revolución y contrarrevolución en Alemania*. Precisamente en este trabajo (artículo *La insurrección*) se expuso en forma sintetizada la tesis de que la insurrección es un arte, al igual que la guerra o cualquier otro arte. Durante largos años se consideró que ese trabajo, a juzgar por la firma de los artículos, pertenecía a la pluma de Marx. Pero la publicación de la correspondencia entre Marx y Engels permitió establecer, sin discusión, que su autor no era Marx, sino Engels. En su famosa carta *Consejos de un ausente*, del 8 de octubre de 1917, Lenin, remitiéndose a Marx, hizo una brillante exposición de las reglas fundamentales de la insurrección formulada por Engels. En marzo de 1895, Engels escribió la *Introducción* al folleto de Marx; *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850*, en el que se expusieron las concepciones sobre las perspectivas del movimiento revolucionario europeo en general y sobre la táctica de la lucha de barricadas en particular. Los dirigentes de la socialdemocracia alemana, ya entonces contagiados con el veneno del oportunismo, al preparar la *Introducción* para la prensa la "redactaron" de tal modo que los puntos de vista de su autor sobre las cuestiones más agudas fueron tergiversados por completo. Así apareció en *Vorwärts* una de las admirables obras de Engels, y dio lugar a que después los oportunistas alemanes se remitiesen a ella como a un "legado", en el que Engels —según ellos— renunciaba al derrocamiento armado del poder de los explotadores y exhortaba a emplear exclusivamente métodos parlamentarios de lucha. Engels se indignó profundamente por estas acciones de sus "amigos berlineses".

El 1º de abril de 1895 Engels escribía a Kautsky: "Para asombro mío, hoy he visto en *Vorwärts* un extracto de mi *Introducción*, publicado sin mi conocimiento y arreglado de tal modo que aparece como un *pacífico* adorador de la legalidad a toda costa. Por eso me alegra el que la *Introducción* se publicará íntegramente en *Neue Zeit* y se disipará esta bochornosa impresión."⁴

Pero los líderes socialdemócratas alemanes no estimaron necesario publicar el trabajo completo y sólo mucho más tarde, en 1924, las líneas tachadas del original vieron la luz en la Unión Soviética.⁵ En 1930 apareció en la URSS en edición separada, el libro de Marx *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850* con el texto íntegro de la *Introducción*. Entonces, todos tuvieron la posibilidad de juzgar en su conjunto las concepciones de Engels sobre la insurrección armada y la táctica de barricadas. Al analizar la experiencia militar de las insurrecciones armadas del siglo XIX, Engels, naturalmente, no podía pasar por alto el hecho de que todas ellas estuvieron ligadas a las barricadas, ni dejar de plantear la cuestión del lugar y el significado de los combates de barricada como forma táctica de la lucha en las calles.

Es poco probable establecer ahora con exactitud dónde y cuando se emplearon las primeras barricadas. Pero una cosa es evidente: su surgimiento estuvo ligado no a los fines ofensivos de las insurrecciones, sino a las aspiraciones espontáneas de las clases bajas urbanas de proteger los arrabales obreros de los golpes de las tropas gubernamentales, para

salvar de la destrucción sus hogares y a sus familias de la muerte.

Las leyes tácticas de la insurrección armada se diferencian radicalmente de las acciones de las tropas en una guerra "corriente"; donde las partes disponen, sino de posibilidades iguales, al menos, parecidas. En la insurrección no existe tal parecido. En la insurrección, a las tropas regulares se opone una masa heterogénea de hombres no instruida en el arte militar, equipada con armas de distinto calibre y, como regla, "civiles". Y si en una guerra "corriente" la construcción y la defensa de las obras de fortificación es un fenómeno lógico, que no significa precisamente la derrota de las fuerzas que se defienden; en la insurrección, la pasividad y el paso a la defensiva son el precursor terrible de su muerte.

En todas las insurrecciones triunfantes de la primera mitad del siglo XIX, la victoria no la decidía de ninguna manera la defensa de las barricadas, sino otros factores. Así, en las insurrecciones parisienses de 1830 y de febrero de 1848, el factor decisivo fue la Guardia Nacional que, o bien permanecía al lado del pueblo o bien se negaba a luchar contra él, lo que obligaba a vacilar a las tropas gubernamentales. En Berlín, en 1848, las tropas del gobierno estaban agotadas y su mando desmoralizado, lo que daba a las fuerzas del pueblo la preponderancia decisiva. Pero allí donde la Guardia Nacional luchaba contra la insurrección, donde las tropas gubernamentales eran consistentes y sus comandantes operaban según todas las reglas del arte militar, las barricadas no podían salvar la situación y las insurrecciones fracasaban. Así sucedió en París en junio y en Viena en octubre de 1848 y en Dresden en mayo de 1849.

⁴ C. Marx y F. Engels. *Obras completas*, t. 39, pág. 373. (En ruso.)

⁵ Véase *Archivo de Marx y Engels*, libro I, Moscú, 1924.

Apoyándose en todos esos hechos, Engels llegó a la conclusión de que "hasta en la época clásica de la lucha en las calles, la barricada tenía más eficacia moral que material. Era un medio para quebrantar la firmeza de las tropas. Si se sostenía hasta la consecución de este objetivo, se alcanzaba la victoria; si no, venía la derrota. Este es el aspecto principal de la cuestión, y no hay que perderlo de vista tampoco cuando se investiguen las posibilidades de las luchas callejeras que se puedan presentar en el futuro".⁶

A partir de la segunda mitad del siglo XIX, las probabilidades de victoria del proletariado en la lucha de barricadas empezaron a ser menores aún. Esto se explica por todo un conjunto de circunstancias políticas y económicas. La burguesía se pasó en todas partes al lado de la contrarrevolución, convirtiéndose en un puntal seguro del orden gubernamental. El proletariado no contaría ya más con la Guardia Nacional. Aumentaron las guarniciones en las ciudades, los ferrocarriles permitían a los gobiernos maniobrar rápidamente con las reservas y concentrar masas inmensas de tropas en los puntos necesarios. Los adelantos en la técnica militar, que proporcionaron a las tropas potentes armas de infantería y artillería, hacían que su superioridad combativa fuese aún más perceptible. Las calles nuevas —de trazo ancho y recto— permitían emplear con éxito esas armas contra las barricadas. ¿Representaba esta rigurosa pero justa condena a las barricadas la renuncia de Engels a reconocer que es posible la insurrección armada del proletariado y la lucha de calles contra un enemigo ar-

mado hasta los dientes encarnado en el ejército regular? De ningún modo. Y aquí reside el *quid* de la cuestión. "¿Quiere decir esto —decía Engels— que en el futuro los combates callejeros no vayan a desempeñar ya papel alguno? Nada de eso. Quiere decir únicamente que, desde 1848, las condiciones se han hecho más desfavorables para los combatientes civiles y mucho más ventajosas para las tropas. Por tanto, una futura lucha de calles podrá vencer si esta desventaja de la situación se compensa con otros factores. Por eso se producirá con menos frecuencia en los comienzos de una gran revolución que en el transcurso ulterior de ésta y deberá emprenderse con fuerzas más considerables. Y éstas deberán, indudablemente, como ocurrió en toda la gran revolución francesa, así como el 4 de septiembre y el 31 de octubre de 1870 en París, preferir el ataque abierto a la táctica pasiva de barricadas."⁷ Esta era precisamente la conclusión general de Engels, sacada más de diez años antes de los combates de diciembre de 1905 en Rusia, pero eliminada de la *Introducción* por los líderes de la socialdemocracia alemana y olvidada por ellos. ¿Contradicen estos nuevos juicios de Engels sobre la táctica de la insurrección lo que él manifestó en 1852? En absoluto. Esas opiniones solamente desarrollan con más precisión aún la idea de que "una vez empezada la insurrección, hay que proceder con la mayor decisión y pasar a la ofensiva".⁸ La diferencia estriba únicamente en que, en 1852, Engels no se refería a las barricadas, mientras que en el segundo caso desarrolló sus ideas y afirmaba que las barricadas, teniendo un

⁶ C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, en dos tomos, Moscú, 1966, t. I, págs. 117-118. (En español.) La última frase fue omitida por los redactores de *Vorwärts*.

⁷ *Ibid.*, pág. 129.

⁸ C. Marx y F. Engels, *Obras completas*, Moscú, 1957, t. 8, pág. 100 (en ruso).

carácter defensivo, en primer lugar no podrían contribuir a la ofensiva y, en segundo lugar, no resistirían el empuje de las tropas regulares, pertrechadas con armamento moderno.

Las operaciones guerrilleras de los destacamentos móviles en la Revolución Rusa de 1905

Remitámonos ahora a los hechos y analicemos si la experiencia de la insurrección moscovita de diciembre de 1905 refutó o corroboró esa conclusión de Engels. De las instrucciones tácticas que partieron de los dirigentes de la insurrección, tomemos los dos documentos fundamentales de que disponemos: a) la disposición del Consejo Federativo del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POS DR), adoptada en la madrugada del 10 de diciembre, y b) los "Consejos a los obreros insurrectos", elaborados por la Organización Militar del Comité de Moscú del POS DR, publicados en *Izvestia del Soviet de Moscú de Diputados Obreros* el 11 del mismo mes y en hojas aparte. La disposición indicaba que: "1) En vista de la dificultad para mantener contacto entre el Comité Ejecutivo y las masas, la dirección inmediata de la lucha de éstas debe pertenecer a los Soviets distritales de diputados obreros; 2) construir barricadas; 3) organizar marchas demostrativas hacia los cuarteles con el fin de sublevar a los soldados."

Esa disposición llegó a los distritos el 10 de diciembre, con evidente retraso. Política y tácticamente expresaba el estado de cosas ya existente. Los obreros mismos, por iniciativa propia, como respuesta al ataque de las tropas gubernamentales (disolución de un mítin en el jardín *Acuario*, destrucción por la arti-

llería de la escuela de Fidler, etc.), trataron de proteger los barrios obreros de los golpes, y ya el 9 de diciembre empezaron a levantar barricadas. El 10 de diciembre, la lucha armada en las calles de la ciudad estaba ya en pleno apogeo. La construcción de barricadas demostraba la espontaneidad de las acciones de los obreros y de la tendencia defensiva de la insurrección. Estamos totalmente de acuerdo con la opinión del historiador soviético N. Yákovlev, de que la "geografía" de las barricadas que rodeaban el centro de la ciudad era, no tanto la expresión de un plan de la insurrección, como la revelación del carácter clasista de la lucha de los arrabales contra el centro burocrático-gubernamental.⁹ La directriz del Consejo Federativo, exhortando a levantar barricadas, únicamente subrayó el carácter defensivo de la insurrección y evidenció que su dirección se rezagó de las acciones espontáneas de las masas, no comprendió las leyes de la insurrección armada.

Pero he aquí que al día siguiente aparecen los *Consejos a los obreros insurrectos*. Se trata de un documento admirable. Precisamente este documento, y no la directriz del Consejo Federativo, da fundamento para hablar del surgimiento en Moscú de una nueva táctica de la lucha de calles. En él no existen indicios de llamar a construir barricadas. Se trata de todo lo contrario. En los *Consejos* se dice que no deben ocuparse lugares fortificados, pues "las tropas siempre sabrán tomarlos o destruirlos con la artillería". A los que incitaban a ocupar posiciones fortificadas, es decir, las barricadas, los *Consejos* les llamaban majaderos o provocadores y proponían no obedecer a los

⁹ N. Yákovlev. *Las insurrecciones armadas de diciembre de 1905*, Moscú, 1957, pág. 173.

primeros y fusilar en el mismo lugar donde se encontrase a los segundos. Exhortaban a los obreros a actuar en destacamentos pequeños de tres o cuatro hombres, para que cada uno de estos destacamentos supiera "atacar con prontitud y desaparecer rápidamente".

Así, pues, la Organización Militar del Comité de Moscú del POSDR proclamó la renuncia a la lucha de barricadas, en el sentido propio de esta palabra, y llamó a los obreros a una guerra de guerrillas, lo que respondía por entero a las tareas de la conducción del combate de calle en las condiciones modernas. El hecho de que los obreros moscovitas se mantuviesen tanto tiempo contra un enemigo superior por fuerza se explica no por la existencia de barricadas, sino por las audaces operaciones guerrilleras de los destacamentos móviles. El 12 de diciembre de 1905, el Ministro de Asuntos Interio-

res, P. Durnovó, comunicaba con inquietud al presidente del Consejo de Ministros, S. Witte, que "la táctica de lucha por parte de los revolucionarios ha adquirido un carácter guerrillero. Evitan los choques con las tropas y no defienden las barricadas".¹⁰ Los golpes ofensivos de los destacamentos revolucionarios móviles eran la prueba del surgimiento, de una nueva táctica de la lucha de calles, mientras que la defensa de las barricadas, significaba la influencia de los viejos métodos, ya caducos o en vías de caducidad. Es importante destacar que los *Consejos a los obreros insurrectos* se parecían mucho a las consideraciones táctico-militares enunciadas por Lenin ya antes de diciembre de 1905.

¹⁰ *El auge superior de la revolución de 1905-1907, noviembre-diciembre de 1905, parte I, Moscú, 1955, pág. 677.*



... los destacamentos revolucionarios móviles eran la prueba del surgimiento de una nueva táctica ...

Lenin y la experiencia de la insurrección armada de 1905

Lenin mencionó por primera vez la lucha de barricadas en 1901. En su artículo *Una nueva matanza*, escrito con motivo de la heroica "defensa de los obreros de Obújov", se pronunció contra los "inteligentes críticos", que "últimamente han hablado mucho de que la lucha callejera contra el ejército moderno es imposible y carece de perspectivas de éxito".¹¹ En ese artículo no tocaba las cuestiones tácticas. Pero llegó a una conclusión general importante: hasta una escaramuza aislada demuestra —subrayaba— que "la lucha de calles es posible; no es la situación de los luchadores la que carece de perspectiva, sino la del gobierno, si tiene que vérselas no sólo con el personal de una fábrica".¹²

En el verano de 1905, en su artículo *Ejército revolucionario y gobierno revolucionario*, caracterizando la insurrección armada que se palpaba, decía: "Han comenzado los intentos de resistencia armada de la muchedumbre a las tropas zaristas. Han comenzado los combates de calle en toda regla entre el pueblo y las tropas, han comenzado las luchas de barricadas."¹³ Aquí no existe una apreciación detallada de la lucha de barricadas como forma táctica de la insurrección, pero salta a la vista una cosa: Lenin liga las batallas de barricadas a las tentativas de resistencia armada de la muchedumbre a las tropas zaristas, es decir, a las acciones de carácter defensivo. Y Lenin no se remitió más a la cuestión de las barri-

casas y de la táctica de barricadas hasta 1906, cuando llegó el momento de aquilatar la experiencia de las batallas de diciembre. ¿Acaso esto no es extraño? Pues en sus artículos y cartas correspondientes al período anterior a diciembre prestaba gran atención al aspecto táctico-militar de la insurrección en ciernes. Baste recordar su carta "Al Comité Militar anexo al Comité de San Petersburgo" o el artículo *Tareas de los destacamentos del ejército revolucionario*, referentes a octubre de 1905.¹⁴ N. Krúpskaya testimonia asimismo el estudio minucioso de esas cuestiones por Lenin.¹⁵ Y el hecho de que en la elaboración de las cuestiones táctico-militares de la insurrección no hallara Lenin "sitio" para las barricadas, de ningún modo se puede considerar casual. Por lo visto, obras de fortificación como las barricadas sencillamente no cabían en las concepciones leninistas sobre la insurrección triunfante. Lenin pensaba y se preparaba precisamente para esta insurrección, cuya garantía de éxito y primer precepto era la ofensiva extraordinariamente audaz, y sólo la ofensiva.

Cesaron los combates de diciembre. En ellos se acumuló una gigantesca experiencia política y militar, apoyándose en la cual el Partido de los bolcheviques condujo a las masas populares a un nuevo asalto, ahora victorioso, de la autocracia, y después, del capitalismo. En las insurrecciones de diciembre en Moscú y en otros sitios tuvieron lugar y desempeñaron un papel importante las barricadas, como forma táctica de lucha. Naturalmente, que sería imposible pasar por alto este hecho sin valorarlo. Ya hemos habla-

¹¹ V. I. Lenin. *Obras completas*, Buenos Aires, 1959, t. 5, pág. 25.

¹² *Ibid.*, pág. 26.

¹³ V. I. Lenin. *Obras completas*, Buenos Aires, 1959, t. 8, págs. 560-561.

¹⁴ Véase: V. I. Lenin. *Obras completas*, Buenos Aires, 1959, t. 9, págs. 334-336, 408-412.

¹⁵ N. Krúpskaya. *Recuerdos sobre Lenin*, Moscú, 1957, pág. 92 (en ruso).

do de las consideraciones de Kautsky sobre el particular, y tendremos aún que volver a ellas. En Rusia, la apreciación más completa y exacta del aspecto táctico-militar de la insurrección y de la táctica de barricadas la hizo Lenin en su célebre artículo *Las enseñanzas de la insurrección de Moscú*, escrito en el verano de 1906 y publicado en *Proletari* el 29 de agosto del mismo año. Sus conclusiones sobre la cuestión que nos ocupa, son las siguientes: 1) la insurrección de diciembre confirmó íntegramente la tesis de Marx¹⁶ de que la insurrección es un arte, y la principal regla de este arte es “la ofensiva encarnizadamente audaz, implacablemente decidida”; 2) la insurrección de diciembre mostró en la práctica que “sería una necesidad enfrentar la muchedumbre a la artillería y defender las barricadas a tiros de revólver”; 3) la insurrección de Moscú introdujo una nueva táctica: “esta táctica era la de la guerra de guerrillas”, y ligada a esta nueva táctica, la organización de las fuerzas de la revolución en forma de destacamentos pequeños, móviles. Moscú sólo inició esta táctica, pero “se halla lejos de haberla desarrollado en proporciones más o menos amplias, realmente de masas”; 4) la experiencia de diciembre mostró la necesidad de que los revolucionarios utilicen los medios técnicos modernos en forma de granadas y armas automáticas, aparecidas a comienzos del siglo xx.¹⁷ Todas estas conclusiones coinciden con las apreciaciones de Engels de que las barricadas, como forma de la lucha callejera, ha envejecido por completo en las condiciones actuales y de que, en adelante, el proletariado,

¹⁶ Lenin ignoraba que la tesis pertenecía a Engels.

¹⁷ Véase: V. I. Lenin. *Obras completas*, Buenos Aires, 1960, t. 11, págs. 169-170.

tras de lanzarse a la insurrección, debe mantener la táctica de la ofensiva audaz, y no la defensa pasiva de las barricadas.

Lenin y la “nueva táctica de barricadas” de 1905

Ahora se nos plantean dos cuestiones extraordinariamente importantes: ¿Por qué, en tal caso Lenin estuvo de acuerdo con el criterio de Kautsky acerca de que era necesario revisar las concepciones de Engels, aunque sus propias conclusiones, como hemos visto, no divergían con la opinión de Engels, y cómo comprendía Lenin el término “nueva táctica de barricadas”?

A la enunciación de Kautsky sobre la “nueva táctica de barricadas”, Lenin se remitió por primera vez en su artículo *La revolución rusa y las tareas del proletariado* (marzo de 1906¹⁸), en el cual fijó su atención no tanto en el hecho mismo de la lucha de barricadas, como en la necesidad de estudiar la experiencia militar de la insurrección de Moscú. En el proyecto de resolución sobre la insurrección armada, elaborado para el IV Congreso del Partido Bolchevique (marzo de 1906), se dice también que “la insurrección de diciembre inauguró una nueva táctica de barricadas”,¹⁹ sin ninguna explicación sobre este concepto. Al intervenir en el Congreso sobre la cuestión de la insurrección armada, Lenin volvió a remitirse a Kautsky, quien “reconoció que la insurrección de diciembre en Rusia obliga a «revisar» el punto de vista de Engels sobre la imposibilidad de la lucha de barricadas, y que la insurrección de diciembre

¹⁸ Véase: V. I. Lenin. *Obras completas*, Buenos Aires, 1960, t. 10, págs. 131-138.

¹⁹ *Ibid.*, pág. 148.

es el comienzo de una nueva táctica".²⁰ En *Las enseñanzas de la insurrección de Moscú*, Lenin señaló: "... Kautsky tenía razón al escribir que ya es hora, después de Moscú, de revisar las conclusiones de Engels y que Moscú ha hecho surgir una «nueva táctica de barricadas»".²¹ En el artículo *La guerra de guerrillas*, escrito a finales de septiembre de 1906, Lenin volvió otra vez a la cuestión de la "nueva táctica de barricadas": "La socialdemocracia reconoció la lucha de barricadas en las calles por la década del 40 del siglo XIX, rechazándola en cambio, a fines del siglo, a la vista de determinados datos y se mostró plenamente dispuesta a revisar esta última concepción y a reconocer la conveniencia de la lucha de barricadas después de la experiencia de Moscú, en la que se manifestó, según las palabras de Kautsky, una nueva táctica de este tipo de lucha."²² En 1908, Lenin se refirió por última vez a las manifestaciones de Kautsky sobre el particular, en el artículo *Apreciación de la Revolución Rusa*. Pero aquí no tocó el tema de la revisión de los puntos de vista de Engels ni utilizó el término "nueva táctica de barricadas", sino subrayaba que: "La lucha de diciembre de 1905 ha demostrado que la insurrección armada puede triunfar en las actuales condiciones de la técnica militar y de la organización militar."²³ Esto constituía, para Lenin, la conclusión principal de la experiencia de 1905, pero ello no significa que discrepara de Engels, pues éste nunca habló de la imposibilidad de las insurrecciones armadas en el futuro.

²⁰ *Ibíd.*, pág. 294.

²¹ V. I. Lenin. *Obras completas*, Buenos Aires, 1960, t. 11, pág. 169.

²² *Ibíd.*, pág. 208.

²³ V. I. Lenin. *Obras completas*, Buenos Aires, 1960, t. 15, pág. 52.

De lo expuesto se puede concluir que al hablar de la "nueva táctica de barricadas", Lenin no se refería estrictamente a la lucha en las barricadas, sino a los nuevos métodos tácticos promovidos por los obreros moscovitas en diciembre de 1905. Vinculaba esta nueva táctica a las acciones de los grupos de combate móviles, y no a las barricadas. Posteriormente, Lenin no usó ya nunca el término "nueva táctica de barricadas", comprendiendo, por lo visto, su contradicción interior, puesto que la táctica ofensiva de la insurrección armada excluía la lucha de barricadas como tal. En cuanto a que Lenin estuviese de acuerdo con el criterio de Kautsky sobre la "revisión" de las conclusiones de Engels, la respuesta a esta pregunta puede ser sólo una: Lenin no conocía ni podía conocer entonces todo el conjunto de las concepciones de Engels acerca de la lucha armada callejera del proletariado, expuestas en la *Introducción a Las luchas de clases en Francia de Marx*. Los pasajes decisivos, de principio, de la *Introducción*, que evidencian la unidad de criterio de Engels y Lenin sobre la táctica de la insurrección armada, como ya se ha dicho, fueron ocultados en los archivos de *Vorwärts* y se hicieron patrimonio común sólo después de la muerte de Lenin.

En cuanto a Kautsky y su exhortación a "revisar" los puntos de vista de Engels, las cosas toman un giro más complicado. En 1899, Kautsky escribió el folleto *La revolución social*, reeditado muchas veces posteriormente, en el cual decía: "No tenemos ningún fundamento para suponer que las *insurrecciones armadas*,* las luchas en las barricadas y episodios militares semejantes puedan seguir desempe-

* La cursiva es de Kautsky. (Nota del autor.)

ñando, también ahora, un papel decisivo." En 1904, en su folleto *Perspectivas revolucionarias*, Kautsky, además de repetir esta afirmación, se refirió a Engels, quien en la *Introducción a Las luchas de clases* adujo, según él, "las pruebas más poderosas de esta tesis". ¡Pero si Engels jamás negó la posibilidad de la insurrección armada en la época moderna! Dijo únicamente que la lucha pasiva, de barricadas, no puede proporcionar la victoria; que la insurrección tendrá éxito sólo a condición de que desarrolle una ofensiva enérgica. Y esto lo sabía Kautsky, aunque desconociera el texto íntegro de la *Introducción*, por la correspondencia con Engels. Así, pues, Kautsky menospreció la protesta de Engels contra las acciones de los líderes oportunistas de la socialdemocracia alemana; intentó, siguiendo a éstos, presentar al ardiente revolucionario como partidario de las formas de lucha exclusivamente parlamentarias, apoyándose en el prestigio de éste para fundamentar su propia concepción errónea.

La revolución en Rusia, que desembocara en los combates armados de diciembre, obligó a Kautsky a ver de otro modo los destinos futuros del movimiento revolucionario y a reconocer que la revolución armada es también una forma de la lucha de clase propia del siglo xx. Sin embargo, al no disponer de datos reales bastante completos y fidedignos, Kautsky se formó la falsa idea de que la nueva táctica en diciembre de 1905 consistió en la conjugación de la lucha de barricadas con las acciones guerrilleras, y por eso llegó a la conclusión del nacimiento de la "nueva táctica de barricadas" y de que éstas tienen derecho a la existencia también en el siglo xx. Sin mencionar sus propias afirmaciones erróneas, exhortó a revisar

las concepciones de Engels, quien negó la lucha de barricadas como medio para lograr la victoria en la insurrección. Pero lo nuevo que promovió Moscú en la táctica de la insurrección, no consistió, en la combinación de las barricadas con las acciones guerrilleras, sino en la renuncia a las barricadas y en el paso, si bien en forma aún no desarrollada a los métodos exclusivamente ofensivos de lucha. En oposición a la postura capituladora de los oportunistas europeos y de los mencheviques rusos, Kautsky manifestó públicamente la vitalidad y el derecho a la existencia de la insurrección armada de las masas proletarias a pesar de que los últimos adelantos de la técnica militar, cuya potencia había aumentado inconmesurablemente desde 1848, estaban al servicio de los dirigentes. En esto tenía absoluta razón, y por eso le apreciaba Lenin. Pero en el análisis de los fenómenos concretos concernientes propiamente a la táctica de la insurrección, Kautsky se equivocaba, y no tenía fundamentos reales para revisar los puntos de vista de Engels, el cual vaticinó el paso de la táctica de barricadas defensiva a la táctica de ofensiva. Sin embargo, es preciso decir que en el prefacio correspondiente a la edición de 1907, del folleto *La revolución social*, Kautsky reconoció, por fin, sus errores. Ya sin tocar los puntos de vista de Engels (y esto es significativo), decía que: "Ahora no puedo ya afirmar con la misma seguridad que en 1902 que la insurrección armada y los combates de barricadas no desempeñarán el papel decisivo en las revoluciones venideras. A esa afirmación se opone con demasiada claridad la experiencia de la lucha de calles de Moscú." Lo extraño es que este reconocimiento no se vincule de ninguna manera con las concepciones de Engels

sobre la futura lucha armada de las masas proletarias.

Los métodos ofensivos de lucha y el triunfo de la insurrección proletaria de octubre de 1917

En febrero de 1917, fue derrocada en Rusia la autocracia por los esfuerzos mancomunados de los obreros, campesinos y soldados. En esas jornadas no se planteó ninguna lucha de barricadas. En ninguna de las octavillas bolcheviques publicadas en Petrogrado y en las demás ciudades, encontramos exhortaciones a la lucha de barricadas. La insurrección se desarrolló y triunfó según otras leyes. Por supuesto, que en este caso desempeñó un papel extraordinario el paso rápido de la masa de soldados al lado de la revolución, facilitando su victoria, lo que hizo la lucha armada rápida y, en realidad, incruenta.

Hasta la segunda mitad de 1917, Lenin no se remitió especialmente a las cuestiones tácticas de la insurrección armada. Ello era natural. Tras la victoria de febrero se abrieron las vías del desarrollo pacífico de la revolución y de la toma del poder por el proletariado sin insurrección armada. Sin embargo, después de las jornadas de julio de 1917, la situación cambió radicalmente. El derrocamiento del Gobierno Provisional se hizo objetivamente inevitable: este era el único medio para que el proletariado tomara el poder en sus manos. En el otoño de 1917, la insurrección armada se puso a la orden del día como tarea directa del futuro inmediato. El Partido bolchevique debía llegar a esa jornada decisiva pertrechado, razón por la cual Lenin, se remitió de nuevo a las cuestiones tácticas de la insurrección armada. En los meses del otoño

de 1917, publicó una serie de artículos y cartas,²⁴ dirigidos a las organizaciones centrales y locales del Partido Bolchevique, en los que, junto con los problemas políticos generales, se prestaba gran atención a las cuestiones tácticas.

Si en 1905-1907 el Partido Bolchevique dio tan sólo los primeros pasos en la definición de la táctica de la insurrección armada, en 1917, elaboró un sistema armónico de puntos de vista, fundido en fórmulas inscritas dentro de las leyes de la lucha en las condiciones del choque abierto y armado entre las clases. No vamos a exponer aquí, porque son del dominio público, todas las consideraciones y conclusiones tácticas de Lenin, que partía de que "la insurrección es, como la guerra, un arte". Notaremos únicamente, que en ninguna de sus cartas, ni en ninguna de sus intervenciones de aquella época, Lenin habla de las barricadas ni de la lucha de barricadas como forma táctica posible de la insurrección armada. ¡La ofensiva y una vez más la ofensiva! ¡Audacia y otra vez audacia! La defensiva es la muerte de la insurrección armada: he aquí lo que suena como *leitmotiv* en todos los casos, cuando Lenin habla de las leyes tácticas de la insurrección armada.

Es a todas luces evidente que el éxito de la revolución socialista en toda Rusia, dependía casi totalmente del éxito de las insurrecciones en Petrogrado y Moscú.

²⁴ Los bolcheviques deben tomar el poder, La crisis ha madurado. El marxismo y la insurrección, Carta a la Conferencia de la ciudad de Petrogrado, Carta al Comité Central, al Comité de Moscú, al Comité de Petrogrado y a los miembros bolcheviques de los Soviets de Petrogrado y de Moscú, Consejos de un ausente, Carta a los camaradas bolcheviques participantes del Congreso de los Soviets de la Región del Norte, intervenciones en las sesiones del CC en vísperas y durante la insurrección, etc. (V. I. Lenin. Obras completas, Buenos Aires, 1960, t. 26.)

Lenin subrayó, más de una vez, que “tomando el poder *simultáneamente* en Moscú y en Petrogrado (no importa quién comience; es probable que pueda comenzar Moscú), triunfaremos *incuestionablemente y sin duda alguna*”.²⁵ Por eso, sin exponer sistemáticamente la historia de las insurrecciones armadas petrogradense y moscovita —lo que no es necesario para elucidar las cuestiones que nos planteamos—, nos remitiremos a los ejemplos de esas dos ciudades, para analizar cómo las indicaciones leninistas se ponían en práctica en uno u otro caso; si tuvo lugar en las insurrecciones la lucha de barricadas, y si se produjo, qué papel desempeñó.

La insurrección armada en Petrogrado, desplegada con toda su fuerza tras la llegada de Lenin al Smolny a altas horas de la noche del 24 de octubre, triunfó rápida y resueltamente. Al amanecer del 25 de octubre fueron ocupadas las estaciones ferroviarias, las centrales de Telégrafos y de Teléfonos, el Banco del Estado y otros puntos estratégicos. El Palacio de Invierno y el Estado Mayor Central fueron cercados. El Gobierno provisional estaba viviendo sus últimas horas y carecía ya de autoridad. Esto permitió al Comité Militar Revolucionario dirigir el llamamiento *¡A los ciudadanos de Rusia!* en el que anunciaba la deposición del Gobierno Provisional y el paso del poder a manos del Comité Militar Revolucionario de Petrogrado. En ningún documento político o militar-operativo figura ni siquiera la más ligera insinuación sobre las barricadas. Estas no surgieron en Petrogrado en forma “independiente” en el curso de la insurrección, que constituyó un ejemplo brillante y un modelo clásico

²⁵ V. I. Lenin. *Obras completas*, Buenos Aires, 1960, t. 26, pág. 11.

del empleo de la táctica ofensiva, promovida por Marx y Engels y desarrollada por Lenin. Bajo la dirección inmediata de Lenin y del Comité Militar Revolucionario, los obreros, soldados y marinos petrogradenses se lanzaron a la ofensiva resuelta y, gracias a ello, lograron una victoria rápida y casi incruenta.

Los acontecimientos en Moscú se desarrollaron de otro modo. Ya antes de la insurrección, Lenin se expresaba así: en Moscú los obreros tienen tal superioridad de fuerzas, que “el triunfo es seguro; allí no hay nadie capaz de luchar”.²⁶ Y efectivamente, al comienzo de la insurrección las ventajas de carácter político y militar estaban al lado del Comité Militar Revolucionario. Este contaba con la superioridad numérica y moral y tenía la iniciativa de la ofensiva.²⁷ Esta circunstancia era reconocida tanto por los partidarios como por los enemigos del Poder soviético. En estas condiciones, cobraba un significado decisivo el cumplimiento de las indicaciones leninistas sobre insurrección como un arte, y sobre todo, el cumplimiento de la condición principal: “Una vez empezada la insurrección, proceder con la mayor *decisión* y pasar forzosa e infaliblemente a la *ofensiva*.”²⁸ Sin embargo, los bolcheviques de Moscú no supieron aprovechar la situación favorablemente creada y conseguir una victoria rápida. El 25 de octubre, empezaron la insurrección realizando acciones justas, como fueron las órdenes de ocupar las centrales de Correos, Telégrafos y Teléfonos; sin embar-

²⁶ V. I. Lenin. *Obras completas*, Buenos Aires, 1960, t. 26, pág. 129.

²⁷ Véase: A. Grunt. *La victoria de la Revolución de Octubre en Moscú*, 1961, págs. 150-155. (En ruso.)

²⁸ V. I. Lenin. *Obras completas*, Buenos Aires, 1960, t. 26, pág. 168.

go, paralizaron posteriormente la ofensiva, y entablaron negociaciones con el contrarrevolucionario "Comité de Seguridad Pública", dándole así la posibilidad de ganar tiempo, reunir fuerzas y emprender el intento de aplastar la insurrección. Al amanecer del 28 de octubre se hizo evidente que el Comité Militar Revolucionario (CMR) había perdido la iniciativa de combate. Las fuerzas contrarrevolucionarias habían pasado ya por la noche a la ofensiva. El 28 de octubre por la mañana, los cadetes lograron apoderarse del Kremlin, importantísimo punto estratégico. La situación de Zamoskoréchie era difícil. Los puentes Kámenni y Moskvoretski estaban batidos por los cadetes, las comunicaciones con el CMR prácticamente estaban interrumpidas. Bajo el empuje de los cadetes, retrocedieron los soldados del 56 regimiento, que defendían los edificios de Correos y Telégrafos. Se creó una amenaza directa al Soviet de Moscú, donde se hallaban el CMR y el Centro de Partido Bolchevique. La situación se hizo peligrosa. Ese día, el CMR de Moscú, tras largos debates, tomó las siguientes resoluciones: "Establecer estrecho contacto con los distritos, asegurándose una base en uno de ellos. Comenzar la ofensiva en el centro y la guerra de guerrillas en los distritos... este centro * se disuelve y se transfiere a otro nuevo, trasladado a un distrito."²⁰ Se encomendó a dos miembros del CMR dirigir apertura de trincheras.³⁰ Por supuesto, dicha disposición del CMR no se puede comparar directamente con la ya citada del Consejo Federativo, adoptada en la madrugada del 10 de diciembre de 1905,

* Se refiere al que se hallaba en el edificio del Soviet de Moscú. (Nota del autor.)

²⁰ *Archivo Rojo*, 1927, t. 4 (23), págs. 70 y 71.

³⁰ *Ibid.*, pág. 71.

pero no cabe duda que hay algo de común entre ellas. Ese "algo" consiste en el reconocimiento de la pérdida de la iniciativa de la ofensiva, de la imposibilidad de dirigir la lucha desde un centro creado de antemano. En ese día crítico, en Moscú, por segunda vez en su historia revolucionaria, aparecieron las barricadas y otras fortificaciones. Ese fue un momento en que la insurrección habiendo perdido su carácter ofensivo, empezaba a manifestar la tendencia a pasar a la defensiva. Una expresión patente de esa tendencia fatal para la insurrección fue precisamente la aparición de barricadas en las calles de Moscú.

Por fortuna, esta tendencia a pasar a la defensiva no prosperó, no tuvo un significado determinante. En realidad, los obreros no tuvieron que defender las barricadas que habían levantado. El Centro del Partido Bolchevique logró romper la resistencia de los miembros vacilantes del CMR y empezar la ofensiva resuelta, como lo imponía la situación. Al anochecer del 28 de octubre, los destacamentos de la Guardia Roja empezaron a atacar en algunos sectores, y el día 29 su ofensiva se desarrollaba en todas las direcciones. La iniciativa volvió a pasar a las fuerzas de la revolución. En ese momento, el CMR vaciló de nuevo y, después de concertar una tregua con el "Comité de Seguridad Pública", entabló negociaciones con él. Esto era el error de turno, que alargaba la lucha, pero ya no podía cambiar la situación general. Luego de recibir refuerzos de otras ciudades, los proletarios moscovitas lograron la superioridad. Y, cuando por insistencia del Centro del Partido Bolchevique la tregua cesó, todas esas fuerzas pasaron a la última y decisiva ofensiva. Al amanecer del 3 de noviembre, la contrarrevolución en Moscú fue

definitivamente vencida. La insurrección armada había triunfado.

Así, pues, Lenin, al elaborar los problemas tácticos de la insurrección armada, se apoyó enteramente en la doctrina marxista de la insurrección como un arte, promovida por Engels ya a mediados del siglo XIX, sin someterla a ninguna revisión. Lo escrito por Engels en la *Introducción a Las luchas de clases en Francia*, no refutaba, sino que desarrollaba las ideas fundamentales de Marx. La lucha del proletariado de Rusia en las insurrecciones de 1905 y 1917 fue la comprobación práctica de esas ideas fundamentales y

confirmó íntegramente su justeza. Allí donde el proletariado aplicó la táctica de la ofensiva audaz y resuelta conseguía victorias con relativa facilidad y pocas víctimas. El ejemplo clásico de tales operaciones tácticas es la insurrección armada de Octubre en Petrogrado. Allí donde esta regla principal no se observaba, donde se levantaban barricadas, la insurrección adquiría un carácter defensivo y perecía, como sucedió en diciembre de 1905, o se prolongaba como ocurrió en Moscú en 1917 hasta que las fuerzas revolucionarias no pasaron, desechando las vacilaciones, a la ofensiva resuelta.

Documentos sobre la insurrección

La polémica que sostuvieron los bolcheviques, en septiembre y octubre de 1917, sobre el problema de la insurrección, es uno de los acontecimientos más fascinantes y más instructivos para comprender la mecánica interna de la revolución rusa.

Después del aplastamiento de la sublevación contrarrevolucionaria de Kornílov la situación política en Rusia favoreció enormemente a los bolcheviques, quienes logran conquistas importantes en los Soviets, anteriormente dominados por los mencheviques. Los bolcheviques logran la mayoría en los Soviets de Petrogrado y Moscú, que tan importante papel habrán de jugar en Octubre. Ante esta situación, Lenin que se encontraba oculto en Finlandia, comprende que la insurrección debe llevarse a cabo lo más pronto posible, y que el Partido tiene que proceder a organizar el alzamiento armado. Lenin veía también que el Gobierno provisional de Kerensky preparaba veladamente la entrega de Petrogrado a los invasores alemanes; Inglaterra y Francia intentaban firmar la paz con Alemania a expensas de Rusia. En sus célebres cartas al Comité Central del POSDR y a los comités de Petrogrado y Moscú (emitidas entre el 12 y el 14 de septiembre), Lenin advertía que si el proletariado revolucionario no se lanzaba a la insurrección, las intenciones del

gobierno burgués ruso y de los estados imperialistas frustrarían el desarrollo de la Revolución. "La Historia no nos perdonará —decía— si no tomamos ahora el Poder."

Estas dos conocidas cartas, tituladas El marxismo y la insurrección y Los bolcheviques deben tomar el poder, son sin lugar a dudas los documentos más importantes sobre el problema de la insurrección. Durante las siguientes semanas, se desarrolló en el seno del Partido bolchevique una aguda lucha interna entre los partidarios de la insurrección y la minoría opositora. Los documentos que presentamos a continuación, que son poco o parcialmente conocidos por el gran público, reflejan las partes sustanciales de la polémica.

A principios de octubre de 1917, desesperado Lenin por el poco caso que se hace a sus cartas, se traslada clandestinamente de Finlandia a Viborg (suburbio de Petrogrado) donde Krúpskaya le tenía preparado un escondite; sólo Sverdlov y Stalin, de los miembros del CC, conocían su domicilio. Lenin, encerrado en una habitación, se pasaba el día entero escribiendo artículos, cartas, proyectos y proclamas, dirigiéndose a toda la base del Partido, sin hacer caso de la actitud de la minoría del Comité Central, llamando a la insurrección.

Sin embargo, Lenin no quería ignorar al

CC, por lo cual Sverdlov fue informado de la necesidad de que Lenin asistiera a una sesión del Comité Central. Ello significaba un problema, pues debía evitarse a toda costa que Lenin fuera detenido por la policía. La forma como se organizó no deja de ser graciosa: Sverdlov convenció a la esposa de un conocido menchevique, Sujanov, de que la sesión se realizara en su casa; ella, que no estaba de acuerdo con su marido y que era militante bolchevique, convenció a Sujanov —a la sazón jefe de redacción del periódico de Gorki Novaia Zhisn— que se quedara el 10 de octubre en la imprenta, que se hallaba lejos de su domicilio, para evitarse un largo y fatigoso viaje de regreso a altas horas de la noche. Mientras el menchevique Sujanov se desvelaba en la imprenta, el Estado Ma-

yor bolchevique esperaba en su casa la llegada de Lenin, quién llegó con la barba rasurada, una peluca gris y sus inquietos ojos ocultos bajo gruesos lentes. Allí lo esperaban Zinoviev, que se había dejado crecer barba larga, pues también vivía oculto, Kamenev, Trotsky con sus dos partidarios, Uritski y Sokolnikov, Stalin, Dzerzhinski, Kolontai, Bubnov Lomov y Sverdlov, quien presidía la sesión.

La discusión fue larga y calurosa, Zinoviev y Kamenev se opusieron totalmente a Lenin. Trotsky se mantiene prudentemente callado, pero su amigo Uritski expresa su posición: retardar la insurrección hasta tener suficiente fuerza. La situación es difícil. Veamos el acta de la sesión:

ACTA DE LA SESION CELEBRADA POR EL CC DEL POSDR EL 23 (10) DE OCTUBRE DE 1917

Asisten: Lenin, Zinoviev, Kamenev, Trotsky, Stalin, Sverdlov, Uritski, Kolontai, Bubnov, Sokolnikov, Lomov.
Preside: Sverdlov.

Orden del día

1. Frente rumano
2. Los lituanos
3. Minsk y el frente Norte
4. Situación actual
5. Congreso de zona
6. Retirada de tropas.

1. Frente rumano

Informa Sverdlov:

En el frente rumano se ha celebrado una conferencia socialdemocrática con represen-

tación de todos los matices. Se redactó una candidatura mixta. Figuraban en el CC (unificado). Se aprueba. Preguntas acerca de qué actitud adoptara ante eso nuestro CC. Ante los veinte candidatos figuran cuatro bolcheviques.

Se acuerda: con arreglo al acuerdo votado por el Congreso del partido, no pueden admitirse ningún género de bloques.

2. Los lituanos

Informa Sverdlov:

Los lituanos celebraron en Moscú una Conferencia en la que se averiguó que en nombre del partido hablaban no pocas veces elementos defensistas. Para evitarlo, se acordó elegir un centro provisional que se agrupa, al igual que toda la Conferencia,

bajo la bandera de los bolcheviques. Este centro debe ser confirmado.

El Cam. Lomov entiende que debe confirmársele. Pero que no debe perderse de vista que en aquella Conferencia estuvieron presentes también organizaciones que abrazan la posición de la defensa de la patria.

El Buró provisional es confirmado en sus funciones.

3. Minsk y el frente Norte

Informa *Sverdlov*: se han presentado representantes de algunas formaciones de tropas del frente Norte y afirman que por este frente circulan rumores oscuros acerca de que van a evacuarse tropas hacia el interior.

De Minsk comunican que ahí se prepara una korniloviada. Minsk está cercado por formaciones cosacas, debido al carácter de la guarnición. Están en curso de no se sabe qué negociaciones sospechosas entre los mandos y el cuartel general. Entre los ossetions y ciertas tropas se hace campaña de agitación contra los bolcheviques. En el frente el ambiente es favorable a los bolcheviques, y las tropas marcharán contra ellos y contra Kerenski. No existen documentos. Podrían obtenerse algunos ocupando las oficinas del estado mayor, cosa que en Minsk es perfectamente factible, técnicamente. Para ello, la guarnición local puede desarmar a todas las tropas que forman el círculo. La artillería ha sido llevada toda ella a los pantanos de Pinsk. De Minsk puede enviarse un cuerpo del ejército a Petrogrado.

4. Situación actual

Se concede la palabra a *Lenin*.

Hace constar que desde comienzos de septiembre viene advirtiéndose cierta tibieza

respecto a la cuestión del alzamiento, y esto es intolerable, si es que proclamamos seriamente la consigna de la conquista del poder por los Soviets.

Por eso, hace ya mucho tiempo que hubiera debido concentrarse la atención en el aspecto técnico del problema. Hoy, se ha producido ya, a juzgar por todas las apariencias, una pérdida sensible de tiempo.

No obstante, el problema es muy crítico y el momento decisivo está muy próximo.

La situación internacional es de tal naturaleza, que la iniciativa tiene que correr a cargo nuestro.

Lo que hoy se trama, con la evacuación de Narva y con la evacuación hasta Petrogrado, nos obliga todavía más a tomar medidas decisivas.

También influye apremiantemente en este sentido la situación política. Si el 3-5 de julio hubiéramos querido proceder a actos decisivos, hubiéramos fracasado por no tener mayoría. Pero desde entonces hemos venido progresando a pasos agigantados.

La pasividad de indiferencia de las masas tiene su explicación en el hecho de que las masas están cansadas de acuerdos y de palabras.

Hoy, tenemos con nosotros a la mayoría. Políticamente, la situación es completamente propicia para la toma del Poder.

En el mismo sentido se proyecta también el movimiento agrario, pues es evidente que para sofocar este movimiento harían falta fuerzas gigantescas. La consigna de la entrega de la tierra se ha convertido en la consigna general de los campesinos. Se dan las condiciones políticas. Es ya hora de hablar del aspecto técnico. Aquí está el nervio de todo el asunto. Sin embargo, entre nosotros se advierte la tendencia a considerar la preparación sistemática del alzamiento, lo mismo que hacen los "defensores de la patria" como una especie de pecado político

Es absurdo querer aguardar a la Constituyente, que será, manifiestamente, contraria a nosotros, pues eso equivale a complicar nuestro problema.

Deben aprovecharse el Congreso de los Soviets de la zona Norte y las propuestas de Minsk para el comienzo de las acciones decisivas.

El Cam. *Lomov* hace uso de la palabra para informar acerca del Buro de la Zona de Moscú, acerca del Comité de Moscú y acerca de la situación general de esta ciudad.

El Cam. *Uritski* hace constar que no sólo somos débiles en el aspecto técnico, sino también en otros aspectos de nuestra labor. Hemos votado un sinnúmero de acuerdos. Pero no hemos hecho absolutamente nada. El Soviet de Petrogrado está desorganizado, apenas se celebran mítines, etc.

¿En qué fuerzas nos apoyamos?

Los obreros de Petrogrado tienen 40,000 fusiles, pero esto no decide el asunto; esto no es nada.

Después de las jornadas de julio, la guarnición no nos da derecho a tener grandes esperanzas. En todo caso, si ponemos rumbo al alzamiento, es necesario hacer algo en este sentido. Es necesario que nos decidamos a actos concretos.

El Cam. *Sverdlov* comunica lo que sabe acerca de la situación en toda Rusia.

El Cam. *Dzerzhinski* propone que se cree un Buró Político integrado por vocales del CC encargado de llevar la dirección política durante los próximos días.

Se acepta la propuesta, después de discutida. El Buró Político se compone de siete personas (redacción + dos + Bubnov).

Se vota un acuerdo redactado en los términos siguientes:

El CC hace constar que, tanto la situación internacional de la Revolución rusa

(sublevación de las tropas de la escuadra alemana como signo extremo de la revolución socialista mundial que se está gestando en toda Europa, y amenazas del mundo imperialista, con la mira puesta en estrangular la revolución rusa) como la situación militar (indudable resolución de la burguesía rusa y de los Kerensky y consortes a entregar Petrogrado a los alemanes) y la conquista de la mayoría de los Soviets por el partido proletario, unido todo esto a la sublevación campesina, al hecho de que la confianza del pueblo se ha vuelto hacia nuestro partido (elecciones de Moscú) y finalmente a los preparativos claros y notorios de una segunda aventura Kornilovista (alejamiento de tropas de Petrogrado, concentración en Petrogrado de tropas, cerco de Minsk por los cosacos, etc.), pone a la orden del día el problema del alzamiento armado.

El CC hace constar que el alzamiento armado es inevitable y que está perfectamente maduro, e invita a todas las organizaciones del partido a proceder en consecuencia y a plantear y decidir desde este punto de vista las cuestiones de orden práctico (Congreso de los Soviets de la zona Norte, alejamiento de tropas de Petrogrado, actuación de los elementos de Moscú y Minsk, etc.).

Votan a favor de este acuerdo diez y en contra dos.

A continuación, se plantea el problema de la creación de un Buró Político del CC. Se acuerda nombrar un Buró Político, compuesto de siete miembros: Lenin, Zinoviev, Kamenev, Trotsky, Stalin, Sokolnikov y Bubnov.

El texto del acta es muy conocido y breve, no consta en él la larga intervención de Zinoviev —apoyada por Kamenev— ni la discusión posterior. Zinoviev, una vez que Lenin hace su exposición sobre la situación actual, toma la palabra para combatir las tesis sobre la necesidad de lanzarse a la insurrección inmediatamente. Lenin esperaba esta reacción de parte de Kamenev, pero fue una sorpresa para él, que su antiguo discípulo y compañero de armas, adoptara el mismo punto de vista. Ante esta situación, se suspendió la discusión por unos minutos dando tiempo para que la señora Sujánov sirviera el té y algunos bocadillos. Lenin replicó inmediatamente después aira-

damente, aunque desgraciadamente, tampoco fue asentada en el acta su contestación. Kamenev y Zinoviev se defienden desesperadamente ante el embate de sarcasmos y argumentos que Lenin les lanza; el resto del CC calla y escucha. Por fin, cerca del alba, Lenin —sobre un papel escolar— redacta apresuradamente a lápiz el texto del acuerdo anterior; se procede a la votación: diez votos a favor y dos en contra (Zinoviev y Kamenev) las tesis sobre la insurrección han ganado la batalla...

No obstante, al día siguiente Zinoviev y Kamenev emiten una declaración en la que consignan, con claridad, sus puntos de vista no transcritos en el acta.

DECLARACION FORMULADA POR G. ZINOVIEV Y J. KAMENEV EL 24 (11) DE OCTUBRE DE 1917

Estimados camaradas:

En la última sesión del CC nos quedamos en minoría y consignamos nuestros dos votos en contra de las tesis aceptadas; teniendo en cuenta la gran importancia del problema que se debate, hemos creído necesario recoger en una declaración especial que va unida a esta carta, un breve discurso pronunciado por nosotros en aquella sesión y rogamos que esta declaración sea unida al acta. Juzgamos nuestro deber, además, poner esta declaración en conocimiento del Comité de Petrogrado, del Comité de Moscú, del Comité de zona de Moscú y del Comité de zona de Finlandia. Estamos seguros que os explicaréis sin necesidad de aclaraciones la forma que hemos dado a nuestra declaración.

G. Zinoviev
J. Kamenev.

Al Comité de Petrogrado, al Comité de zona de Moscú, al Comité de zona de Finlandia del P.O.S.D.R., a la fracción bolchevique del C.E.C. de los Soviets obreros y soldados, a la fracción bolchevique del Congreso de los Soviets de la zona Norte.

Sobre la situación actual

En relación con la situación política la retirada de los bolcheviques del preparlamento, ha situado a nuestro partido ante este problema:

Y ahora, ¿qué?

En los círculos obreros apunta y crece una tendencia que no ve más salida a la situación actual que la proclamación inmediata del alzamiento armado y los plazos

están todos articulados de tal modo, que, si se habla de este alzamiento, no hay más remedio que ponerse a organizarlo directamente y para uno de los días próximos. Bajo una u otra forma, este asunto se discute ya en toda la prensa diaria, y en las reuniones obreras y absorbe la atención de un círculo bastante considerable de obreros del partido. Por nuestra parte, consideramos nuestro deber y nuestro derecho decir con absoluta sinceridad todo lo que pensamos acerca de este problema. Nosotros estamos profundamente convencidos de que declarar ahora el alzamiento armado equivale a jugarse la suerte no sólo de nuestro partido, sino de la revolución rusa e internacional.

Hay, indudablemente, situaciones históricas en las que la clase oprimida tiene necesariamente que reconocer que es preferible lanzarse a una derrota que entregarse sin lucha. Pero, ¿se encuentra hoy la clase obrera de Rusia en esta situación? ¡¡No, y mil veces no!!

A consecuencia del enorme desarrollo de la influencia de nuestro partido en las ciudades y sobre todo en el ejército, se ha producido, en los momentos actuales, una situación en la que es cada vez más imposible para la burguesía dar al traste con la Asamblea Constituyente. Por medio del ejército, por medio de los obreros, tenemos el revólver puesto al pecho de la burguesía: ésta se ve colocada en una situación en que si se atreviese a intentar hacer volar la Asamblea Constituyente no conseguiría más que traer a nuestro regazo a los partidos pequeñoburgueses; y el revólver se dispararía.

Las perspectivas de nuestro partido ante las elecciones de la Asamblea Constituyente son espléndidas. Tenemos por absolutamente carentes de fundamento todas esas chácharas acerca del retroceso que dice advertirse

en la influencia de los bolcheviques y otras cosas por el estilo. En boca de nuestros adversarios políticos, esta afirmación es, sencillamente, un método del juego político, cuya finalidad es provocar un movimiento de los bolcheviques en circunstancias propicias para nuestros enemigos. La influencia de los bolcheviques va en ascenso. Hay capas enteras de la población trabajadora en quienes esa influencia comienza a prender precisamente ahora. Desarrollando una táctica certera podemos obtener un tercio y aún más actas en la Asamblea Constituyente. La situación de los partidos pequeñoburgueses dentro de la Asamblea Constituyente no puede seguir siendo en todos los aspectos la misma que es hoy. Reunida la Asamblea Constituyente, carecerá ya de sentido, ante todo, su consigna actual: "Esperemos a que se reuna la Asamblea Constituyente para resolver acerca de la tierra y la libertad." La agudización de la miseria, del hambre, del movimiento campesino los presionará cada vez con mayor fuerza y los obligará a buscar en el partido proletario una alianza contra los terratenientes y los capitalistas representados por el partido kadete.

Claro está que la Asamblea Constituyente por sí sola no dará al traste con la máscara actual bajo la que se ocultan estas relaciones. Los Soviets, arraigados ya en la realidad, no podrán ser destruidos. También la Constituyente tendrá que apoyarse necesariamente en ellos para realizar su labor revolucionaria. La Asamblea Constituyente, unida a los Soviets, representa ese tipo combinado de instituciones políticas al que nosotros aspiramos. Sobre esta base, la política de nuestro partido cuenta con posibilidades extraordinariamente grandes para conquistar un triunfo efectivo.

Nosotros no hemos dicho jamás que la clase obrera rusa por sí sola sea capaz de rematar triunfalmente, apelando a sus pro-

pías fuerzas, la actual revolución. No hemos olvidado jamás, ni podemos olvidar ahora, que entre nosotros y la burguesía se interpone un tercer campo gigantesco: el de la pequeña burguesía. Este campo se pasó a nosotros y nos dio el triunfo en los días de la korniloviada. No será la última vez que se pase a nuestro lado. No debemos dejarnos hipnotizar por lo que ocurre actualmente. Es indudable que hoy este campo está más cerca de la pequeña burguesía que de nosotros. Pero la situación actual no es eterna ni estable. Únicamente si se da un paso imprudente, si se lanza a un movimiento atolondrado que haga depender toda la suerte de la revolución de un alzamiento inmediato, conseguirá el partido proletario que la pequeña burguesía se abraza para mucho tiempo con Miliukov.

Se dice: 1º tenemos ya con nosotros a la mayoría del pueblo de Rusia, y 2º tenemos con nosotros a la mayoría del proletariado internacional. Desgraciadamente, y este es el nervio del asunto, no es verdad lo uno ni lo otro.

En Rusia, tenemos con nosotros a la mayoría de los obreros y a una buena parte de los soldados. Pero, fuera de esto, todo lo demás es dudoso. Todos estamos convencidos, por ejemplo, de que si hoy se convocasen las elecciones a la Asamblea Constituyente, los campesinos votarían en su mayoría por los socialrevolucionarios. ¿Hay algo de extraño en ello? La masa de soldados no nos apoya por la consigna de la guerra, sino por lo consigna de la paz. Es ésta una circunstancia extraordinariamente importante. Si la perdemos de vista corremos el riesgo de cimentar todos nuestros cálculos sobre arena. Si hoy nos hiciésemos cargo del Poder nosotros solos y (obligados por la situación general del mundo) nos viésemos en el trance de tener que librar una guerra revolucionaria, desertaría de nos-

otros la masa de soldados. La parte mejor de los soldados jóvenes no nos abandonaría, naturalmente, pero la masa de soldados desertaría. En esto consiste precisamente el crimen del gobierno imperialista, en que, por defender los intereses de la burguesía rusa y aliada, está arruinando y desorganizando hasta en sus más hondas raíces las fuerzas económicas del país y privando con ello cada vez más al pueblo revolucionario de la posibilidad de defenderse contra los apetitos del imperialismo mundial por los métodos de la guerra revolucionaria. Después de cuarenta meses de guerra imperialista, en un país arruinado por un régimen de pillaje, en medio del desastre provocado por el zarismo y mantenido y desarrollado por la burguesía, los soldados martirizados se sentirán cada vez menos capaces de librar una guerra victoriosa contra todo el capitalismo internacional.

Los mismos delegados del frente que hoy desarrollan una campaña tan intensa de agitación contra la guerra, ruegan abiertamente a nuestros oradores que no hablen de la guerra revolucionaria, pues eso repelería a los soldados. Es éste un síntoma extraordinariamente significativo.

Es indudable que un gobierno proletario procedería inmediatamente a echar sobre los hombres de la burguesía las cargas económicas de la guerra, dejándole tan sólo "una corteza de pan" y "privándole de zapatos". Esto desencadenaría el entusiasmo de las masas. Pero eso sólo no nos garantiza el triunfo sobre el imperialismo alemán en una guerra revolucionaria. La Rusia actual, que se dejó agotar por la guerra imperialista contra la voluntad de la clase obrera, seguiría siendo a pesar de todo, un país de técnica relativamente atrasada, con un sistema ferroviario ruinoso, sin mercancías, sin el equipo técnico-militar indispensable, etc. Si la clase obrera tomase el Poder, es indudable

que con ello asestaría un golpe al káiser. Para el káiser, sería más difícil guerrear contra una Rusia revolucionaria, que ofrecería a los pueblos inmediatamente una paz democrática, que contra la Rusia actual. Esto es exacto. Pero, ¿es que en las circunstancias actuales, después de lo de Riga, etc., ese golpe será lo bastante fuerte para apartar de Rusia la mano del imperialismo alemán? Y si las negociaciones por separado entre el imperialismo alemán y el imperialismo inglés han comenzado ya —y apenas hay ninguna razón para dudarlo—, ¿estas negociaciones no continuarán aún después del triunfo y no conseguirá el káiser, a pesar de éste, entrar en Petrogrado? ¿Dónde están las razones que aconsejan al partido proletario a asumir por sí solo, íntegramente, y haciendo caso omiso de la resistencia que le oponen la democracia pequeñoburguesa, la responsabilidad de esta situación y de sus inevitables consecuencias?

Con esto, pasamos a la segunda afirmación, a la afirmación de que el proletariado mundial está ya, en su mayoría, a nuestro lado. Desgraciadamente, todavía no ocurre así. La sublevación de la escuadra alemana tiene una importancia sintomática enorme. También en Italia hay síntomas acusadores de un movimiento serio. Pero esto dista mucho todavía de un movimiento un poco activo de apoyo de la revolución proletaria en Rusia, si ésta declarara la guerra al mundo entero burgués. Es muy peligroso exagerar las fuerzas. Indudablemente, nos ha sido dado mucho y es mucho también lo que se espera de nosotros. Pero si hoy nos lo jugamos todo a una carta y salimos derrotados, inferiremos un rudo golpe a la revolución proletaria mundial, que, aunque va avanzando muy lentamente, es indudable que avanza. El incremento de la revolución en Europa nos obligaría, indudablemente, a adueñarnos sin dilación del Poder. Esto es

precisamente lo único que garantiza el triunfo de un alzamiento del proletariado en Rusia. Y esa hora llegará, pero no ha llegado todavía.

¿Qué perspectiva se abre entonces para nosotros en un próximo porvenir? Nuestra contestación es la siguiente.

Es indudable que el camino que hayamos de seguir no depende solamente de nosotros. El adversario *puede obligarnos* a aceptar la lucha decisiva antes de las elecciones a la Asamblea Constituyente. La tentativa de una nueva korniloviada, no nos dejaría, naturalmente, lugar a opción. Acerca de la solución posible entonces, no habría entre nosotros, naturalmente, dudas ni discrepancias. Pero en estas condiciones, es indudable que contaríamos también con el apoyo de una parte considerable de la pequeña burguesía. La huida del gobierno a Moscú, empujará hacia nosotros a la masa pequeñoburguesa. Entonces, se darán las condiciones para nuestro triunfo: entonces, no seremos nosotros, sino nuestros enemigos, quienes saldrán derrotados.

Pero, por ahora, mientras la elección dependa de nosotros, podemos y debemos mantenernos a la *defensiva*. El Gobierno provisional carece frecuentemente de fuerza para llevar a la práctica sus intenciones contrarrevolucionarias. Está resquebrajado. Las fuerzas de los soldados y los obreros bastan para impedir que se realicen medidas como las de Kerensky y consortes. El movimiento obrero está todavía en sus comienzos. Dado el ambiente que actualmente reina en el ejército, los kadetes no conseguirán en masa sofocar este movimiento. El Gobierno provisional es demasiado impotente para poder falsear las elecciones a la Asamblea Constituyente. Las simpatías hacia nuestro partido irán en aumento. El bloque de los kadetes, los mencheviques y los socialrevolucionarios se desmoronará. En la Asam-

blea Constituyente, formaremos un fuerte partido de oposición, tan fuerte, que, bajo el régimen del sufragio universal, nuestros adversarios tendrán que irse rindiendo a nosotros paso a paso, y si no se rinden, con los socialrevolucionarios de izquierda, de los campesinos sin partido, etc., formaremos un bloque de gobierno que llevará a la práctica, en lo sustancial, nuestro programa. Esa es nuestra opinión.

No tenemos ni ante la historia, ni ante el proletariado mundial, ni ante la revolución, ni ante la clase obrera de nuestro país, derecho a aventurar a una carta, a la carta del alzamiento armado todo el porvenir. Sería un error creer que, caso de fracasar, este movimiento no acarrearía tampoco hoy más consecuencias que las del 3-5 de julio. Hoy, se trata de algo más. Se trata de la batalla decisiva. Y nuestra derrota en esta batalla sería la derrota de la revolución.

Tal es la situación general. Pero quien al hablar del alzamiento haga algo más que hablar, está obligado a ponderar un poco serenamente sus perspectivas. Aquí, creemos de nuestro deber proclamar que en los momentos actuales sería funestísimo menospreciar las fuerzas del enemigo y dar una importancia excesiva a las nuestras propias. Las fuerzas del enemigo son más grandes de lo que parecen. Lo decisivo es Petrogrado, y en Petrogrado los enemigos del partido proletario han acumulado una cantidad considerable de fuerzas: 5,000 junkers, *magníficamente* armados, *organizados*, llenos de entusiasmo combativo (gracias a su situación de clase) y de capacidad para la lucha; y a esto hay que añadir el estado mayor y las tropas de choque, y los cosacos, y una parte considerable de la guarnición, y una cantidad muy considerable de artillería montada en forma de abanico en torno a Petrogrado. Además, es casi seguro que el enemigo, con ayuda del CC, inten-

tará traer tropas del frente. En los momentos actuales, el partido proletario tendría que enfrentarse con una correlación de fuerzas muy distinta a la de las jornadas del golpe de Kornilov. Entonces, luchábamos unidos a los socialrevolucionarios, a los mencheviques, y hasta a una parte de los partidarios de Kerensky. Hoy, el partido proletario tendría que luchar contra las centenas negras, más los kadetes, más Kerensky y el Gobierno provisional, más el C.E.C. (socialrevolucionarios y mencheviques).

Cierto es que las fuerzas del partido proletario son muy considerables, pero el problema decisivo está en saber si el estado de ánimo reinante entre los obreros y soldados de la capital es tal efectivamente que sólo vean la salvación en la lucha armada, y que por tanto, se lancen ellos mismos a la calle. No. Ese estado de ánimo no existe. Hasta los partidarios del movimiento declaran que el estado de espíritu de los trabajadores y de las masas de soldados no recuerda, ni mucho menos, el de antes del 3 de julio. Una eferescencia extendida entre las masas bajas de la pobreza de la capital, un impulso combativo que las empujase a la calle podría garantizarnos que el movimiento desencadenado por nuestra iniciativa arrastraría a aquellas grandes organizaciones (sindicato de ferroviarios, sindicato de obreros de Correos y Telégrafos) en que la influencia de nuestro partido es escasa. Pero, no existiendo esa eferescencia, como no existe, ni siquiera en las fábricas y en los cuarteles, sería engañarnos a nosotros mismos contar para nada con eso.

Se dice que los ferroviarios y los empleados de Correos y Telégrafos pasan hambre, que están en la miseria, que gruñen contra el Gobierno provisional. Y todo esto es verdad, naturalmente, pero aun siéndolo, no nos garantiza que esos elementos apoyarían un alzamiento organizado contra el gobierno

y frente a los socialrevolucionarios y mencheviques. Los obreros ferroviarios y los empleados de ferrocarriles estaban también en la miseria en 1906, como lo están hoy también en Francia y Alemania. Pero esto no garantiza tampoco que hayan de apoyar el alzamiento. Si todas las gentes que están en la miseria se mostrasen dispuestas a apoyar el alzamiento en armas de los socialistas, ya hace mucho tiempo que el socialismo se habría instaurado.

Esto pone de relieve nuestra misión inmediata. El Congreso de los Soviets está anunciado para el 20 de octubre. Es menester que se convoque, cueste lo que cueste. Es necesario que este Congreso consolide en el plano de la organización la influencia del partido proletario. Que se convierta en el centro de reunión de todas las organizaciones proletarias y semiproletarias, tales como los sindicatos de ferrocarriles, funcionarios de Correos, empleados de Banca, etc., en torno a los Soviets. Entre estas organizaciones y los Soviets no existe todavía un nexo firme y articulado. Esto sólo puede considerarse como un síntoma de la debilidad del partido proletario en punto a organización. Hay que crear a todo trance este nexo, que es una de las condiciones previas para que puedan realizarse y cobrar efectividad la consigna de "Todo el Poder a los Soviets". En cualquier momento de

que se trate, esta consigna obliga al gobierno, indudablemente, a rechazar con la mayor energía todo lo que signifique menoscabo, por insignificante que él sea, de los derechos de los Soviets y de las organizaciones creadas por ellos.

En condiciones como las expuestas, sería un profundo error histórico plantear el problema del paso del Poder a manos de partido proletario en estos términos: o ahora o nunca.

No. El partido proletario crecerá, su programa se impondrá a masas cada vez más numerosas podrá seguir desenmascarando despiadadamente y en proporciones mayores todavía la política de los mencheviques y socialrevolucionarios que se interponen ante el tránsito real del Poder a manos de la mayoría del pueblo. Sólo hay un camino por el que puede hechar a perder sus triunfos, y este camino es el que consiste en asumir, en las circunstancias actuales, la iniciativa de un movimiento, exponiendo así al proletariado a los golpes de la contrarrevolución coaligada y apoyada por la democracia pequeñoburguesa.

Contra esta política funesta levantamos nosotros nuestra voz de aviso.

G. Zinoviev.

J. Kamenev.

* * *

Durante los siguientes días la discusión se generalizó en el seno del Partido y por la ciudad de Petrogrado corrieron los rumores de que los bolcheviques "preparaban algo". Algunos miembros del CC se solidarizaron con Kamenev y Zinoviev, como Rykov y Miliutin. Esta situación dificultaba, evidentemente, el trabajo de organizar la insurrección.

Por ello, Lenin decidió convocar a una asamblea extraordinaria del CC, con la participación de los representantes de las principales organizaciones bolcheviques de la capital. La Conferencia fue convocada para el 16 de octubre, en Lesnoi, suburbio de la capital, del que Kalinin era alcalde desde la revolución. Kalinin cedió a regañadientes

una sala de la Alcaldía para celebrar la reunión.

El 16 fue un día lluvioso; Lenin que vivía cerca de Lesnoi, emprendió el camino hacia el lugar de la reunión, acompañado de Chotman, obrero metalúrgico encargado de mantener el enlace entre los socialdemócratas finlandeses con Petrogrado. El biógrafo de Lenin, Gerard Walter, relata que "al dar la vuelta a una esquina el viento se llevó la gorra y la peluca de Lenin. Tuvieron que correr tras ellas. Ambos pudieron ser alcanzados y volvían a ocupar, en estado muy lamentable, el lugar que les correspondía en el cráneo de Lenin. Pero como la asamblea había decidido recibirlo en su aspecto natural, se quitó la volátil peluca al entrar en la sala de sesiones".

Allí se encontraban nueve miembros del CC incluyendo Lenin, y quince representantes de diversas regiones del Partido. No asistieron a esta reunión ni Trotsky ni su amigo Uritski. En cambio, se hallaba presente Miliutin, que había adoptado la posición de la "pequeña pareja de camaradas", como denominaba Lenin a Zinoviev y a Kamenev quienes.—por supuesto— se hallaban presentes. Asimismo se encontraban allí Stalin, Sverdlov, Dzerzhinski y Sokolnikov, que habían asistido a la sesión del día 10.

Los 15 invitados eran los que, en última instancia, decidirían el curso de la discusión y la resolución. El acta que se presenta a continuación recoge el resultado de esta histórica sesión:

**ACTA DE LA SESION CELEBRADA EL (29-16) DE OCTUBRE DE 1917
POR EL COMITE CENTRAL DEL P.O.S.D.R., COMISION EJECUTIVA
DEL COMITE DE PETROGRADO, DE LA ORGANIZACION
MILITAR DEL SOVIET DE PETROGRADO, DE LOS SINDICATOS,
COMITES DE FABRICA FERROVIARIOS Y COMITE DEL CIRCULO
DE PETROGRADO**

Preside el Cam. Sverdlov.

El Cam. Sverdlov propone el siguiente orden del día:

1. Informe acerca de la sesión anterior del CC.
2. Breves informes de los representantes.
3. Situación actual.

1. Informe acerca de la sesión anterior del CC.

El Cam. Lenin da lectura al acuerdo votado por el CC en la sesión anterior y co-

munica que este acuerdo triunfó con dos votos en contra. Si los camaradas disidentes desean hacer uso de la palabra, se abrirá una discusión. Provisionalmente, apoya el acuerdo.

Si los partidos mencheviques y socialrevolucionarios hubiesen roto con su política de pactos, se les habría podido proponer una transacción. Y llegamos a ofrecérsela. Pero desde el primer momento se vio que no estaban dispuestos a aceptarla. Por otra parte, era ya claro, por aquel entonces, que las masas estaban con nosotros. Esto ocurría antes de la aventura de Kornílov. Como prueba, Lenin aduce los datos estadísticos de las elecciones celebradas en Petrogrado y Moscú. La aventura de Kornílov acentuó el

desplazamiento de las masas hacia nosotros. Correlación de fuerzas en el Congreso democrático. La situación es clara. Hay que elegir entre la dictadura de Kornilov o la dictadura del proletariado y los campesinos pobres. No hay que dejarse llevar del estado de espíritu de las masas que es vacilante e imposible de calcular; debemos atenernos a un análisis y a un enjuiciamiento de la revolución. Las masas han otorgado su confianza a los bolcheviques y no les piden palabras, sino hechos. Una política resuelta en la lucha contra la guerra y en la lucha contra el desastre, tomando por base el análisis político de la revolución, es evidente que hasta las acciones anarquistas confirman hoy esto.

Sigue analizando la situación de Europa y las pruebas de que aquí es la revolución más difícil que en Rusia. El que en un país como Alemania haya podido producirse una sublevación en las tropas de la escuadra, demuestra que también allí están muy avanzadas las cosas. La situación internacional nos ofrece una serie de testimonios objetivos que nos permiten deducir que si nos lanzamos hoy a la acción tendremos con nosotros a toda la Europa proletaria; demuestra que la burguesía trata de entregar a Petrogrado. Sólo adueñándonos de Petrogrado salvaremos a la ciudad. La conclusión clara de todo lo expuesto es que el alzamiento armado, al que se refiere el acuerdo del CC, está a la orden del día.

Por lo que se refiere a los consecuencias prácticas del acuerdo, es más conveniente aguardar, para sacarlas, a oír los informes de los representantes.

Del análisis político de la lucha de clases en Rusia y en Europa se sigue la necesidad de abrazar la política más resuelta y activa, política que sólo puede ser el alzamiento armado.

2. Breves informes de los representantes.

El Cam. *Sverdlov*, del CC, informa en nombre del secretariado del CC acerca de la situación en las provincias.

El desarrollo del partido ha tomado proporciones gigantescas, y puede afirmarse que actualmente abarca, por lo menos, cuatrocientos mil afiliados (aduce pruebas).

También ha crecido nuestra influencia principalmente en los Soviets (pruebas), y lo mismo ha ocurrido en el ejército y en la escuadra. Sigue comunicando hechos acerca de la movilización de las fuerzas contrarrevolucionarias (cuenca del Donez, Minsk, frente Norte).

El Cam. *Bokii*, del Comité de Petrogrado, informa acerca de los distritos urbanos: Isla de Vassilii: No hay espíritu combativo, se hacen preparativos para la lucha.

Barriada de Viborg: lo mismo, pero se prepara el alzamiento; está formado un consejo militar; caso de lanzarse a la calle el movimiento las masas lo apoyarán. Opinan que deben comenzar los de arriba.

Primer distrito urbano. Ambiente difícil de pulsar. Existe una Guardia roja.

Segundo distrito urbano. Mejor ambiente.

Distrito de Moscú. Ambiente tibio: se lanzarían al movimiento pidiéndoselo los Soviets, pero no el partido.

Distrito de Narva. No hay entusiasmo acuciente hacia el movimiento, pero la autoidad del partido no ha disminuido. En la fábrica Putilov ganan terreno los anarquistas. Distrito del Neva. El ambiente ha cambiado bruscamente a favor nuestro. Todo el mundo seguirá al Soviet.

Distrito de Ohta. Aquí la situación es mala.

Distrito de Petrogrado. Ambiente expectante.

Distrito de Roshdestvenski. Lo mismo,

siendo dudoso si se lanzaran o no; influencia creciente de los anarquistas.

Distrito de Porojov. El ambiente ha mejorado a favor nuestro.

Schlüsselburg. Ambiente favorable a nosotros.

El Cam. *Kirilenko*, del Buró Militar, comunica que entre ellos reinan fuertes discrepancias de opinión en el modo de apreciar el ambiente.

De observaciones personales se deduce que en los regimientos el ambiente es en un todo favorable a nosotros, pero las noticias de los camaradas que trabajan en los distritos no coinciden. Se dice que para una acción es necesario que sobrevenga algo que les afecte profundamente, a saber: la retirada de tropas. El Buro opina que el ambiente tiende a decaer.

Una gran parte de los miembros del Buró entiende que el problema no debe agudizarse prácticamente, y la minoría cree que es necesario asumir la iniciativa.

Cam. *Stepanov* de la organización de *Círculo*. En Sestroresk y Kolpino se arman los obreros, el ambiente es combativo y se hacen preparativos para la acción. En Kolpino apuntan tendencias anarquistas.

En Narva, la situación es difícil, a causa de los despidos. Han sido despedidos ya 3,000.

Por lo que se refiere a las guarniciones, aquí el ambiente es de depresión, pero la influencia bolchevique es muy fuerte (regimientos de ametralladoras Núm. 2). En Neu-Peterhof, la labor dentro del regimiento ha sufrido un fuerte retroceso y el regimiento está desorganizado. En Krassnoie-Selo el regimiento 176 es absolutamente bolchevique; el regimiento 172 lo es casi por completo, pero además hay allí caballería. En Luga: 30,000 hombres acantonados; los miembros del Soviet son defensores de la patria. El

ambiente es bolchevique, se preparan nuevas elecciones.

En Gdov, el regimiento es bolchevique.

El Cam. *Bokii* comunica, a título complementario, que, según sus informes, la situación en Krassnoie-Selo no es tan favorable. En Kronstadt, el ambiente ha decaído y la guarnición es absolutamente inservible desde el punto de vista combativo.

Cam. *Volodarski*, del Soviet de Petrogrado. La impresión general es que nadie acucia a lanzarse a la calle, pero que todos se lanzarán en cuanto se lo pida el Soviet.

El Cam. *Ravich* confirma esto, y añade que algunos hicieron saber que así ocurriría también con tal que se lo pidiese el partido.

Cam. *Schmidt*, de los sindicatos. La cifra total de obreros organizados pasa de 500,000. La influencia de nuestro partido es predominante, pero en los sindicatos de tipo más bien artesano (singularmente entre los empleados de oficinas y los impresores) nuestra influencia es escasa, si bien aquí también tiende a crecer, impulsada sobre todo por el descontento, existente con los jornales tarifados. El ambiente no permite confiar en una colaboración activa, sobre todo teniendo en cuenta el miedo a los despidos. Este es, hasta cierto punto, un factor inhibitorio. Hay ciertas circunstancias de orden económico que permiten predecir una enorme crisis de paro forzoso para un porvenir muy próximo; también esto influye para que éste sea expectante. Todos reconocen que no hay más salida que la lucha por el Poder y exigen que todo el Poder pase a los Soviets.

El Cam. *Shliapnikov* comunica, a título complementario, que en el sindicato de obreros metalúrgicos prepondera la influencia de los bolcheviques, pero que una acción bolchevique no tiene ambiente: los rumores que corrieron acerca de esto lle-

garon a provocar incluso pánico. También en el resto de Rusia prepondera la influencia bolchevique y se votan acuerdos de este carácter, pero falta la fe en la posibilidad de organizar directamente la producción. El sindicato metalúrgico se dispone a dar la batalla por la subida de jornales. En relación con esto, se planteará el problema del control:

Skripnik, de los Comités de fábrica, hace constar que en todas partes se observa un ansia de resultados prácticos: los acuerdos ya no satisfacen. Se percibe que los dirigentes no dan expresión perfecta al ambiente de las masas; los dirigentes son más conservadores; la influencia de los anarcosindicalistas va en ascenso, sobre todo en los distritos de Narva y Moscú.

El Cam. *Sverdlov* comunica, a título complementario, que en Moscú y en relación con el acuerdo del CC se han dado pasos encaminados a esclarecer la posibilidad de un alzamiento.

Un camarada de los ferroviarios. Los ferroviarios pasan hambre y están irritados, la organización es débil, sobre todo entre los empleados de Telégrafos.

El Cam. *Schmidt* comunica, a título complementario, que entre los ferroviarios se ha producido, a consecuencia de la huelga, un viraje. En el núcleo ferroviario de Moscú se observa un cierto descontento hacia el Comité. En general, los centros ferroviarios de Moscú y Petrogrado están muy cerca de los bolcheviques.

Cam. *Bokii*. Acerca de los empleados de Correos y Telégrafos, no existe una organización especial. Los carteros comunican que, en el momento decisivo, pueden ocupar las oficinas de Correos.

Cam. *Schmidt*. El sindicato de empleados de Correos es más radical que el sindicato ferroviario. Los empleados bajos son, en el fondo, bolcheviques, pero no así los supe-

riores; mientras el sindicato esté en sus manos, no habrá más remedio que luchar contra ellos.

3. Situación actual.

El Cam. *Miliutin* opina que el acuerdo debe redactarse de un modo más concreto, a base de todos los informes. Entiende que la consigna de "Todo el Poder a los Soviets" es ya perfectamente apta para implantarse, sobre todo en las provincias, donde los Soviets tienen en algunos sitios, el Poder en sus manos. Aquí, no se trata de campañas de agitación; aquí, lo que hacen falta son los hechos y no palabras. Este problema no se decide con ambientes ni con boletines, sino con fuerzas organizadas. O damos nosotros el primer paso o lo dan nuestros enemigos. En el acuerdo no se habla de la posibilidad de un alzamiento que responda a nuestra iniciativa, sino de un choque, resultado de condiciones objetivas. El, personalmente, opina que no estamos suficientemente preparados para dar el primer golpe.

No está dentro de nuestras posibilidades derribar y apresar en uno de los próximos días al gobierno.

Otra perspectiva se abre: el choque armado. Expone que esta perspectiva se acerca, que esta posibilidad está cada vez más próxima. También para este choque debemos prepararnos. Pero esta perspectiva se distingue del alzamiento. Y cree necesario completar el acuerdo en este sentido.

El Cam. *Chotman* dice que en la Conferencia de la ciudad, en el C.P. y en el Comité militar el ambiente era mucho más pesimista. Expone que por ahora no podemos lanzarnos a la acción, pero que debemos prepararnos para ello.

El Cam. *Lenin* rebate los argumentos de

Miliutin y Chotman, y demuestra que no son las fuerzas lo fundamental, que no se trata de luchar contra las tropas, sino de que una parte de ellas luche contra otra parte. No ve ningún pesimismo en lo que se ha dicho aquí. Demuestra que las fuerzas que tiene detrás la burguesía son pocas. Los hechos prueban que somos superiores al enemigo. ¿Por qué no ha de comenzar el CC? Eso no se desprende de los datos. Para rechazar el acuerdo del CC, hay que demostrar que no existe desastre, que la situación internacional no conduce a complicaciones. Cuando los sindicatos piden el Poder íntegro, saben muy bien lo que quieren. Las condiciones objetivas demuestran que los campesinos están necesitados de quien los dirija y seguirán al proletariado.

Se teme que no podamos sostenernos en el Poder. Pero es precisamente ahora cuando contamos con condiciones favorabilísimas para sostenernos en el Poder.

Expresa el deseo de que el debate se mantenga en un terreno de análisis sereno y objetivo del acuerdo.

El Cam. *Krilenko* declara que hay un punto en que coincide todo el Buró, y es en que el agua está ya en punto de ebullición; revocar el acuerdo actual sería, a su juicio, el mayor de los errores. Nuestra misión es apoyar el alzamiento por la fuerza de las armas, si estalla en alguna parte. El ambiente aquí apuntado es una consecuencia de nuestros errores.

En cuanto al problema de quién debe comenzar y cómo, no coincide con V. L. Ilich. Cree inútil entrar a analizar con tanta precisión los detalles técnicos del alzamiento, y considera además inoportuno señalar una fecha fija para éste. Pero hay un factor combativo que desencadenará una batalla, y es la cuestión de la retirada de tropas. En la Conferencia de Chermissov se procurará

demostrar que la retirada de tropas responde a una necesidad; a esto, respondemos nosotros que, podrá ser necesario, pero no lo toleraremos, porque hoy nadie se fía de los generales; con esto, tenemos ya el hecho de una agresión de que se nos hace objeto, y podemos utilizarlo para nuestros fines. No debe cejarse en la campaña de agitación, ni tenemos por qué preocuparnos cavilando quién ha de comenzar, pues el comienzo está ya ahí.

El Cam. *Rachia* expone que las masas se preparan conscientemente para el alzamiento. Si el proletariado de Petrogrado tuviese armas, ya estaría en la calle a pesar de todos los acuerdos del CC. No hay tal pesimismo. No es necesario esperar a la ofensiva de la contrarrevolución, pues está ya en la calle. Las masas esperan la consigna y armas. Las masas se lanzarán en tropel a la calle, pues las espera el azote del hambre. Parece que nuestra consigna se ha retrasado ya un poco, pues hay quien duda de si seremos capaces de hacer lo que proclamamos. Nuestra misión no es revocar el acuerdo, sino por el contrario llevarlo a la práctica.

Cam. *Zimoviev*. Es evidente que el acuerdo se interpreta como una orden, pues de otro modo no cabría manifestarse acerca de él.

Duda que el éxito del alzamiento esté asegurado. Hay que tener en cuenta sobre todo que no tenemos en nuestras manos el aparato de los ferrocarriles, del Correo y del Telégrafo. La influencia del C.E.C., es todavía bastante considerable.

El asunto tendrá que decidirse en la primera jornada en Petrogrado, pues en otro caso comenzará la desmoralización. No hay que contar con refuerzos de Finlandia ni de Kronstadt. Y en Petrogrado no somos ya tan fuertes. Además, nuestros enemigos disponen de un inmenso estado mayor de organización.

La alarma de estos últimos días ha sido contraproducente hasta desde el punto de vista del acuerdo del CC. Pues, ¿para qué se nos había de dar tiempo a prepararnos? El ambiente de las fábricas no es ya el que era en junio. Es evidente que las cosas han cambiado desde junio acá.

Se dice que nos encontramos en una situación sin salida. Yo no creo que nos encontremos todavía en semejante situación. Opino que no adoptamos una actitud acertada ante la Asamblea Constituyente. Claro está que no vamos a considerarla como una receta milagrosa, pero la Asamblea Constituyente se desarrollará en una atmósfera extraordinariamente revolucionaria. Entre tanto, nuestro partido irá fortificándose. No está excluida la posibilidad de que, con los socialrevolucionarios de izquierda, lleguemos a tener mayoría. No es posible que los campesinos vacilen en punto al problema de la tierra. Yo voté por la salida del parlamento, pero no creo que esa masa se agrupe jamás detrás de nosotros. Habla de las relaciones internacionales y expone que también para con el proletariado internacional estamos obligados a proceder con la mayor de las cautelas: nuestra influencia va constantemente en aumento. No es de esperar que se entregue a Petrogrado antes de que se reúna la Asamblea Constituyente. No tenemos derecho a arriesgarlo todo a ponerlo todo a una carta.

Propongo que si el día 20 se reúne el Congreso le hagamos la proposición de permanecer constituido hasta que se reúna la Asamblea Constituyente. Ante la total pasividad del Gobierno Provisional, nuestra táctica debe ser defensiva y expectante. No podemos colocarnos en una situación de total aislamiento. La Asamblea Constituyente no nos dispensará tampoco de la guerra civil, pero es una etapa digna de ser tomada muy en serio. Es necesario revisar, dentro

de lo posible el acuerdo del CC y declarar abiertamente que no nos lanzaremos al alzamiento en los próximos cinco días.

Cam. Kamenev. Desde que se votó el acuerdo ha pasado una semana lo cual indica por sí solo que ese acuerdo demuestra cómo no debe hacerse un alzamiento. Durante esta semana no se ha hecho nada, sino simplemente echar a perder la disposición de ánimo que de otro modo habría reinado. Los resultados de una semana entera nos dicen que hoy no existen razones en que pueda apoyarse un alzamiento. No cabe decir que el acuerdo sólo ha despertado la idea de la necesidad de pasar de las palabras a los hechos. No hay tal. No disponemos de aparato para el alzamiento; nuestros enemigos disponen de un aparato mucho más fuerte, que es seguro que durante esta semana se ha reforzado todavía más. Expone que, durante esta semana, no hemos hecho nada, ni en el aspecto técnico-militar ni en lo que se refiere al aprovisionamiento de víveres. En cambio, con este acuerdo hemos permitido al gobierno organizarse. La gran masa que hoy no está con nosotros, está a su lado. Hemos conseguido reforzarla a nuestra costa. El problema es más serio que en las jornadas de julio. Socialmente hablando, la crisis ha llegado a su apogeo, pero no está probado, ni mucho menos, que debamos dar la batalla antes del día veinte. La cuestión no está planteada en los términos de "o ahora o nunca"; mi fe en la revolución rusa es mucho mayor; se acercan días de batallas sociales, y el hecho de que nos preparemos para la Asamblea Constituyente, no quiere decir que abracemos la senda del parlamentarismo. No somos lo bastante fuertes para lanzarnos al alzamiento seguros de la victoria, pero sí lo somos para no tolerar las manifestaciones extremas de la reacción. Aquí luchan dos tácticas: la táctica de la conspiración y la táctica

de la fe en las fuerzas propulsoras de la revolución rusa.

Fenigstein opina que el problema del alzamiento armado no es un problema de semanas, sino de días. Tal es la posición política y ésta de acuerdo con ella, pero no lo está conque se haya de pasar inmediatamente al ataque a la bayoneta. Sigue exponiendo que el alzamiento armado no está técnicamente preparado por nosotros. No tenemos ni tan siquiera la capital. Nos lanzamos medio conscientes de ellos a una derrota. Hay momentos en que, a pesar de saberlo, debe marcharse, pero si no es este el caso, debe afrontarse el asunto por el lado trágico.

Stalin. La fecha del alzamiento debe elegirse oportunamente el acuerdo no puede concebirse de otro modo.

Cabe decir que las agresiones hay que esperarlas, pero conviene aclarar lo que se entiende por agresión; la subida del precio del pan, el envío de tropas cosacas a la cuenca del Don, etc., todo eso es ya una agresión. ¿Hasta cuándo hemos de seguir esperando si no se nos hace objeto de una agresión militar? Lo que *Kamenev* y *Zinoviev* proponen, conduce objetivamente a dar facilidades para que se organice la contrarrevolución: no haríamos más que batirnos interminablemente en retirada y perder con ello toda la revolución. ¿Porqué no hemos de reservarnos la posibilidad de determinar nosotros mismos la fecha y las condiciones, para no ofrecer a la contrarrevolución medio alguno de organizarse? Pasando a analizar la situación internacional, expone que ahora debía tenerse una fe mayor. Hay aquí dos líneas: una que pone rumbo al triunfo de la revolución y mira hacia Europa; otra, que no cree en la revolución y no le preocupa más que desempeñar el papel de oposición. El Soviet de Petrogrado ha abrazado ya la senda del alzamiento, al oponer-

se a sancionar la retirada de las tropas. La escuadra está ya sublevada puesto que ha procedido contra *Kerensky*.

T. Interpreta el acuerdo en el sentido de que no significa que el movimiento haya de comenzar mañana mismo, sino que lo que hace es desplazar el problema del terreno político al campo estratégico, haciendo un llamamiento para que se obre de un modo resuelto. No hay porqué temer a las conspiraciones ni deben perderse de vista éstas: No debemos desviarnos por el camino de la lucha parlamentaria; esto sería equivocado. Ni debemos tampoco aguardar a que se nos ataque, pues ya el hecho de la ofensiva abre perspectivas de triunfo.

El *Cam. Sverdlov* traza las características del acuerdo. Por una parte era una orden, pero es cierto que el problema se desplazó del campo político al campo técnico. Habla de los preparativos contrarrevolucionarios. Recoge la afirmación hecha por *Kamenev* de que el lado débil del acuerdo era el de no haber sido prácticamente ejecutado hasta ahora. De ello se deduce que es necesario laborar más enérgicamente. No puede decirse que la mayoría esté en contra nuestra; lo que ocurre es que no está todavía con nosotros. Nuestra fuerza está en Petrogrado; los junkers no son peligrosos, sobre todo si la acción parte de nosotros. No comparte el modo de apreciar el espíritu de la guarnición que ha sido expresado aquí. La correlación de fuerza es favorable para nosotros. El acuerdo no debe cancelarse, pero sí modificarse en el sentido de que se lleve con más energía la preparación técnica.

Cam. Skripnik. Si hoy no disponemos de fuerzas más tarde no dispondremos de más; si hoy no somos capaces de sostenernos en el poder, mañana lo seremos menos todavía. Se dice que es más conveniente mantenerse a la defensiva; tal vez, pero más

tarde no tendremos fuerzas ni para defendernos.

Todos los argumentos que aquí se han aducido no son más que para dar largas. Una garantía de triunfo no existe. No hace más que repetir lo que decían los mencheviques y los socialrevolucionarios cuando se les invitaba a tomar el poder. Hoy, a la hora de obrar, perdemos el tiempo hablando. Las masas exigen de nosotros una conducta y opinan que cometemos un crimen si las dejamos con las manos vacías; lo que hace falta es preparar el alzamiento y apelar a las masas.

Bolodarski. Si el acuerdo es una orden ésta está ya incumplida. Si el problema del alzamiento se plantea como un problema para mañana, tenemos que decir derechamente que no contamos con nada para ello. Yo he dirigido la palabra a los...,* pero afirmo que las masas acogían nuestro llamamiento con dudas; en esta semana se ha operado un cambio.

Si no hubiese en el CC una corriente que se obstina en reducir la lucha de clases a una lucha parlamentaria estaríamos dispuestos a lanzarnos al alzamiento ahora, pero no en el momento adecuado. El lado positivo del acuerdo es que nos obliga a comparecer ante las masas con una nueva consigna. El acuerdo debe concebirse como el rumbo hacia el alzamiento; y no debemos suspender los preparativos técnicos.

Proposición concreta: Proseguir los preparativos técnicos y someter este problema al Congreso, pero sin entender que el momento ha llegado ya.

Dzerzhinski, entiendo que Bolodarski se equivoca cuando cree que nuestro partido ha cometido un error, al aplicar una táctica parlamentaria. Muy lejos de ello, es el cambio operado en la situación el que nos ha

obligado a modificar también nuestro acuerdo. Hace dos meses, no habían sido superadas todavía las ilusiones reinantes, razón por la cual no era posible plantear el problema del alzamiento. El exigir que para lanzarse al alzamiento esté todo técnicamente preparado, es precisamente la característica de las conspiraciones. Cuando el alzamiento estalle, ya se encontrarán las fuerzas técnicamente necesarias. Y lo mismo decimos en lo que se refiere al problema de los víveres.

Cam. Ravich. Revocar el acuerdo equivaldría a revocar todas nuestras consignas y toda nuestra política. Las masas se han asimilado ya a la idea de que es inevitable un alzamiento. Si las masas son demasiado revolucionarias, la cosa comenzará desde abajo, pero puede también comenzar con un llamamiento desde arriba, y nadie duda que en este caso las masas lo seguirán. Ya no es posible retroceder.

Cam. Sokolnikov. Las objeciones de Kamenev no pueden convencer a nadie. Nos acusa de haber lanzado nuestro movimiento a los cuatro vientos, es decir, que es él precisamente quien pide una conspiración. La gran singularidad y nuestra fuerza consisten en que preparamos la acción abiertamente. Recuerda las jornadas de Febrero, en que no había nada preparado y sin embargo, triunfó la revolución. No cabe esperar una correlación de fuerzas más favorables.

Se ha interpretado equivocadamente el acuerdo, viendo en él una orden para la acción.

Si resultase que los acontecimientos nos favorecían, nos aprovecharíamos naturalmente de ello. Es posible que el Congreso se celebre antes. Y si el Congreso acepta la consigna del paso íntegro del Poder a los Soviets, deberá plantearse el problema de

* Laguna en el original. (N. del ed.)

lo que ha de hacerse, si llamar a las masas o no.

El Cam. *Skalov*, expone que para el paso del Poder a los Soviets ha de darse una correlación de fuerzas adecuada. El poder de los Soviets resolverá el problema de los víveres. Nos estamos convirtiendo ahora en defensores de la patria. Si no tomamos el Poder, podría ocurrir que la escuadra y hasta el ejército abandonasen sus posiciones. Habla de la anulación de los tratados, etc., y entiende que antes de que se reúna el Congreso, no podrá llevarse a cabo el alzamiento, pero que en el Congreso es necesario tomar el Poder.

Miliutin. El acuerdo no se redactó como ahora se interpreta. Se interpreta como si se tratase del rumbo hacia el alzamiento. Esto se había puesto ya de manifiesto en septiembre. Todos plantean el problema como un problema político, sin hablar del problema técnico. Sobre el rumbo no discute nadie. Los camaradas que hablan del alzamiento se lo representan de un modo primitivo. Lo primero que hay que hacer es tomar el Poder y descartar a los que hoy lo ocupan; obrar con arreglo a patrones sería absurdo. Hemos salido ganando con que el 3-5 de julio no fuese un alzamiento, y no nos hundiremos con que tampoco hoy estalle. Este acuerdo debe ser considerado como de régimen interno.

Joffe expone que es imposible concebir el acuerdo como orden para la acción; el acuerdo es sencillamente una cancelación de la táctica consistente en abstenerse de acciones y un reconocimiento de la posibilidad y de la obligación de lanzarse al alzamiento en la primera ocasión oportuna que se presente. Así concebido, el acuerdo es digno de aplauso. Pero, por otro lado, no es cierto que el problema sea, ahora, un problema puramente técnico: aún ahora, el momento del alzamiento debe enfocarse desde el pun-

to de vista político. El sentido del acuerdo estriba en la necesidad de aprovechar la primera ocasión propicia para la toma del Poder, y por eso es digno de aplauso.

Schmidt. Ahora, el problema está más claro. Contra la preparación de la revolución no hay nada que objetar.

Lazis. Es triste que hasta ahora no se ha ya llevado a la práctica todavía el acuerdo. Yo estoy convencido que debe ser aceptado. He pedido la palabra para rectificar la apreciación hecha aquí acerca del estado de espíritu de las masas. El criterio para pulsar el estado de espíritu de las masas es la prontitud con que echan mano de las armas. También es curiosa la estrategia que aquí se emplea. Se habla de los junkers; ya he dicho que se les puede considerar como un cero a la izquierda.

Lenin. Si todos los acuerdos fracasasen como éste, podríamos darnos por satisfechos. Ahora, *Zinoviev* dice que la consigna del "Poder a los Soviets" no sirve, y pretende ejercer presión sobre el gobierno. Si decimos "alzamiento popular" no podrá hablarse de conspiración. Si el alzamiento es políticamente inevitable, hay que tratarlo como un arte. Políticamente, está ya maduro. Precisamente por que el pan sólo alcanza para un día, no podemos aguardar a la Constituyente. Propone que se confirme el acuerdo, que se ponga mano resueltamente en los preparativos y que se deje al CC y al Soviet la determinación del momento.

Zinoviev. Se ha comparado esta revolución con la Revolución de Febrero. No pueden establecerse semejantes comparaciones, pues entonces el viejo régimen no tenía nada detrás, y hoy se trata de una guerra contra todo el mundo burgués. Nosotros no hemos proclamado la consigna del "Poder a los Soviets" como una consigna abstracta. Y si el Congreso ejerce una presión sobre la Asam-

blea Constituyente, no hay razón para comparar esto con la política menchevique. Si el alzamiento se enfoca como perspectiva, no hay nada que objetar, pero si se trata de una orden para mañana o pasado mañana, será una aventura. Mientras no estén reunidos nuestros camaradas y podamos deliberar con ellos, no tenemos derecho a lanzarnos al alzamiento.

Stepanov. El acuerdo tiene una importancia histórica y este acuerdo ha desempeñado un gran papel. Ha servido para aclararnos muchas cosas. Expone que la masa sabe distinguir perfectamente entre el C.E.C. y el Soviet de Petrogrado. Propone dejar en pie este acuerdo como barómetro.

Kamenev. Expone que la interpretación que actualmente se da al acuerdo es un repliegue, pues antes se decía que el movimiento había de comenzar antes del 20, y ahora se habla de poner rumbo a la revolución. El problema está planteado políticamente. Señalar una fecha para el alzamiento es aventurerismo. Estamos obligados a decir a las masas que durante estos tres días no haremos ningún llamamiento a la acción, si bien opinamos que el alzamiento es inevitable.

Propone que se vote acerca del acuerdo y que se acepte una resolución según la cual deberá hacerse público en el órgano central que no se llamará a las masas a ninguna acción antes de los congresos.

Skripnik propone dirigirse a las masas e invitarlas a prepararse para el alzamiento.

Lenin replica a *Zinoviev* que esta revolución no puede contraponerse a la revolución de Febrero. Propone el texto del acuerdo:

“Le reunión saluda y apoya en su totalidad la resolución del CC e invita a todas las organizaciones y a todos los obreros y soldados a preparar en todos sus aspectos y de la manera más esforzada la insurrección, y a apoyar el

centro creado a este efecto por el Comité Central; expresa, además, la plena seguridad de que el Comité Central y el Soviet indicarán oportunamente el momento propicio y los métodos más convenientes para la ofensiva.”

Zinoviev contesta a *Lenin* en lo que se refiere a la Revolución de Febrero. Dice: que estos dos meses no serán las páginas peores que figuren en la Historia de nuestro partido. Y propone el siguiente acuerdo:

“Sin aplazar los pasos aclaratorios y preparatorios, se acuerda declarar inadmisibles acciones de este género, entre tanto no se delibere con la fracción bolchevique del Congreso de los Soviets.”

Se procede a votar el acuerdo propuesto por el Cam. *Lenin*, tomando como base el acuerdo anterior. Votan en pro 20 y en contra 2; hay tres abstenciones. Se rechaza la enmienda del camarada *Miliutin*, en que se pide que se pongan las palabras “choque armado”. Se desecha la enmienda del camarada *Skripnik*, pidiendo que se supriman las palabras “plena seguridad, etc”. Se desecha asimismo la enmienda del Cam. *Fenigstein*, pidiendo que la palabra “ofensiva” se sustituya por la palabra “acción”.

El Cam. *Volodarski* propone que la proposición presentada por el Cam. *Zinoviev* se incorpore al acuerdo votado en forma de enmienda. La propuesta es desechada.

Se desecha la enmienda del Cam. *Fenigstein* formulada así: “La central, compuesta por el Comité ejecutivo y el Comité militar.”

Puesta a la votación la totalidad votan a favor 19, en contra 2 y se abstienen 4!

Proposiciones del Cam. *Zinoviev*: en pro 6, en contra 15; 3 abstenciones.

El Comité Central se reúne a deliberar por separado y vota el siguiente acuerdo: El CC organiza una dirección revolucionaria

rio-militar, compuesta por las siguientes personas:

Sverdlov, Stalin, Buvnov, Uritski y Dzer-

zhinki. Esta dirección se incorpora al Comité revolucionario de los Soviets.

Archivo del CC

* * *

Lenin vuelve a triunfar en esta reunión. El CC apoya la insurrección. Pero no terminaba aquí la polémica. Al día siguiente, 17 de octubre, el periódico de Gorki hacía referencia a "una hoja manuscrita firmada por bolcheviques notorios que se pronuncian contra la insurrección". Por supuesto, se referían a la carta de Zinoviev y Kamenev del día 11. Por ello Kamenev dirigió a dicho periódico una carta —que fue publica-

da— en la que explicaba abiertamente cuál era su posición y cuál la de la mayoría del CC.

La publicación de esta carta fue una demostración al gobierno de que, en efecto, el rumor de que "los bolcheviques preparaban algo" tenía un fundamento.

Cuando Lenin se enteró de esto, respondió airadamente:

CARTA A LOS MIEMBROS DEL PARTIDO BOLCHEVIQUE

Camaradas:

Aún no he podido ver los periódicos petrogradenses del miércoles, 18 de octubre. Cuando me comunicaron por teléfono el texto completo de la declaración de Kamenev y Zinoviev, publicada en el periódico sin partido *Nóvaia Zhisn*, me resistí a creerlo. Pero se ha demostrado que no hay lugar a dudas, y no tengo más remedio que aprovechar una ocasión que se me ofrece para hacer llegar esta carta a los camaradas del partido antes del jueves por la noche o el viernes por la mañana, pues sería un crimen guardar silencio ante el hecho de un acto tan escandaloso de *esquirolaje*.

Cuanto más grave es el problema práctico y más responsables y «prominentes» los hombres que cometen el acto de *esquirolaje*, más peligroso es éste, más enérgicamente hay que expulsar a los *esquirolas*, más imperdonable sería cualquier vacilación, inspirada, por ejemplo, en los antiguos méritos de los *rompehuelgas*.

Fijémonos en el asunto. Todos los militantes saben que el partido viene discutiendo del problema del alzamiento desde el mes de septiembre. Nadie ha sabido nada de que los mentados camaradas hayan lanzado una sola carta ni un solo manifiesto. Y hoy, en vísperas del Congreso de los Soviets, por decirlo así, dos bolcheviques dirigentes se alzan *contra* la mayoría y, por supuesto, *contra* el CC. Pero no lo dicen abiertamente, con el cual el daño inferido a la causa es todavía mayor, pues no hay nada más peligroso que hablar con insinuaciones.

Del texto de la declaración de Kamenev y Zinoviev se deduce clarísimamente que son contrarios al CC, pues de otro modo su declaración carecería de sentido. Pero no dicen *contra* qué acuerdo del CC luchan.

¿Por qué?

La cosa es clara: porque el CC no ha publicado ese acuerdo.

¿Cuál es, pues, la situación?

En vísperas del día crítico, 20 de octubre, dos «bolcheviques dirigentes» ante un pro-

blema polémico de la más alta importancia, atacan un acuerdo no publicado de la central del partido. Más aún, ¡en un periódico que ante la cuestión de que *se trata se da la mano con la burguesía frente al partido obrero!*

Este proceder es en verdad mil veces más vil y millones de veces más funesto de lo que fueron, por ejemplo, todas aquellas campañas de Plejanov en la prensa ajena al partido, durante los años de 1906 y 1907, campaña que el partido ha condenado con tanta dureza. Pues al fin y al cabo, entonces sólo se trataba de elecciones, y hoy se trata del alzamiento encaminado a la conquista del Poder.

Dado el asunto de que se trata y *después* de haber habido acuerdo del órgano central, ¿cabe conducta más traidora, esquirolaje mayor que descolgarse atacando ante los Rodzianko y los Kerensky, en un periódico fuera del partido, este acuerdo *no publicado*?

Me consideraría deshonrado si, por guardar miramientos a las estrechas relaciones que en otro tiempo me unieron a estos camaradas vacilase en condenarlos. No me recato para decir que he dejado de considerarlos como camaradas y que lucharé con todas mis fuerzas tanto en el Congreso del Partido como en el CC, por conseguir su expulsión del partido.

Un partido obrero a quien la realidad coloca con tanta frecuencia ante el trance del alzamiento, no podrá resolver jamás este difícil problema si tolera que los acuerdos secretos de su órgano central sean combatidos, después de votados, en la prensa ajena al partido y que en las filas de sus militantes se deslicen las vacilaciones y el caos.

Los señores Zinoviev y Kamenev pueden, si quieren, irse a fundar un partido con la docena de gentes que han perdido la ca-

beza o con los candidatos a la Constituyente. Los obreros no pertenecerán jamás a un partido cuya primera consigna será siempre ésta:

“A los miembros del CC que en la sesión del CC hayan sido derrotados en el problema de la lucha decisiva, les está permitido atacar en la prensa ajena al partido los acuerdos secretos de aquél.”

Funden, si quieren, ese partido, en el cual nuestro partido obrero blochevique ganará más que perderá.

Cuando se publiquen todos los documentos, resaltará todavía con mayor claridad el acto de esquirolaje cometido por Zinoviev y Kamenev. Por el momento, que los obreros contesten a esta pregunta:

Supongamos que la dirección de la Liga sindical de toda Rusia, después de todo un mes de deliberaciones, hubiese acordado, por una mayoría de 80%, preparar una huelga, pero sin publicar nada, provisionalmente, acerca del momento ni de otras circunstancias. Supongamos que dos miembros, bajo el pretexto de profesar una “opinión propia”, no sólo agitasen por escrito cerca de los grupos locales pidiendo la revisión del acuerdo, *después* de votado, sino que autorizasen, además, la publicación de sus cartas en la prensa de *fuera* del partido; supongamos, finalmente, que llegasen incluso a atacar el acuerdo, a pesar de no estar todavía publicado en la prensa ajena al partido, que recargasen la huelga de tintas negras ante los ojos de los capitalistas.

¿Vacilarían los obreros en expulsar de sus filas a esos esquiroles?

Por lo que se refiere a la cuestión del alzamiento, ahora, cuando está tan cerca el 20 de octubre, no puedo saber, desde lejos, hasta qué punto contribuiría este acto de esquirolaje en la prensa de fuera del partido a echar a perder la cosa. El daño práctico causado es muy grande, sin duda.

Y para repararlo, lo primero es restaurar la unidad del frente bolchevique, expulsando a los esquirolas.

La pobreza de los argumentos ideales que se aducen contra el alzamiento se nos revela con tanta mayor claridad cuanto más a la luz del día los sacamos. Uno de estos días he enviado al "Rabochi-Put" un artículo acerca de esto, y si la redacción del periódico no cree posible publicarlo, seguramente que los miembros del partido lo podrán leer en el original.

Estos que podemos llamar "argumentos ideales" pueden reducirse a dos. Primero: esperar a la Constituyente. Esperemos. Seguramente que esperaremos. A esto se reduce todo el argumento. Seguramente que podremos esperar, a pesar del hambre, a pesar del desastre, a pesar de que ya se ha agotado la paciencia de los obreros, a pesar de los manejos de Rodzianko para entregar Petrogrado a los alemanes.

"Seguramente" y "tal vez": a eso se reduce toda la fuerza del argumento.

Segundo: un pesimismo histérico. Lo de la burguesía y lo de Kerensky es todo magnífico, lo nuestro todo malo. Los capitalistas lo tienen todo preparado de un modo maravilloso, los obreros lo tienen todo mal preparado. Los "pesimistas" respecto al aspecto militar del asunto gritan a voz en cuello; en cambio, los "optimistas" callan, pues sólo los esquirolas son capaces de descubrir ciertas cosas a Rodzianko y Kerensky.

Tiempos difíciles. Un problema difícil, Una dura traición.

Y a pesar de todo, el problema se resolverá, los obreros se unirán como un solo hombre, la sublevación campesina y la impaciencia extrema de los soldados en el frente harán lo suyo. ¡Apretemos nuestras filas: el proletariado vencerá!

N. Lenin

* * *

A pesar de la traición, el alzamiento se llevó a cabo, no el día 20; como se tenía previsto, sino unos días después cuando el 24 de octubre por la noche estalló la insurrección. Esta polémica fue, sin duda, una de las

batallas que más influjo han tenido en el desarrollo de la historia contemporánea. Al ser llevada a la práctica la tesis leninista de la insurrección se abrió para la humanidad una nueva época: la del socialismo.



STANISLAS PESTKOVSKY, Primer Embajador de la URSS en México. Arribó a esta ciudad el 31 de octubre de 1924. Nuestro país fue la primera nación del Continente Americano que reconoció al gobierno soviético.

UNA CARTA DE N. K. KRUPSKAYA A LOS OBREROS Y CAMPESINOS DE MEXICO Y A "EL MACHETE"

**"SIN VICTIMAS Y SIN MARTIRES NO HAY LUCHA,
Y SIN LUCHA NO HAY VICTORIA"**

N. K. Krúpskaya, la mujer que compartiera con Lenin los sufrimientos y las alegrías de la vida revolucionaria, y que hoy desempeña una importantísima labor en el ramo educacional de la República obrera y campesina, como encargada de los jardines de niños y del movimiento de los Pioneros Rojos, envía por conducto de El Machete la siguiente carta a los trabajadores de México:

Desde el país donde los trabajadores han hecho su victoriosa Revolución proletaria y ahora están construyendo su vida nueva, sin explotaciones y sin yugos, sin esclavos y sin amos, levantando el nunca visto edificio del Comunismo, os mandó a vosotros mi fraternal saludo, queridos compañeros y hermanos!

Es muy difícil vuestra lucha; son muchas las víctimas que tiene en su camino, pero sin víctimas y sin mártires no hay lucha, y sin lucha no hay victoria. Para esa lucha contáis con la guía del faro que arroja su luz sobre todos los países donde hay explotados y oprimidos. Este faro es la URSS, que es la patria de todos los trabajadores, su fortaleza invencible, erigida bajo la dirección de nuestro gran líder y maestro, el camarada Lenin, que se quemó en la lucha y consagró su cerebro y toda la sangre de sus venas a la obra de la clase trabajadora. Pero nosotros hemos heredado su grandiosa enseñanza, que todavía durante muchos años nos ayudará a encontrar el verdadero camino y a buscar la táctica justa en la lucha social. Y en el lugar

de Lenin cada día se levanta un mayor contingente de luchadores dispuestos a concluir su obra, a luchar por el Comunismo. Este ejército se levanta en todos los países del mundo, cada vez más poderoso y formidable, y no hay fuerza capaz de detenerlo en su marcha en el camino de la lucha por el triunfo del Comunismo en todo el planeta.

¡Siempre animosos y valientes en la lucha, queridos compañeros! Que cada uno de vosotros contribuya con su parte a la obra común, que en ello estriba la mayor felicidad que puede existir en el mundo. Y como para poder dar más a los demás se necesita que uno mismo tenga más, es preciso estudiar, hacerse comunistas conscientes.

En nuestra Unión Soviética cada trabajador contribuye a la empresa común, cada quien con lo que puede. En esta faena no emplean solamente la hoz y el martillo; como arma poderosa en la lucha contra las viejas costumbres, contra la flojera y la apatía les sirve también la pluma. Por medio de la prensa de los trabajadores, cientos de miles de obreros y campesinos sostienen una fuerte lucha para establecer un nuevo régimen, criticando lo que no sirve y mostrando lo que hay de bueno. Gracias a ellos, a los corresponsales obreros y campesinos, es poderosa nuestra prensa. Esos camaradas sirven fielmente a nuestro Partido y a la obra de la edificación social, estando siempre listos y vigilando su progreso.

A nombre de ellos mando un saludo a la Redacción, a los colaboradores y a todos los corresponsales obreros y campesinos de EL MACHETE. Y con el saludo mi deseo de que progresen y engrosen sus filas y de que los obreros y campesinos de México sostengan siempre su propia prensa, llamando a la lucha nuevas capas de trabajadores de la ciudad y del campo. Y en los momentos difíciles, que se acuerden de que no están solos, que en todos los países del mundo se sostiene la misma lucha que nos acerca cada vez más a la victoria.

Vuestra delegación nos ha hablado mucho de vuestra importante lucha, de vuestra heroica labor, y deseamos mantener en lo sucesivo relaciones con

vosotros, aunque sea por medio de correspondencia. Escribidnos cómo luchan los obreros y campesinos pobres de México; nosotros os hablaremos en nuestras cartas de la vida y de la construcción de la Unión Soviética. Esto servirá para estrechar más los lazos que unen a los trabajadores y coordinar nuestra lucha y nuestra común tarea.

Mi corazón está con vosotros, camaradas.

N. K. Krúpskaya.

Moscú, septiembre de 1928.

NUESTRO CONSEJEROS



Mauricio Swadesh

(1909-1967)

Historia y Sociedad se une al dolor de científicos y humanistas por la muerte de un destacado y honesto hombre de ciencia al que tuvo el honor de contar entre sus consejeros y de tener como amigo y colaborador. El lugar que ocupó el Dr. Mauricio Swadesh, su consejo y su participación, no son menos insustituibles en nuestro pequeño grupo que en la más amplia esfera intelectual, privada ahora de un vigoroso creador fallecido en el auge de su producción, el 20 de julio último.

Mauricio Swadesh nació en 1909 en Holyoke, Massachusetts. Hizo la maestría en lingüística en la Universidad de Columbia y el doctorado en la universidad de Yale. Muy joven obtuvo grados y distinciones académicas, inició su producción y se destacó entre sus colegas por su gran capacidad de trabajo y su originalidad en las concepciones que habría de fundamentar más tarde para llegar a provocar una revolución en su campo. En ese entonces desarrolla también una intensa actividad política que vio truncada, pero cuya línea limpia y segura, que le costó varios encuentros penosos con el macartismo, no habría de abandonar nunca. Más tarde hizo estudios de antropología y completó así la formación que

le permitía dar a la lingüística un enfoque social y dominar en toda su extensión su especialidad ampliada al máximo. Su concepto del lenguaje es tan comprensivo que le impide abstraerlo de la problemática social. Así, en su enorme bibliografía se encuentran trabajos que abordan al lenguaje por todos los caminos posibles; están las obras descriptivas, notables por su precisión y claridad, que nunca dejó de realizar, ya que, además de su utilidad, lo mantenían en contacto con las manifestaciones vivas del lenguaje. El conocimiento de un gran número de lenguas fue además una ayuda para la elaboración de leyes de evolución de las lenguas mediante su comparación, y para sus trabajos metodológicos, en donde creó el método llamado *glotocronología léxico-estadística*, que permite establecer el grado de separación temporal entre lenguas del mismo origen y determinar normas de clasificación genética de las lenguas. Elaboró además una teoría del origen del lenguaje y la diversificación de las lenguas. Estas obras teóricas, cuidadosamente desprovistas de términos esotéricos, están destinadas a un público amplio, guiadas por el principio de que la teoría no es privilegio de los especialistas, y tienen igual acceso a ellas científicos y legos. El lenguaje como instrumento sujeto a un perfeccionamiento continuo ocupó gran parte de su producción; elaboró sistemas de enseñanza —él mismo nunca dejó de ser maestro—, y proyectos de alfabetización que lo adentraron, viviendo en México, en el problema de nuestra población indígena.

Este es a grandes rasgos el carácter de su obra. Igualmente impresionante es para nosotros el recuerdo de la persona, pese al poco contacto que tuvimos con ella; del genio distraído, que con su presencia sencilla e ingenua crea el ambiente de confianza abierta a la sugerencia más práctica que su brillante sentido común siempre tenía para proponer; del hombre reposado, juvenil y bonachón, el enemigo de las "reflexiones maduras", entusiasta de la huelga estudiantil que mereció de él una calurosa defensa en "La huelga estudiantil a través de unas ventanas" (*Historia y Sociedad*, 5, suplemento). Esta es la imagen que imprimió Mauricio Swadesh a las reuniones de *Historia y Sociedad*, la del hombre que transmitía su honestidad a todos sus actos y que sabía contagiar su entusiasmo y su profundo sentido humano a todo el que se le acercaba.



¡LAS CASAS HA MUERTO! (por fortuna): ¡VIVA LAS CASAS!

El cuarto centenario de la muerte de Fray Bartolomé de Las Casas (1966), motivó que la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla, en colaboración con la Dirección General de Enseñanza Universitaria, la de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores y el Instituto de Cultura Hispánica, organizara una Semana de simposios y conferencias con la participación de diversos investigadores entre quienes se hallaron los autores del volumen que comentamos. Fruto de esa Semana de Estudios Lascasianos es esta obra tirada en sólo 500 ejemplares y, como nos lo informa Morales Padrón en su *Introducción*, una "Breve Biografía" del dominico, elaborada por Giménez Fernández —no incluida en el libro-homenaje—, una medalla conmemorativa y una lápida que se ha fijado en la actual iglesia de la Magdalena, en la que Las Casas fue consagrado obispo.

* ESTUDIOS LASCASIANOS, por F. Morales Padrón, L. Hanke, G. Lohmann V., M. M. Martínez, V. Diego Carro, R. Marcus, M. Luengo M., P. Ojer, C. S. de Santa María, J. Gil-Bermejo G., A. Cioranescu, E. Fernández M. y M. Giménez F. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla. Escuela de Estudios Hispano-americanos, Sevilla, 1966 (XVI+ 482 págs.).

La personalidad, la obra y la trascendencia histórica del gran dominico que mereciera el título de Protector Universal de los Indios, han sido siempre motivo de polémicas en las que no pocas veces se han mantenido posiciones irreconciliables; nada más comprensible: Las Casas fue un luchador político cuyas ideas y cuyas conclusiones actualmente, en más de un lugar de este mundo convulsionado por las luchas de liberación de los pueblos colonizados, resultarían subversivas. Más aún que un simple luchador político, Las Casas fue un visionario político de las más profundas convicciones revolucionarias (véase su Memorial al Consejo de Indias fechado, según García Icazbalceta, entre 1562 y 1563, que recientemente, también en un volumen de homenaje a Las Casas, reprodujera nuestra revista en su número 5); como tal revolucionario, Fray Bartolomé se adelantó en mucho a su tiempo y quizá en la hora actual sus posiciones del siglo xvi estarían entre las más avanzadas. Personalidades y obras como las de Las Casas tienen dos tipos de enemigos: quienes las combaten ardorosamente y quienes, adoptándolas en parte y exaltándolas con no menos ardor, hacen que se olvide lo fundamental y se rindan eruditos homenajes a lo menos trascendente, nada mejor que institucionalizar a los revolucionarios y a las revoluciones para acabar con ellos.

* * *

En la obra que produjo la Semana de Estudios Lascasianos, nos enfrentamos a la institución Fray Bartolomé de Las Casas, a un Las Casas cada vez más institucionalizado en obras eruditas, medallas, biografías, lápidas y simposios internacionales. Véase si no:

La *Introducción*, de Francisco Morales Padrón, intitulada *Sevilla y Las Casas* (págs. XI-XV), está encaminada a demostrar cómo Sevilla produjo "... una pléyade de hombres que tiñeron de sevillanismo el mapa americano". Una larga lista de descubridores, conquistadores, cronistas, científicos, escritores, gobernantes y religiosos, "... fueron los que hicieron realidad la historia de España en América". "Tal ciudad para tal hombre", nos dice Morales Padrón, reconociendo que el florecimiento de Sevilla fue posible porque "Los caudales de América permitían ese auge... económico que hoy constituye lo mejor de la ciudad". En otras palabras, la puerta de entrada del saqueo americano, daba salida a los "... autores de la extraordinaria empresa militar y política..." y a los "... conquistadores de las Indias del Cielo", los que, como Las Casas, "... impusieron el imperio de los preceptos del cristianismo como guía en las relaciones entre los hombres". Morales Padrón, en párrafos ambiguos y con vagas referencias a lo que sin duda es importante, pero no fundamental en la obra del dominico, señala que "... su doctrina cobra una tremenda actualidad a la luz de escritos y acontecimientos internacionales contemporáneos", que este "español de América, americano de España" (Fray Bartolomé sin duda sabría perdonar tratamiento tan cursi y demagógico), fue "... el primero en planificar socialmente y en hablar de economía dirigida..., creador de utopías", antecesor de Bacon y de Campanella. Afirmar además, sin dejar de referirse al utopismo de Las Casas, que esa "reacción contra la sociedad... le permitió lograr que sus doctrinas prevalecieran en el texto de las leyes". No se equivoca el autor de la *Introducción*: mientras Fray Bartolo-

mé fue un utopista, su pensamiento fue transformado en esas magníficas leyes que jamás se cumplieron y que hoy tanto ayudan a sostener la sepultura institucional de aquel otro Las Casas cuya rebelión se tradujo en el Memorial que ya hemos citado y al que en las casi 500 páginas de este libro no se hace la menor referencia. Cuando, siguiendo adelante con su chauvinismo provinciano y trasnochado, Morales Padrón nos dice que "En esta tradición sevillana de sostener que todos los hombres son iguales ante Dios, y que el cristianismo, sin tener en cuenta condiciones, es responsable del bienestar de sus semejantes, se inserta Bartolomé de Las Casas"; cuando afirma que su doctrina es actual y cuando pone en paralelo a Fray Bartolomé con "... los Católicos Reyes, el emperador Carlos y todos los grandes descubridores, conquistadores y primeros gobernantes...", señalando que Las Casas, como ellos, fue "... actor y testigo de aquella expansión... que sirvió para poner las bases de esa otra etapa que principiaba cuando él desaparecía", ya que "... se nos (!) moría... en pleno comienzo de la hegemonía de España", se olvida cuidadosamente de mencionar que el obispo de Chiapas había escrito con toda claridad que "... TODAS LAS GUERRAS QUE LLAMARON CONQUISTAS FUERON Y SON INJUSTÍSIMAS Y DE PROPIOS TIRANOS..., QUE TODOS LOS REINOS Y SEÑORÍOS DE LAS INDIAS TENEMOS USURPADOS..., QUE LAS ENCOMIENDAS O REPARTIMIENTOS DE INDIOS SON INIQUÍSIMOS, Y DE PERSE MALOS, Y ASÍ TIRÁNICAS, Y LA TAL GOBERNACIÓN TIRÁNICA..., QUE TODOS LOS QUE LAS DAN PECAN MORTALMENTE Y LOS QUE LAS TIENEN ESTÁN SIEMPRE EN PECADO MORTAL..., QUE EL REY NUESTRO SEÑOR, QUE DIOS PROSPERE Y GUARDE, CON TODO CUANTO PODER DIOS LE DIO, NO PUEDE JUSTIFICAR LAS GUERRAS Y ROBOS HECHOS A ESTAS GENTES, NI LOS DICHS REPARTIMIENTOS O ENCOMIENDAS, MÁS QUE JUSTIFICAR LAS GUERRAS Y ROBOS QUE HACEN LOS TURCOS AL PUEBLO CRISTIANO..., QUE LAS GENTES NATURALES DE TODAS LAS PARTES Y CUALQUIERA DELLAS DONDE HABEMOS ENTRADO EN LAS INDIAS TIENEN DERECHO ADQUIRIDO DE HACERNOS

GUERRA JUSTÍSIMA Y RAERNOS DE LA HAZ DE LA TIERRA, Y ESTE DERECHO LES DURARÁ HASTA EL DÍA DEL JUICIO...” (véase, de J. García Icazbalceta, *Colección de Documentos para la Historia de México*, tomo II; de A. Yáñez, *Doctrina* (págs. 157-162); *Historia y Sociedad*, N.º. 5, 1966, pág. 1).

Fray Bartolomé fue actor y testigo de la expansión que puso las bases de la colonización y la explotación más detestables en América; pero su actuación y su testimonio fueron muy diferentes de los que, de manera por demás vaga, trata de esquematizar-nos Morales Padrón, rodeándolos de una Sevilla acartonada que, en su opinión, existió sólo para producir grandes españoles, los que, a su vez, sólo vivieron para que cuatrocientos años después de muertos, nuevos españoles de mentalidad providencialista y provinciana exalten a la conquista y les hagan homenajes de Introducciones vacuas.

Si bien esa introducción, producto más de la formalidad que de la investigación, da una pobre portada a la obra, ésta ofrece un contenido algo más rico en análisis y documentación; no siempre concordamos con los primeros, pero agradecemos la segunda aun cuando el conjunto de la obra nos deja insatisfechos porque su autores soslayan esa parte del legado de Las Casas que nosotros, como se expresara en el Editorial del número de esta revista dedicado al dominico, consideramos como la más importante y de la que casi nadie se ha ocupado hasta hoy como precisa.

* * *

Lewis Hanke, el lascasista de mayor prestigio por lo invaluable de sus aportaciones, nos presenta un ensayo sobre *La Fama de Bartolomé de Las Casas, 1566-2066* (págs. 1-19). El autor comienza recordando la muerte de Fray Bartolomé y reproduce las palabras de Gabriel de Cepeda, según quien el dominico "... estando con la candela para partir de este mundo, protestó que quanto avia hecho en esta parte tenía entendido ser verdad, y quedava corto al referir las

causas que le obligaron al empeño"; menciona su testamento y pasa a recordarnos que la muerte del obispo de Chiapas no ocasionó ningún homenaje del que se tenga noticia, que ni en 1666, ni en 1766, hubo homenajes a su memoria, y que la iniciativa del historiador cubano José Antonio Saco encaminada a que en 1865 se iniciara la edición crítica de la *Historia de las Indias*, sólo tuvo un éxito parcial. 1966 ("¿Cómo han cambiado los tiempos!", dice Hanke), ha visto varios homenajes y múltiples publicaciones que enumera para después preguntarse "¿A qué debe atribuirse esto?" La respuesta que halla más convincente se refiere precisamente a la personalidad política de Las Casas, que a través de los siglos trajo mala fama al poderío español y fue utilizada en su contra; el renombre actual del dominico, por otra parte, se ha expandido según Hanke, porque nuestro siglo se asemeja al XVI en los problemas y conflictos que ocasiona el contacto entre pueblos y hombres diferentes. Si Hanke mencionara el número 5 de nuestra revista, tendría que reconocer que hoy Las Casas es actual, porque en América Latina, en Africa y en Asia se ejerce el derecho que los colonizados tendrán "hasta el día del juicio".

Acto seguido, Hanke analiza la fama de Las Casas en el correr del tiempo y nos habla del interés por el conocimiento de las culturas ajenas, interés que en primer lugar tuvieron, nos dice, los españoles, si bien no todos condenaron lo que vieron de su propia cultura como lo condenó Las Casas, y si bien pocos fueron los interesados desde un punto de vista estrictamente académico. Recuerda también que la igualdad entre los hombres, proclamada por Las Casas y por la cual tanto luchó, fue incluida cuatro siglos después de la polémica entre el dominico y Sepúlveda, en la Declaración Universal de los Derechos Humanos y reconocida por el Concilio Vaticano II. Pero, reconoce Hanke, "... no todo se soluciona con proclamas... Las Casas fue quien durante la conquista de América dio el ejemplo más dramático de aquel viejo refrán espa-

fiol: A Dios rogando y con el mazo dando". Desgraciadamente, Hanke no se detiene en este trabajo suyo a explicar cómo dio con el mazo el Jerarca de Chiapas y Obispo del Señor; prefiere finalizar preguntándose qué sucederá en 2066, y se responde que "Si los hombres no se han destruido con bombas nucleares, Las Casas y su doctrina serán seguramente más importantes que nunca..." Desafortunadamente, Hanke parece referirse sólo a la polémica de la igualdad entre los hombres y no a la lucha que el conjunto de la doctrina lascasiana impone y que hoy llevan a la realidad (dando con el mazo) los verdaderos herederos de Fray Bartolomé. Para Hanke, quizá en el siglo XXI, o antes, ya habrá un monumento a Las Casas en Sevilla, con lo que lo reconocerá España como hijo propio, "... como verdadero español —de carácter difícil y dogmático pero un gran hombre—; defensor de grandes causas en la época más gloriosa de España. Acaso también los mejicanos erigirán una estatua a Cortés en acto simbólico de reconocimiento de la obra de España en América."

Si la doctrina y la vida de Fray Bartolomé reducen en el siglo venidero su trascendencia a la erección de dos estatuas —corolario de toda institucionalización—, habremos acabado de enterrar en vacuidades 92 años de vida agitada y de lucha. Y no sólo eso: ¿no basta con la estatua de Pizarro y con su portentosa tumba en Lima?; ¿es preciso que los americanos sigamos destruyendo la memoria del primero que proclamó el derecho a nuestra independencia, paralelizándolo con la imagen de toda oposición a sus ideas y a su brega? Hanke nos merece todo el respeto del erudito que tanta luz ha arrojado sobre la vida y la obra de Las Casas, pero ante la posición que expone, nos parece obvio que sus dos últimos párrafos, llenos de hermosas frases sobre la fraternidad humana y sobre el "reluciente esplendor" de los "... ideales que algunos españoles —especialmente Las Casas— trataron de poner en práctica al descubrir el Nuevo Mundo...", resultan igualmente va-

cuas y nos retratan al erudito que hasta el ejemplo de sus primeros años utópicos, ahora sólo ha podido aprender del dominico

* * *

Guillermo Lohmann Villena ofrece un nutrido estudio (págs. 21-89), titulado *La Restitución por Conquistadores y Encomendados: Un Aspecto de la Incidencia Lascasiana en el Perú*, y advierte que el tema de las relaciones entre el dominico y Perú merecería un grueso volumen. El autor aspira a poner en evidencia la acogida y la penetración que tuviera en ese país la aplicación estricta de las normas cristianas de la restitución de lo injustamente adquirido, "... uno de los principios vertebrales del ideario lascasiano". (En efecto, en el Memorial citado, Fray Bartolomé decía también: "... QUE TODO CUANTO ORO Y PLATA Y OTRAS RIQUEZAS QUE HAN VENIDO A ESPAÑA, Y EN LAS INDIAS SE TRATA ENTRE NUESTROS ESPAÑOLES, MUY POQUITO SACADO, ES TODO ROBADO; DIGO POQUITO SACADO POR LO QUE SEA QUIZÁ DE LAS ISLAS Y PARTES QUE YA HEMOS DESPOBLADO...; QUE SI NO LO RESTITUYEN LOS QUE LO HAN ROBADO Y HOY ROBAN POR CONQUISTAS Y POR REPARTIMIENTOS O ENCOMIENDAS Y LOS QUE DELLO PARTICIPAN, NO PODRÁN SALVARSE").

Lohmann analiza el valor de los documentos que utilizó y en seguida, al hablar del significado último de los actos de restitución, afirma: "interesa dejar puntualizado sin reservas que no pretendemos que (*sus*) páginas se consideren como una contribución a la «leyenda dorada», de la acción de los conquistadores", por lo que deliberadamente prescindió de los incontables datos sobre legados y limosnas, ciñéndose sistemáticamente a enumerar los casos de restitución declaradamente protestados. Así pues, expone lo contenido en... los testamentos a través de los cuales "... queda de manifiesto cómo ni todos los conquistadores eran esos truhanes despiadados... sedientos de sangre y riquezas..., ni redomados hipócritas...", sino que hubo algunos que "... se perfilan sencillamente (*como*) cria-

turas imbuidas en un innato sentido jurídico y tachonadas de firmes normas éticas, que en la coyuntura de solicitar el consuelo de los últimos sacramentos..., escuchan el imperativo de la conciencia y devuelven a los indios lo que acaso por un exceso de escrúpulo reputan por indebidamente retenido". Es notable, sin embargo, que sólo se trate de testamentos.

Lohmann expone las modalidades iniciales en los casos de restitución, en los que se habla de "descargos de conciencia" y de soltería sin descendencia por parte de los restitutores. Se refiere luego a las resonancias lascasianas en Perú, mencionando en primer término la imitación del vocabulario que circulaba en los escritos del fraile y la Relación sobre daños ocasionados por la conquista, que escribiera el clérigo Bartolomé de Segovia, en cuyas páginas se "... ostenta el sello de las actas de acusación de la escuela lascasiana", y terminando por el testamento del cronista Cieza de León, en el que éste se arrepiente, expresa dudas y encarga la restitución de lo que resultare en cargo de los aborígenes del Nuevo Mundo". Habla Lohmann después de algunos preclaros prosélitos de Las Casas en el virreinato peruano, iniciando su lista con el que fuera colaborador de Fray Bartolomé en La Española, Fr. Tomás de San Martín, y con Fr. Domingo de Santo Tomás Navarrete, "... el adalid más señalado y famoso..., sevillano como Las Casas y de la misma orden religiosa, e identificado con él en la acción", quien, dato curioso, fue el que dio el nombre de *quechua* a la lengua que los indios siempre han denominado *runa simi*; Navarrete suscribió con Las Casas un memorial en que mejoraban la tentadora oferta formulada por los encomenderos para que se les dispensara la perpetuidad. Más adelante, habla Lohmann de los escrúpulos de conciencia de los restitutores, nos da algunos "ejemplos edificantes", y se detiene en los Avisos Breves del arzobispo Loaysa, en los que el prelado, en 1560, declara con énfasis que los conquistadores no podrían recibir los sacramentos si previamente

no indemnizaban con justicia a quienes "... les había cabido en concepto de presas de guerra, a fin de aplicar su importe a obras de caridad". Analiza luego la eficacia de las instrucciones recibidas por los confesores, con lo que se repiten los datos sobre restituciones testamentarias; vuelve en seguida sobre algunos testimonios patentes del influjo lascasiano, sobre las nuevas oleadas de la ideología del dominico, sobre los debates doctrinarios en torno a la cuestión, y sobre la controversia para justificar la guerra de Chile. Lohmann no escatima la documentación en cada párrafo, lo que da indudable valor a su trabajo. En pasajes no menos documentados, nos habla de los epígonos del impacto lascasiano y de la cuestión moral enfrentada por el virrey Toledo. Bajo el subtítulo de "Una convicción que no caduca", Lohmann se refiere a la caducación del imperativo de la restitución exclusiva de los frutos adquiridos ilícitamente durante la conquista, imperativo que se perpetuó en la usanza filantrópica de exonerar a los feudatarios del monto de los tributos que no hubiesen podido cubrir. No nos dice, sin embargo, que Las Casas haya luchado por instituir la limosna que lava conciencias y que se da, casi siempre, a la hora de formular testamento. Finalmente, hace referencia a Mancio Serra de Leguizamo, "un pícaro con fama póstuma", soldado que en su testamento queda como "... eco póstumo de Las Casas y antecesor de Rousseau": en su arrepentimiento sensible, nos relata Lohmann, Serra confiesa haber recibido partes de Cajamarca y el mismo Cuzco, y ante la imposibilidad de identificar a los desvalijados, recurre a la bula de composición. Serra, dos semanas antes de suscribir el plañidero testamento en que encarga a sus albaceas que tomen por él la mencionada bula por cantidad de doce mil pesos, había dado poder a sus hijos para cobrar los tributos que los feudatarios de su repartimiento le adeudaban; además, tras estimar su deuda para con los indios en cincuenta mil pesos, se declaró insolvente.

¿Qué tiene que ver ese "pícaro" con Fray Bartolomé y con Rousseau?

Termina la exposición de supuestos seguidores de Las Casas, con la mención de los nombres de José de Acosta y Diego de Avendaño. He aquí las conclusiones de Lohmann ante tan ardua investigación de fuentes documentales: "Por un lado, las ideas-fuerza proclamadas por el ardoroso propagandista cayeron en buena tierra, como en la parábola evangélica, y dieron frutos sazonados, y por otra parte, esas mismas doctrinas, al suscitar en lo más profundo de la conciencia de aquellos españoles una nueva disposición de vida, tuvieron la virtud eximia de poner al descubierto al caballero cristiano que anidaba en el corazón de los conquistadores y los encomenderos." Conquistadores y encomenderos que fueron, sin duda, Don Quijotes de las Indias; y ello no obstante que Lohmann prometía no agregar nada a la "leyenda dorada" de la conquista.

* * *

Fray Manuel María Martínez, se refiere a *El Padre Las Casas, Promotor de la Evangelización de América* (págs. 91-108), trabajo en que aparece un Las Casas organizador de grupos de religiosos evangelizadores.

* * *

Otro voluminoso trabajo (págs. 109-246), va firmado por el padre Venancio Diego Carro y lleva por título *Los Postulados Teológico-Jurídicos de Bartolomé de Las Casas. Sus Aciertos, sus Olvidos y sus Fallos, ante los maestros Francisco de Vitoria y Domingo de Soto*. Diego Carro inicia este trabajo planteando cinco interrogantes: "¿Hay en el apostolado misionero y en las obras o escritos de Las Casas un sistema teológico-jurídico, más o menos perfecto, que le sirva de base en su defensa de los llamados indios del Nuevo Mundo? ¿Podemos incluir a Las Casas entre los defensores de la buena causa de España, que tiene por jefes indiscutibles al P. Montesinos y demás dominicos de la Española (1511) en el campo misional,

y a Francisco de Vitoria y a Domingo de Soto en el campo teológico-jurídico? ¿Se puede afirmar que Las Casas se ajusta siempre a los principios y al sistema teológico-jurídico de Vitoria y Soto? ¿Se puede afirmar que Las Casas es opuesto a Vitoria y Soto? ¿Dónde están los aciertos y los fallos de Las Casas, si los hay, bajo el punto de vista teológico-jurídico?" Preguntas fundamentales, según el autor, cuya respuesta acabará con la confusión creada en torno al dominico por la pasión de sus partidarios y enemigos: los primeros, para Diego Carro, sectarios antiespañoles que abusaron de los escritos de Las Casas después de su muerte, y bienintencionados los segundos, que reaccionaron explicable, pero injustamente ante las campañas de aquellos. A Las Casas, afirma el autor, hay que estudiarlo en su marco histórico, al que convierte en la figura y en la obra de Vitoria y Soto, "... maestros y jefes del Renacimiento Teológico-jurídico español del xvi...". a quienes Fray Bartolomé citara con elogio en sus *Opúsculos*. Nosotros pensamos que el marco histórico es otro y envuelve por igual a los tres dominicos que llegaron a las mismas conclusiones, académicamente Vitoria y Soto, políticamente Las Casas.

Expone pues Diego Carro, los postulados fundamentales de Vitoria y Soto, deteniéndose en la sepultura que en buena hora dio el primero a los "siete títulos falsos", y en el nacimiento de los "siete títulos legítimos"... , "... síntesis maravillosa de la verdadera Filosofía del Derecho y base indiscutible del Derecho Internacional, que proclama Vitoria como padre y fundador de esta rama de la ciencia jurídica".

En acertada síntesis y con continua referencia a otras obras suyas, algunas de veinte años atrás, que tratan del mismo tema, Diego Carro expone el pensamiento de los dos juristas teólogos. "... a Las Casas no le podemos pedir una exposición sistemática y ordenada como la ofrecida por Vitoria. El Protector de los Indios no es un profesional de la ciencia teológico-jurídica ni habla en un aula universitaria". Parece realmente, co-

mo lo afirma Diego Carro, que en este campo Fray Bartolomé fue un autodidacta. Pero además fue un misionero y un luchador político formado, como quiera que sea, en la doctrina de Santo Tomás que actualizaran e interpretaran tan brillantemente, *ex-cathedra*, los dos eruditos dominicos, y cuyo influjo sobre el obispo de Chiapas analiza también brillantemente Diego Carro. Por su formación, por su carácter y por su vocación, Fray Bartolomé no requería ni podía detenerse en la formulación académica y erudita de sus tesis: bastábale con su intuición revolucionaria, producto de las contradicciones que enfrentó en su vida, de las injusticias que contempló con rebeldía, y de la acción de resistencia que vio más de una vez en los pueblos a los que defendió.

Se detiene el autor en la forma en que La Casas enfrentó las controversias, en sus silencios, en sus aciertos y en sus leves fallas, para referirse más adelante a los postulados lascasianos en sus soluciones prácticas y analizar el ambiente que lo rodeó.

Finalmente, Diego Carro resume sus puntos de vista en dos series de conclusiones; en la primera se refiere a las fallas, olvidos, silencios y defectos de Fray Bartolomé:

"1. El peor y más visible defecto de Las Casas, lo vemos... en el modo de escribir y de expresarse, incluso cuando expone sus ideas. Si hubiera dicho lo mismo..., pero en forma menos violenta y absoluta..., bajaría el noventa por ciento de sus censuras... (*pero*) era demasiado español... para no ser demasiado claro y franco... (*además*) no era época de eufemismos... 2... es lícito admitir sus equivocaciones numéricas al hablarnos de la población indígena y de los indios muertos por causas diversas, como se equivocará... en las mil noticias geográficas, históricas y costumbristas... Pero seamos justos: ¿Qué historiador de su época no se equivoca...? Por eso no decimos que Las Casas mienta...; no fue superado por los otros historiadores de su tiempo en cuanto a veracidad y riqueza de noticias... Su amor a los indios... le lleva a atenuar sus defectos..., por eso no habla de la es-

clavitud existente entre ellos ni de las tiranías de sus príncipes... 3... (*recuérdese el olvido*) que se refiere a los deberes de los indios respecto de los españoles y de todos los hombres... 4... el olvido principal... lo vemos en su silencio sobre el primer título legítimo señalado por Vitoria, que se funda en la sociabilidad natural entre todos los hombres... (*pero*) Los adversarios de Las Casas no argumentaban por ese camino... Además..., no podía tener, ni tenía, la amplitud de visión de los Vitorias y los Sotos... Por eso no vio el origen natural y humano de los derechos españoles y todo lo ve a través del Papado y las Bulas. 5. No encontramos en las obras y escritos de Las Casas verdaderos errores teológico-jurídicos...; pero sí pueden señalarse fallos y faltas de precisión al determinar el alcance del título segundo legítimo de Vitoria, que Las Casas utiliza a lo largo y a lo ancho de sus obras, y que se funda en la potestad espiritual del Papa... Son fallos y olvidos más de forma que de fondo algunas veces... En suma, sigue las rutas de los Vitorias y Sotos..., pero queda un tanto alejado de ellos al aplicarlo (*el título segundo*) y al inferir las consecuencias. 6... no vio Las Casas los fundamentos teológico-jurídicos del derecho de intervención bélica en defensa de los inocentes sacrificados a los dioses y tiranizados por sus propios príncipes, al olvidarse del título primero legítimo de Vitoria... Tampoco vio los fundamentos del derecho de emigración, que surge del primer título legítimo de Vitoria, aunque en la práctica lo reconoce, al menos en parte."

Advertimos, en esta primera serie de conclusiones, que Diego Carro justifica más que condena a Las Casas. Sus conclusiones 4 y 6, sin embargo, nos hacen plantear al autor un interrogante: La sociabilidad natural, los derechos de los españoles y en particular sus derechos de intervención bélica y de emigración, ¿no eran —como lo son hoy en día— derechos de intervención de conquista y de explotación? De una o de otra manera, los sacrificios de inocentes —exagerados, como se ha comprobado, por

quienes escriben la "leyenda negra" de la América prehispánica olvidando que Europa también tenía su Inquisición—, constituyeron elementos rituales de una estructura social que los españoles, ajenos por completo a ella, no podían juzgar ni entender, como no pueden entenderla muchos investigadores actuales; además, ¿quién daba el derecho de juzgar la medida de la tiranía de los príncipes indígenas, a quienes sufrían tiranías no muy diferentes y venían a imponer tiranías peores? Finalmente, el derecho de emigración que parece ignorar Las Casas, al ser practicado en su tiempo por los españoles, no era otra cosa que la conquista y la colonización.

Para finalizar su amplia exposición, Diego Carro nos expone una segunda serie de conclusiones, en la que enumera los aciertos teológico-jurídicos de Fray Bartolomé:

"1. Las Casas..., a pesar de los olvidos y fallos señalados, queda y se desenvuelve, bajo el punto de vista teológico-jurídico, dentro de la ruta de los Vitorias y Sotos, que es, a la postre, la del Doctor Angélico... 2. Acierta plenamente al poner en pie de igualdad, en cuanto a derechos, a los indios del Nuevo Mundo, al considerarlos dueños de sus tierras y haciendas, libres y con capacidad de tener príncipes legítimos... Acierta igualmente al reconocer la legitimidad de los príncipes indios... 3. Acierta plenamente... al rechazar todos los títulos falsos enumerados por Vitoria... 4. En cuanto a los siete títulos legítimos... Las Casas se desenvuelve principalmente por la vía espiritual y sobrenatural o divina... y lo hace con acierto en general... 5. La tesis de Las Casas sobre la evangelización pacífica ampliamente desenvuelta en todos sus escritos... ahí está el Concilio Vaticano II... 6. Al censurar Las Casas la conquista previa de las Indias, para facilitar la predicación y la conversión posterior de los indios, no hacía más que reflejar los principios más elementales de la Moral del Derecho y de la Ciencia Teológico-jurídica... 7. La concepción del gobierno de las Indias de Bartolomé de Las Casas, coordinando los

derechos de los indios y de los españoles... responde a un ideal tan cristiano y humano, y tan conforme con los principios de la Ciencia Teológico-jurídica, que no hay más remedio que admirarlo y aplaudirlo... Las Casas se adelantó con creces a su época y bajo este aspecto España superó la ideología medieval europea y esto es su mayor gloria... 8. Al defender Las Casas la libertad de los indios, y al condenar, con todas sus fuerzas, la esclavitud, no hizo más que aplicar los principios cristianos y el concepto cristiano del hombre, amén de los postulados fundamentales de la verdadera Ciencia Teológico-jurídica... 9. En consecuencia estuvo plenamente justificado el acuerdo del Congreso Internacional de Americanistas (*Sevilla, 1935*)... de unir el nombre de Bartolomé de Las Casas a los de Francisco de Vitoria y Domingo de Soto... como representantes auténticos del verdadero pensamiento español..."

* * *

Raymond Marcus nos habla en seguida de *La Transformación Literaria de Las Casas en Hispanoamérica* (págs. 247-265), trabajo en el que analiza la figura de Las Casas en la producción literaria latinoamericana. Inicia Marcus su recorrido con las *Elegías de Varones Ilustres de Indias*, de Juan Castellanos (1589), para continuar con el "lascasismo" de *La Araucana*. Nos habla más adelante de Remesal, primer biógrafo del dominico, y se refiere a la influencia de éste último en el Perú, citando a Lohmann. El siglo XVIII de la literatura hispanoamericana ignora a Las Casas, pero el francés Marmontel lo hace aparecer en *Los Incas*. Siguen luego la novela *Enriquillo*, de Galván, y *El Padre Las Casas*, de José Martí, para terminar con el XIX e iniciar el XX mencionando *El Conde de San Salvador* y las *Estancias de Gavidia*. Desfilan a continuación Neruda con el poema dedicado al dominico en su *Canto General*, Garrigó con su *Procayo*, en el que se basa la *Tragedia Indiana* de Baralt, Usigli con su *Corona de*

Luz, Asturias con su obra teatral *La Audiencia de los Confines* y Buenaventura con *Un Réquiem por el Padre Las Casas*.

Marcus analiza la figura de Las Casas en estas obras y concluye que el dominico ha venido imponiéndose como figura señera del panteón cultural hispanoamericano hasta convertirse en uno de los personajes predilectos de los escritores comprometidos; además, desde el siglo XVI hasta ahora, Fray Bartolomé aparece respaldado por la corona española y casi siempre, cuando es protagonista de una obra literaria, es porque el autor tiene la intención de encomiar el carácter positivo de la colonización.

* * *

Bartolomé de Las Casas y las Perlas del Mar Caribe, es el título del trabajo presentado por Manuel Luengo Muñoz (págs. 267-303), en que se habla del Las Casas anterior a su toma del hábito dominico, hasta que su fracaso al actuar en favor de los indios lucayos en Santo Domingo lo hizo ingresar a la orden.

* * *

El jesuita Pablo Ojer se ocupa de *La Política Indiana de Rodrigo de Navarrete, Escribano de Margarita e Informador de Las Casas* (págs. 305-327), personaje interesante poco tratado por los estudiosos, autor de una Relación en 1570 y a quien el autor considera como representante de un tipo español "muy generalizado" ("no de un teórico intelectual..., sino de un buen baquiano en materia de trato con nuestros indígenas orientales..."), que ni miraba al indígena como al buen salvaje ni como al perro indio.

Remesal, la Verapaz y Fray Bartolomé de Las Casas (págs. 329-349) es el título del trabajo presentado por el también jesuita Carmelo Sáenz de Santa María, autor de otro artículo escandaloso aparecido en la *Revista de Indias*, en el que Fray Bartolomé aparece enloquecido repentinamente en la Audiencia de los Confines. Sáenz de Santa María comienza disculpando errores de li-

notipista —errores que, como veremos más adelante, no quitan nada a su posición—, y de paso nos informa que el homenaje a Las Casas en el cuarto centenario de su muerte fue también homenaje a Manuel Giménez Fernández por su jubilación.

Sáenz nos habla de la Verapaz actual, mucho más pequeña que la que imaginó Las Casas y que fue conocida como Teculutlán. Sáenz hace la reseña de los grupos que radicaron en la zona y se ocupa de la evolución histórica de la misma; acto seguido entra en escena Fray Bartolomé. El autor analiza los afares utopistas de éste, su fracaso, la relación de Remesal y el papel que en ella tuvieron otros cronistas e informantes, y termina diciendo que la empresa "se pensó a tiempo, pero se realizó tarde... vivió más en los papeles que en el mundo de los hechos... y concretó los sueños pacifistas de Fray Bartolomé implantándose de tal manera en su psicología que le hizo incapaz de distinguir lo que había sucedido en la cronología universal, de lo que había sido idealización subjetiva". No cabe duda que el juicio es parcial y tendencioso. Es verdad que Fray Bartolomé fue en un principio utopista y que, como tal, estaba condenado al fracaso y fracasó. ¿De dónde saca Sáenz la locura repentina a la que se refiere reiteradamente? Que Fray Bartolomé no fue un loco, lo prueba el hecho de que pasó de la acción utópica a la acción política, pero de ese paso que sólo el análisis objetivo de la realidad podría permitirle, prefiera no ocuparse Sáenz. Su fracaso de la Verapaz no invalida la obra subsecuente del dominico y aunque el autor no lo afirme así en su trabajo, el tratamiento que da a Las Casas nos lo hace aparecer como una figura caprichosa, arrebatada y un tanto enajenada.

* * *

Juana Gil-Bermejo García se ocupa del tema *Fray Bartolomé de Las Casas y el "Quijote"* (págs. 351-361). Se trata de una comparación de un episodio relatado por Fray Bartolomé en su *Historia de las Indias*,

con la primera aventura que tiene Don Quijote cuando sale de la venta ya armado caballero; en ambos episodios hay un amo golpeando a un siervo, en ambos una intervención benévola logra interrumpir el castigo, y en ambos, ido el desfacedor de entuertos, continúa el amo maltratando al siervo. Se señalan además otros paralelos entre la obra de Cervantes y algunas frases y pasajes de la vida de Las Casas, sugiriendo que quizá el primero, si tuvo noticia de la obra del segundo, tomó mucho de ésta como tema de relato una vez y como tema de sátira otras. Hay dos Quijotes: uno real, que despierta a tiempo de su sueño, y el otro ficticio que sólo al morir se da cuenta de sus desatinos.

* * *

Sobre *La Historia de las Indias y la Prohibición de Editarla*, trata el trabajo de Alejandro Cioranescu (págs. 363-376), en el que analiza la resolución de Fray Bartolomé de que su manuscrito no se publicase antes de que pasaran por lo menos cuarenta años de su muerte; ante una serie de contradicciones y coincidencias, Cioranescu llega a la dudosa conclusión de que quizá el dominico haya escrito su obra exclusivamente para lectura de refectorio en el convento al que la legó.

Eugenio Fernández Méndez presenta un documentado trabajo acerca de *Las Encomiendas y Esclavitud de los Indios de Puerto Rico, 1508-1550* (págs. 377-443), en el que comprueba que estos aborígenes, contra lo que generalmente se ha supuesto, sobrevivieron mestizados en número mucho mayor que el aceptado.

* * *

Cierra el volumen que comentamos, el otro homenajeado, Manuel Giménez Fernández, con un estudio sobre la *Actualidad de las Tesis Lascasianas* (págs. 445-474). En su Prefacio, Giménez Fernández presenta agradecimientos y antecedentes del homenaje al dominico, para pasar en seguida a tratar de

la formación cultural de Las Casas, analizar la formulación lascasiana de sus tesis fundamentales enumerándolas hasta 22, y pasar a la formulación lascasiana de algunos temas actuales, refiriéndose como tales a la predicación del evangelio, a la pastoralidad y a la restitución.

Sin menosprecio del valor de tan ilustre lascasista, hemos de subrayar que merced a los olvidos que curiosamente tienen todos o casi todos los lascasistas contemporáneos respecto de tesis mucho más fundamentales en su actualidad que las que analiza Giménez Fernández en esta obra menor, su trabajo pone un fin consecuente al homenaje cuyos rasgos institucionalizadores y sepulcrosos expusimos al iniciar nuestro comentario.

Daniel Cazes

EL AGRARISMO MEXICANO: REALIDAD Y MITO *

El Agrarismo Mexicano de Marco Antonio Durán, libro pequeño por su tamaño y número de páginas (175), es, sin embargo, de gran importancia por el cúmulo de problemas que plantea y porque intenta presentar una interpretación global doctrinaria del complejo fenómeno del agrarismo mexicano.

Este libro toca, en apretados ocho capítulos, una cantidad tan grande de problemas —con un enfoque orientado por la ideología de la “revolución mexicana”— que, para abarcarlos críticamente, sería necesario escribir un artículo especial en el que se tomara en consideración no sólo la problemática real que ahí se expresa, sino las raíces gnoseológicas y las implicaciones ideológicas de los planteamientos del autor, así como la función política que este libro desempeña. Por eso sólo nos referiremos en esta breve nota a algunos problemas fun-

* Marco Antonio Durán, *El Agrarismo Mexicano*, 192 pp. Siglo XXI Editores.

damentales expuestos en los primeros capítulos, que es en donde, a nuestro juicio, se expresan con más claridad las intenciones doctrinarias del trabajo.

El autor adopta una actitud vehemente ante la necesidad de descubrir las causas de los problemas y la esterilidad de innumerables escritos que sólo señalan errores (en el mejor de los casos), o que se limitan a cantar loas a la situación existente con el propósito de ocultar la compleja problemática agraria. Mas si Marco Antonio Durán reconoce la urgente necesidad de desentrañar las causas que traban la Reforma Agraria, no es con el fin de sentar en el banquillo de la historia a las fuerzas sociales responsables de esa situación, sino, por el contrario, justificarlas con el argumento de que la política agraria no podría haber sido, históricamente, de otra manera. Si en parte concordamos con este planteamiento, no estamos de acuerdo en la conclusión que de él se desprende, y que consiste en negar toda posibilidad de conocimiento de las leyes del desarrollo de las sociedades y de su transformación revolucionaria y, por añadidura, aceptar la perfectibilidad gradual de la actual estructura agraria, acorde con la ideología oficial de la perennidad de la Revolución Mexicana. El conocimiento de la problemática —según su opinión— debe estar orientada a conocer los obstáculos que se interponen a la Reforma Agraria para superarlos, mediante reformas, dentro de los marcos generales del sistema social capitalista imperante y así atenuar las *disfunciones* y evitar posibles explosiones sociales que pondrían en peligro la paz y la estabilidad necesarias para el “desarrollo”.

Con marcado optimismo Marco Antonio Durán señala que uno de los principales resultados de la acción agrarista, surgida de lo más hondo de la Revolución Mexicana —según sus propias palabras— es que des-

pues de 50 años, “en los ejidos se encuentra cerca de la mitad de las tierras de cultivo mexicanas y alrededor de la cuarta parte del total de pastizales, bosques y tierras incultas productivas... y que... se han creado cerca de veinte mil ejidos, en los cuales han adquirido derecho a la tierra alrededor de dos millones de campesinos, quienes, con sus familias, forman una población que excede a diez millones de personas, o sea aproximadamente la mitad de la población rural...” (pág. 2).

Sin embargo, para hacer una apreciación real de la situación actual de la Reforma Agraria, habría que decir lo que Marco Antonio Durán calla, e inquirir, ¿cuántas hectáreas, qué tipo de tierras y qué instrumentos de producción le pertenecen a los ejidatarios? ¿Qué ha sucedido con la *otra mitad* de las tierras cultivables y *tres cuartas partes* del total de pastizales, bosques y tierras incultas productivas? ¿En poder de quiénes se encuentran, qué tipo de tierras son, de qué tipo de fuerzas productivas disponen, con cuánto contribuyen al producto agrícola? ¿Qué ha sucedido y en qué condiciones se encuentra la *otra mitad* de la población rural mexicana?...

De no dar respuesta a las preguntas anteriores tendríamos una visión paradisíaca de la difícil situación en que se debate el campesinado mexicano. Además debería hacerse un análisis más a fondo que permitiera descubrir cuál es la realidad del sistema ejidal, para demostrar cómo este tipo de explotación se encuentra en un grado tan avanzado de descomposición que difícilmente puede exhibirse como un triunfo de la Reforma Agraria Mexicana.

El ejidatario, en general, dispone de una reducida parcela de tierras de mala calidad que casi nunca excede a 5 Has (dándose casos dramáticos como en los estados de Morelos, Tlaxcala, Hidalgo, etc., donde ape-

nas alcanza una hectárea). Parcela que, por ser representativa de la pequeña producción mercantil es trabajada con primitivos instrumentos de trabajo lo que, unido a la explotación a la que lo someten acaparadores, agiotistas, bancos oficiales, han conducido al ejidatario y al campesino pobre minifundario, a una creciente miseria, expropiación y proletarización. Esta crisis de la economía ejidal tiene su más clara expresión en el fenómeno ya tan frecuente del "alquiler" de parcelas; Pero, ¿qué acontece con la otra mitad de la población rural? El autor de *El Agrarismo Mexicano*, al igual que la mayoría de los investigadores "agraristas", nada nos dice de la situación en que viven tres millones y medio de jornaleros del campo (proletariado agrícola) y sus familias, quienes integran una clase carente de todo tipo de propiedad sobre medios de producción y que, separados de las condiciones de trabajo, forman una inmensa masa de desposeídos para quien el progreso sólo ha traído miseria. Con un salario mínimo que fluctúa entre 8 y 22 pesos diarios y que en realidad nunca se paga, con jornadas agotadoras de 10 y 12 horas de trabajo, sin seguridad social sin organizaciones de lucha; esta masa integra un ejército de reserva que presiona sobre los salarios rurales y deprime, al engrosar las filas de los desocupados urbanos, los salarios industriales.

Si bien M. A. D. reconoce, páginas adelante, que hay 447,334 propietarios de más de 5 Has que disponen de *la otra mitad de las tierras cultivables y las otras tres cuartas partes de pastizales y bosques*, podría pensarse, si no hurgamos en la realidad, que están distribuidas equitativamente en las llamadas "pequeñas propiedades" legales de 100 a 500 Has. Pero lo que soslaya M. A. D. y el censo de 1960 nos habla, es que 3,854 predios concentran un total de 70 millones de Has, constituyendo verdaderos e ilegales

latifundios. En cuanto a la distribución del capital agrícola en medios de producción (descontando el valor de la tierra) el 3.3% de un total de 551,181 fincas censadas en 1960 concentra el 75%. Para este reducido número de grandes ("pequeños" en la terminología oficial) propietarios. La Reforma Agraria, ha significado oportunidad para disponer de abundante, barata, desorganizada y sumisa fuerza de trabajo agrícola liberada de las trabas de la hacienda semi-feudal porfiriana: la estabilidad —que tanto admira M. A. D.— medio para obtener una acelerada acumulación de capital a costa de someter a los campesinos y proletarios agrícolas a despiadada expoliación.

Hombre inteligente, M. A. D., no soslaya el hecho de que la Reforma Agraria fue una exigencia y una concesión. Exigencia de las masas campesinas semiesclavizadas en las haciendas porfirianas, que, con las armas en la mano y dirigidas por una burguesía en ascenso, lucharon contra un sistema social decadente e incapaz de contener en su seno modernas fuerzas productivas sociales y de satisfacer las necesidades vitales de la población trabajadora. Concesión, realizada a regañadientes por una burguesía que se vio bajo la gran presión de las masas y que al efectuar los repartos veía a la conveniencia de golpear al terrateniente semifeudal y mantener en calma al campesinado y a los trabajadores en general, a fin de facilitar el proceso de acumulación.

M. A. D. escribe al respecto: "satisfecho, aunque sea defectuosamente, el anhelo de tierra, los campesinos se arraigan a ella, pierden su carácter levantisco y agresivo, adquieren nueva dignidad de hombres y la capacidad para concebir una esperanza...; para apoyo del ulterior desarrollo nacional, era necesario crear las bases de esa paz social y la redistribución de la tierra fue factor poderoso para ella, factor que, aun-

que imponderable, ha sido poderoso auxiliar sin cuyo concurso la construcción de la nueva estructura hubiera tenido graves y frecuentes tropiezos..." (pág. 17).

La "función social de la propiedad" como la entiende M. A. D., ocupa un lugar importante en la obra que comentamos. La Reforma Agraria, nos dice a este respecto, sirve para abrir los cauces al desarrollo en un período prolongado mientras se crea el ambiente propicio y las actitudes tendientes hacia el cambio en la sociedad rural, por naturaleza tradicionalista. Pero, en tanto se dan estas condiciones la función social de la propiedad, al dar la necesaria estabilidad, sirve de medio para el desarrollo que "tiene a la satisfacción plena de las necesidades humanas, suprimiendo la pobreza secular que predomina en los países subdesarrollados" (pág. 28).

En consecuencia —prosigue—, la Reforma Agraria al crear el ejido y a la "pequeña" propiedad, sentó las bases para un desarrollo nacional fincado sobre la interrelación equilibrada entre la función social del primero y la función económica de la segunda.

Si a la Reforma Agraria se la ve plagada de errores —escribe el autor— porque en determinado momento se realizó con prisas, vacilaciones, estancamientos y desaciertos, no se la juzga en todo su valor, puesto que

era imperioso que así se efectuara en tanto que se requería crear una estructura con equilibrio social y armonía para alcanzar el desarrollo.

La importancia de la Reforma Agraria sostiene M. A. D., rebasa las fronteras nacionales. Ultimamente y a raíz de la Alianza para el progreso, en los países de América Latina, se ha puesto de moda hablar de reforma agraria reduciéndola a aspectos puramente técnico-económicos (crédito, asistencia, maquinaria, capital, etc.), y olvidando sus aspectos sociales. Por eso este trabajo apunta que sin que la Reforma Agraria Mexicana sirva de modelo único, sí arroja luz con una prolongada experiencia, sobre la necesidad de que los países de América Latina tomen muy en cuenta la "función social" de la propiedad de la tierra.

Sin embargo, al recomendar a los gobiernos oligárquicos que tomen muy en cuenta la experiencia de la Reforma Agraria Mexicana, se pierde de vista que actualmente ésta se encuentra en plena crisis. Como vemos, M. A. D. no es un simple conocedor del agrarismo mexicano. Es, ante todo, un ideólogo. De ahí la importancia de su libro y la necesidad de estudiarlo con espíritu crítico.

G. A.

RECIENTES EDICIONES



VICTOR SERGE

El año I de la revolución rusa

464 pp. + 40 pp. grabados ————— \$ 36.00

MIGUEL ANGEL ASTURIAS (*Premio Nobel 1967*)

El espejo de Lida Sal

146 pp. (2ª ed.) ————— \$ 16.00.

FROMM, GORZ, MARCUSE, HOROWITS, FLORES OLEA

La sociedad industrial contemporánea

232 pp. ————— \$ 20.00.

MAURICE GODELIER

Racionalidad e irracionalidad en la economía

324 pp. ————— \$ 38.00.

CASA DE LAS AMERICAS

revista bimestral

Colaboraciones de los mejores escritores latinoamericanos y estudios de nuestras realidades

Director: ROBERTO FERNANDEZ RETAMAR

Suscripción anual, en el extranjero: Correo ordinario, tres dólares canadienses. Por vía aérea, ocho dólares canadienses.

**Casa de las Américas, Tercera y G, El Vedado,
La Habana, Cuba**

YA SON 18 LOS TITULOS DE LA NUEVA

COLECCION 70

DE EDITORIAL GRIJALBO

- 1.—REVOLUCION Y CONTRARREVOLUCION.—Carlos Marx
- 2.—LA FORMACION DE LOS INTELECTUALES.—Antonio Gramsci
- 3.—LA LIBERTAD EN EL ARTE.—Honor Arundel
- 4.—LOS GRUPOS Y EL PODER POLITICO EN LOS EE.UU.—León Dion
- 5.—REVOLUCION EN FILOSOFIA.—Howard Selsam
- 6.—¿ES EL COMUNISMO UNA NUEVA ETAPA?—Jacob M. Budish
- 7.—LOS EE.UU. Y AMERICA LATINA.—H. L. Matthews-K. H. Silvert
- 8.—MATERIALISMO MILITANTE.—Jorge Plejánov
- 9.—GUERRILLAS Y CONTRAGUERRILLAS.—W. J. Pomeroy
- 10.—REFORMA O REVOLUCION.—Rosa Luxemburgo
- 11.—TEORIAS ECONOMICAS BURGUESAS DEL SIGLO xx.—S. M. Firsoba-V. S. Tsaga
- 12.—LA CIA Y EL MOVIMIENTO OBRERO.—George Morris
- 13.—¿QUE ES LA FILOSOFIA?—Howard Selsam
- 14.—EL COMUNISMO.—L. Kmiazeba
- 15.—CLASES Y LUCHA DE CLASES.—G. Glezerman-V. Smenov
- 16.—EL CAMINO DEL PODER.—Karl Kautsky
- 17.—EL MECANISMO DE LA VIDA.—Alejandro Popovsky
- 18.—CARLOS MARX Y LOS PRIMEROS TIEMPOS DE LA INTERNACIONAL.—Franz Mehring

Una colección que ha aparecido para convertirse en la más amplia e importante selección de temas sociales en lengua española

FICHA TECNICA DE LA COLECCION: 160 páginas de texto. Tamaño 18 x 11'5 cm. Encuadernación a la rústica. Volúmenes numerados. Portada bicolor en cartulina Vellum, grabada.

Precio de cada volumen: \$ 12.50 M. N.



EDITORIAL GRIJALBO, S. A.,
Apartado 17-568, México, D. F.

ESTA A LA VENTA

El Ensayo de Arcadio Fainisky

CRITICA DE LAS TEORIAS NEOCLASICA Y KEYNESIANA

SUMARIO

- I. El marginalismo y la teoría del Valor-trabajo.
- II. La teoría de los factores de producción.
- III. La teoría Keynesiana del crecimiento.
- IV. La teoría del crecimiento de los Keynesianos de izquierda.
- V. Crítica a la teoría de juegos estratégicos.
- VI. Los modelos econométricos del ciclo y del crecimiento económico.
- VII. La "síntesis neoclásica" de Samuelson.

Precio por ejemplar \$15.00

De venta en las buenas librerías y en Librería Independencia, *Independencia 67, México 1, D. F.*, Fondo de Cultura Popular. *San Juan de Letrán 37-713, México 1, D. F.*

Pedidos a Historia y Sociedad, *Alvaro Obregón 285-406, México 7, D. F.*

PAJARO CASCABEL

"EN CUBA AHORA"

número 5-6

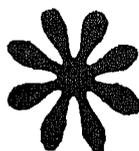
Se incluye una antología poética de Nicolás Guillén a nuestros días. Otros interesantes documentos y un suplemento de homenaje a Ernesto Che Guevara, con su ideario político "El Socialismo y el hombre en Cuba", además de poemas de Nicolás Guillén, Efraín Huerta, Juan Bañuelos, Marco Antonio Montes de Oca, Thelma Nava, Margaret Randall y Julián Marcos.

Precio del ejemplar: 10.00 m. n. Extranjero: 1 dólar.

PAJARO CASCABEL — Apdo. Postal 13-541. — México 13, D. F.



COLECCION DE
DOCUMENTOS
PARA LA HISTORIA
DEL **COMERCIO**
EXTERIOR
DE MEXICO



[Segunda serie]

I. EL COMERCIO EXTERIOR Y EL ARTESANO
MEXICANO (1825-1830).

*

II. EL COMERCIO EXTERIOR Y LA EXPULSION DE LOS
ESPAÑÓLES.

*

III. EL BANCO DE AVIO Y EL FOMENTO DE LA
INDUSTRIA NACIONAL.

*

IV. EL CONTRABANDO Y EL COMERCIO EXTERIOR EN
LA NUEVA ESPAÑA. *Nota preliminar de Ernesto de la
Torre Villar.*

Volúmenes preparados y prologados por el
PROFR. LUIS CHAVEZ OROZCO
Precio de cada volumen

\$20.00

PEDIDOS A:

Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A.
Departamento de Publicaciones
Venustiano Carranza 3, 4o. piso
México, 1, D. F.



hy
s

ediciones
historia y sociedad